

Erskine Caldwell

La segura mano de Dios

Título original: *The sure hand of God*

Erskine Caldwell, 1947

Traducción: Joaquín Urnieta

A.J.J. C.

I

Molly y Lily regresaron a casa después del funeral, bajaron las cortinas de la sala y tuvieron juntas una larga sesión de llanto. Se sentaron, una al lado de la otra, en el sofá rojo, lamentándose lacrimosamente, y pensaron en lo que había ocurrido. Molly tenía un ramillete de crisantemos amarillos y blancos que alguien le había dado junto a la tumba y se pegaba las flores a la cara, olía su fragancia y se preguntaba cómo se las arreglaría para vivir y pagar el alquiler, ahora que Putt ya no estaba.

—¡Qué vida para el elemento femenino! —exclamó Molly, secándose las lágrimas con las flores—. No hay nada peor, en todo el ancho mundo, que perder a un hombre con el cual una ha contado para la subsistencia. —Desalentada, acongojada, gimió inconsolablemente—. Es una maldita lástima, eso es —murmuró para sí.

Mientras Lily sollozaba suavemente a su lado, Molly contemplaba con intenso mal humor la raja de tardía luz de sol del atardecer que caía sobre el alto jarrón de porcelana azul ubicado en la mesa del centro. Arrojando el ramillete al suelo, se puso de pie e hizo a Lily una impaciente señal para que la ayudara. Tiraron y tironearon de su faja y apretaron el rollo de carne de las caderas, hasta que finalmente la faja pudo ser quitada. Cuando cayó al suelo, Molly se apartó de ella y le propinó un puntapié que la envió volando a través de la sala. El corpiño se le había rasgado durante el esfuerzo de quitarse la faja, y ella se lo arrancó y lo arrojó a un lado. Se sintió mejor inmediatamente y las lágrimas cesaron de correrle por las mejillas. Siempre que podía andar sin la faja y dejar que su cuerpo tomara su forma natural se sentía mejor. Caminó hasta el otro extremo de la habitación y regresó, moviendo agradecidamente las regordetas manitas sobre los abultados y libres montículos de carne. Luego se sentó junto a Lily y recogió los crisantemos. Olió brevemente las flores antes de aplastarlas en el hueco de sus pechos.

—Ahora comienzas a conocer los sinsabores de la vida, querida —dijo, palmeando la mano de Lily—. Nunca tuviste un verdadero padre propio, y ahora has perdido a tu primer padrastro. Es una maldita lástima, eso es. Y ahora solamente me tienes a mí en el mundo... una cualquiera de mediana edad, que acaba de enterrar al hombre con el cual contaba para que nos cuidara en los

próximos diez años. ¡Y mírame! —sollozó lastimeramente—. ¡Mírame un poco! ¡Quién querrá ahora casarse conmigo, si puede conseguir a una de esas viudas jovencitas y esqueléticas! Mi cabello no acepta un solo rizo, no puedo encontrar una faja que ayude a mi figura, los corpiños no me sostienen y, por añadidura, los hombres tienen la idea de que no pueden divertirse como quieren con viudas de más de treinta y cinco. ¿Qué haré? ¿Qué será de mí?

Se interrumpió y miró plañideramente a Lily. La expresión acongojada de sus rostros hizo que ambas rompieran nuevamente a llorar.

—Si Putt hubiera vivido —dijo Molly, tratando de contener los sollozos—, si solamente Putt hubiera seguido viviendo, yo iba a tratar de reducir de peso y a teñirme el cabello de un hermoso castaño oscuro... ¡Pero ahora se ha ido, y ya es tarde!

Después de eso le fue imposible permanecer sentada; se levantó y caminó sin rumbo por la sala. Luego, como incapaz de seguir soportando la pena, se arrojó contra la pared y comenzó a golpearla con los puños.

—¡Es una maldita lástima, eso es! —gimió—. ¿Por qué fue y me sucedió a mí?... ¿Por qué no le sucedió a cualquier otra que no se merezca un hombre que la mantenga? Y tenía que ir y suceder precisamente cuando acababa de trabajar tanto para conseguirlo. Putt era un buen hombre, aunque flaco y de aspecto poco varonil. ¿Qué haré? ¿Qué será ahora de mí?

Lily se levantó y se dirigió a su madre. La rodeó con los brazos y trató de consolarla. Molly continuó lamentándose y golpeando la pared con las manos, hasta que Lily consiguió llevarla al sofá.

—Todavía puedes embellecerte, mamá —le dijo Lily consoladoramente—. En realidad no eres nada vieja, y no es demasiado tarde. Cuando te compres ropas y cosas nuevas tendrás tan buen aspecto como cualquiera. Estoy segura de ello, mamá. Por favor, no te apenes tanto.

El rostro de Molly se iluminó.

—¿Lo crees de veras, querida? —preguntó, esperanzada.

—Naturalmente, mamá —le aseguró Lily—. Hay muchas mujeres más viejas que tú.

—Pero no conozco a ninguna que tenga la maldición de un cuerpo como el mío. ¡Mírame!

Molly sonrió por primera vez, puso los brazos bajo sus pesados pechos y se incorporó. Luego se recostó nuevamente en el sofá y adoptó una posición cómoda.

Cuando Molly se casó con Putt Bowser, este se acercaba a los sesenta y ella había pasado ya de los treinta. Muchas mujeres del pueblo se sintieron aliviadas al saber que había ido a vivir con Putt, porque durante mucho tiempo habían temido que lograra arrebatárselas a uno de los esposos. Era un gran alivio para ellas también en otros sentidos. Molly no pertenecía al tipo de mujeres que pensaría en respetar la distinción existente entre un hombre casado y uno soltero, cuando se trataba de la diversión de una noche.

—Si yo pudiera hacer mi voluntad —había dicho Lucy Trotter—, la echaría con tanta rapidez del pueblo que no tendría siquiera tiempo de dejar una sola huella de su paso. No le tengo confianza, casada o no, y pienso vigilar a mi esposo tan atentamente como hasta ahora. De entre todas las casas del pueblo, ¿por qué tuvo que elegir la contigua a la mía? Fue una mala jugarreta del destino, eso es lo que fue.

Lucy Trotter era una de las varias mujeres casadas que continuaron murmurando de Molly mucho tiempo después de que esta se casó con Putt Bowser y fue a vivir a la destartalada casa de cuatro habitaciones, vecina a la de los Trotter. El esposo de Lucy, Clyde, dueño de un pequeño taller de cepillado de maderas situado en las afueras de la ciudad, era uno de los hombres que visitaban a Molly cuando ella vivía en la casa de pensión de *Mrs. Hawkins*, y Lucy nunca olvidaba que Clyde tenía debilidad por las mujeres rubias y entradas en carnes.

Cuando Molly se enteró de lo que Lucy decía de ella, rio con indiferencia.

—Así hablan todas cuando no pueden mantener a un hombre en casa por la noche —dijo en esa ocasión—. Pero es una maldita lástima que Clyde Trotter deba estar atado a esa poca cosa de Lucy. Clyde es un buen hombre.

Hasta la época en que Molly se casó con Putt Bowser, solía recibir frecuentemente a hombres en el cuarto que Lily y ella tenían en la pensión de *Mrs. Hawkins*. *Mrs. Hawkins*, a quien le agradaba sentarse con Molly a beber algunos vasos de vino tinto, no se oponía a que recibiera visitantes, siempre que estos se limpiaran los zapatos cuando hacía tiempo lluvioso y no dejaran marcas en el vestíbulo. Pero, en cuanto Molly se casó con Putt, se mudó a la casita de pintura descascarada que alquilaron en la calle Muscadine, junto a los Trotter, en el extremo oeste, y se dedicó a los quehaceres domésticos para Putt y Lily.

Lily, que tenía dieciséis años, cabello negro y ojos castaños, había crecido y adquirido una conducta despreocupada, pero era hermosa y de buenos modales. Lily agradaba a los muchachos porque nunca les abofeteaba o fingía estar

ofendida, y las jóvenes la envidiaban porque podía salir a pasear con hombres hasta tan tarde como le viniese en gana y no tenía obligación de volver a casa a medianoche. Molly había decidido que Lily gozaría de las mejores oportunidades para casarse cuando joven, y alentaba a todos los hombres de más de veintiún años que demostraban el más mínimo interés en ella. Lily terminó el primer año de los estudios secundarios cuando vivían con los Billings, en el extremo inferior de la región, pero no siguió estudiando desde entonces, porque Molly temía que el hecho de ir a la escuela todos los días de la semana arruinara sus posibilidades de casarse. Quería casar a Lily y librarse de ella, porque, desde que vivieron en lo de Mrs. Hawkins, los hombres se interesaban siempre más en Lily que en ella, y el orgullo de Molly se sentía herido al saber que no podía competir con la juventud y los encantos de Lily.

Molly, que era rubia y extraordinariamente regordeta, gustaba siempre de beber dos o tres vasos de vino tinto todas las mañanas, antes del desayuno, sin los cuales se sentía mal, indispuesta, por el resto del día. Había adquirido la costumbre de beber vino de tanto en tanto cuando trabajaba para Roy Hoey, dueño de un merendero y estación de servicio ubicado en Cruce Lento, cerca de la granja de Billings. A menudo tenía accesos de risa, que se tornaban tan violentos que perdía el dominio de sí misma, llegando a veces a caer de la silla y rodar por el suelo, a menos que fuera a tiempo al dormitorio y se acostara hasta que hubiera terminado el espasmo. Ningún pensamiento especial provocaba los accesos, pero a veces, después de haber bebido unos vasos de vino, la frase más vulgar producía el primer hipo convulsivo. En otras oportunidades, incluso cuando se encontraba sola en la casa, una mirada a su imagen, reflejada en el espejo, la lanzaba en uno de sus espasmos.

Cuando Putt se casó con Molly no sabía absolutamente nada de su costumbre de beber vino, y pronto descubrió que significaba tal sangría para su cartera que a veces se veían obligados a privarse de alimentos para comprar ocho o diez litros por semana. Putt jamás conoció anteriormente a nadie como Molly, y nunca se encontraba completamente a sus anchas en su presencia. A menudo pasó hambre después que se casaron, porque, luego de que Molly bebía dos o tres vasos de vino, siempre hacía para el almuerzo frituras de carne picada, con salsa de tomate, o salchichas con mostaza, otra costumbre que había adquirido en lo de Roy Hoey, y Putt nunca había podido comer frituras o salchichas a hora tan temprana de la mañana. Hacía trabajos sueltos en el pueblo, tales como transportar equipajes

en su carro de mano y lavar coches en un garaje. Pero el trabajo que más le agradaba era llevar bolsas de correspondencia desde la oficina de correos hasta la estación del ferrocarril. Esperaba todos los trenes de pasajeros, día y noche, pero era un trabajo fácil porque la oficina de correos estaba al otro lado de la plaza de los tribunales, frente a la estación, y había solamente cuatro trenes diurnos y dos nocturnos.

—Putt, te tomas un sinfín de trabajos arrastrando esos sacos de correspondencia ida y vuelta, cruzando la plaza, todos los días —le dijo una vez Sam Wiggins, uno de los tenderos—. Apuesto a que si abrieras la bolsa ahora mismo, lo único que encontrarías sería una pila de cuentas vencidas y un montón de anuncios de falsos específicos medicinales.

Putt se acomodó el saco en el hombro y frotó afectuosamente las patillas grises contra la sucia tela de lona.

—Hay muchas congojas en el mundo y muy pocas alegrías, y la mayor parte de la alegría está aquí precisamente, en el interior de esta bolsa de correspondencia —replicó, volviéndose y corriendo hacia la oficina de correos.

De tanto en tanto los hombres del pueblo se unían y tramaban alguna jugarreta contra Putt, como aquella vez en que adaptaron un silbato de locomotora al escape de un automóvil e hicieron creer a Putt que llegaba un tren-correo, adelantado con respecto al horario. Luego todos se precipitaron hacia la estación y se rieron de Putt cuando descubrió que el silbato había sido preparado para burlarse de él.

Después de todos esos años, el transporte de correspondencia se convirtió en un asunto serio para Putt Bowser, quien decía que nadie debería burlarse del correo norteamericano ni de la religión metodista.

Unas semanas después de ser engañado por el silbato colocado en el caño de escape, y muy poco tiempo después de casarse con Molly, Putt cruzaba las vías con un saco de correspondencia sobre los hombros, cuando fue arrollado y muerto por un nuevo y veloz tren aerodinámico, llamado Rayo de Sol Matinal, que no debía parar en Agrícola. El maquinista detuvo el tren tan rápidamente como le fue posible, lo hizo retroceder hasta la estación y redactó un informe del accidente, afirmando que Putt se encontraba en terrenos de la compañía ferrocarrilera, no había respetado la servidumbre de paso y otras cosas por el estilo. Nadie opinó gran cosa en el momento, porque todos se sentían apenados por el hecho de que Putt Bowser hubiera sido arrollado y muerto, no importaba de quién fuese la

culpa, y el reluciente y flamante tren aerodinámico partió no bien el maquinista y el conductor terminaron de redactar el informe y de entregarlo al jefe de la estación, para que lo enviara a la oficina central.

Después de eso la gente comenzó a echar de menos a Putt, porque este conocía de nombre a todos los hombres, chicos y perros del pueblo y siempre tenía una palabra bondadosa para todos los que encontraba en el camino de ida y vuelta entre la oficina de correos y la estación de ferrocarril. Los dos o tres días siguientes el jefe de correos tuvo que llevar él mismo la correspondencia, pero, el día que Putt fue enterrado en el cementerio metodista, consiguió un camión liviano de reparto, para entregar la correspondencia, y contrató a un negrito para que lo condujera.

La muerte de Putt fue un gran golpe para Molly y Lily, pero especialmente perturbador para Molly, porque, por primera vez en su vida, comenzaba a acostumbrarse a ser mantenida por un hombre y confiaba en que Putt proveyera a sus necesidades. Cuando ella y Lily se mudaron a Agrícola desde la granja de Billings, situada en la parte baja del distrito Cherokee, donde ella era ama de llaves de *Mrs. Billings*, solía efectuar algunos trabajos de costura para pagar el cuarto y la pensión en lo de *Mrs. Hawkins*. Pero, en cuanto las mujeres del pueblo se enteraron de que recibía a hombres, solteros y casados, en su cuarto de la casa de pensión, casi todas ellas dejaron de confiarle trabajos. La única mujer de Agrícola que todavía la llamaba ocasionalmente para darle trabajos de costura era Christine Bigbee, la esposa del sacerdote metodista, y Christine jamás la hacía ir si el Reverendo Bigbee no estaba fuera del pueblo, asistiendo a una conferencia religiosa o algo así. Cada vez que Christine la enviaba a buscar, recomendaba a Molly que no se olvidase de traer lo-que-ya-sabía. Lo-que-ya-sabía era un maletín negro que contenía una jeringa hipodérmica y una botella de líquido vitamínico. Molly había comprado el equipo a un hombre que en una ocasión pasó una noche en la pensión y que necesitaba el dinero para pagar su cuenta. El doctor Logan, que tenía en el pueblo la mayor parte de su clientela, le vendía a Molly una mezcla, para las inyecciones, a diez dólares los cuatro litros, y ella podía administrar casi cien tratamientos por cada cantidad de líquido vitamínico que el doctor Logan le preparaba. Este le había advertido que no debía inyectarse el líquido en las arterias, y le dijo que debía dar las inyecciones en la carne de las nalgas. Molly obtuvo muy buen resultado con los tratamientos que daba a Christine, quien le pagaba un dólar por cada inyección de vitaminas, y, hasta la época en que se casó con Putt, a veces ganaba ocho o diez dólares por semana. Cada vez que Molly se

sentía triste o descorazonada, pedía a Lily que le administrarse una inyección y poco después se sentía alegre y despreocupada. Ya tomaba inyecciones una vez por semana cuando se casó con Putt, pero después comenzó a ponérselas un día sí y otro no, y a veces más a menudo, porque la hacían sentirse mejor. Y después, entre inyección e inyección, tomaba un poco de vino a fin de conservar la viveza.

—Bueno, pero él está ahora remuerto, bajo tierra, y yo no soy más que una viuda de mediana edad —dijo Molly amargamente, meneando con lentitud la cabeza, con la mirada fija en el suelo—. No fue justo abandonarme de este modo, a mi edad. No puedo rejuvenecerme, por más que trate, y todos saben cómo son los hombres... Prefieren a las jovencitas y a las viudas flacas y jóvenes de menos de treinta y cinco. Ninguno quiere dormir con una viuda madura, grande como el techo de un galpón para desmotar algodón. Ahora ya no tengo ninguna posibilidad en la vida. No podría retener a hombre alguno, incluso aunque me cayera en el regazo, ahora mismo, uno con las piernas rotas. Se me escaparía con tanta velocidad como si resbalara por el techo de un galpón de desmotar algodón. Estoy segura de que así sería. Es una maldita lástima, eso es lo que es.

—Papá no querría que sintiéramos de este modo —dijo Lily, enjugándose las lágrimas de las mejillas—. No querría que le culpáramos mucho. Él no tuvo la culpa, mamá.

—Quizá no tuvo la culpa —dijo Molly con amargura—, pero yo debería haber tenido la sensatez de escoger un hombre que supiera esquivar un tren en una vía.

—Por favor, no le culpes, mamá —dijo Molly, llorosa—. ¡Ahora ya está muerto!

Molly guardó silencio por un rato. El sol se había puesto, y ya no se veía la mancha de luz sobre el alto jarrón de porcelana. El cuarto se tornaba oscuro y tétrico.

—Era un hombre tan bueno... tan formal y digno de confianza en cuanto a sus jornales semanales... —sollozó Molly, en un repentino estallido de sentimiento— Putt siempre me entregaba sus jornales semanales todos los sábados por la noche... ¡No puedo olvidarme de eso! —Tomó el ramillete y volvió a estrujarse las flores entre los pechos—. ¡Siempre me tocó soportar la parte mala de la vida! ¡Es una maldita lástima, eso es lo que es! —El rostro se le enrojeció de ira y lanzó el ramillete al otro lado de la habitación—. Quizá tendré mejor suerte la próxima vez —dijo, y su voz ascendió de pronto hasta convertirse en una risita

chillona—. Si es un buen hombre, bastante viril, me compensará por todo lo que me ha ido mal.

Lily se puso de pie de un salto y trató de ayudar a Molly a levantarse.

—¡Vamos, mamá! —dijo ansiosamente—. Ya sabes cuán difícil te es contenerte cuando empiezas a reírte de ese modo. Por favor, ven a la cama y acuéstate.

Molly se incorporó sin protestar.

—Es un terrible golpe para una mujer como yo —dijo lastimeramente mientras miraba a Lily—. Lo había advertido antes, pero no creí que me ocurriera tan pronto... El buen Señor siempre arrebató primero a los hombres buenos. Y no sé por qué será así, a menos de que, como son tan buenos, se gasten más rápido.

Comenzó a reír otra vez, y Lily la condujo firmemente fuera de la sala y, a través del vestíbulo, hasta su dormitorio. Molly se tendió en la cama mientras Lily tomaba las mantas del armario.

—Temía que algo saldría mal —comentó con acento desdichado mientras miraba a Lily traer las mantas a la cama—. Era demasiado bueno para ser cierto. Pero todo esto te demuestra cuánto debemos sufrir las mujeres. Incluso aunque consigamos un buen hombre, no podemos estar seguras de retenerle. O aparece otra mujer que se lo lleva, o si no él va y se muere. ¡Qué vida para el elemento femenino! —exclamó con un profundo suspiro.

Antes de que Lily pudiera tender las frazadas, Molly señaló el maletín negro que se encontraba sobre el tocador.

—Necesito las vitaminas, querida —dijo con desesperación—. Las dos las necesitamos, después del dolor que hemos sufrido. Trae el maletín y saca la aguja.

Lily llenó la jeringa y clavó la aguja en la enorme nalga de Molly. El cuerpo de esta se sacudió con un estremecimiento convulsivo cuando la aguja le penetró en la carne, pero después del primer sacudón permaneció inmóvil hasta que Lily oprimió el émbolo hasta el fondo de la jeringa. En cuanto la aguja fue retirada, Molly señaló por sobre el hombro, indicando que quería una inyección en la otra nalga. No se movió hasta que Lily hubo terminado, y entonces se levantó y llenó la jeringa ella misma. Lily ya movía la cabeza en ademán suplicante.

—Me siento perfectamente bien, mamá —protestó retrocediendo—. ¡De veras que sí, mamá! ¡Por favor, no!

—Pues necesitas las vitaminas —replicó Molly, tomándola del brazo y conduciéndola hacia la cama—. Todos deberían tomarlas. —Le levantó las faldas,

dándole al mismo tiempo un empujón hacia adelante —. ¿No adviertes ya la diferencia en mí? —Hizo que Lily se volviera boca abajo, le tomó la carne entre el pulgar y el índice y hundió rápidamente la aguja en ella —. En un santiamén te sentirás como si estuvieras sentada en la cumbre del mundo, querida. —Todavía temblorosa, Lily se levantó en cuanto Molly hubo sacado la aguja —. Y ahora tápame bien con las mantas, querida —pidió esta mientras se tendía en la cama.

Cuando terminó de arroparla, Molly sacó la mano y la palmeó cariñosamente.

—No te preocupes por mí, querida —dijo, volviendo a emitir la risita ahogada—. Ahora que me he dado las inyecciones de vitaminas me sentiré bien. Y por la mañana nos despertaremos las dos sintiéndonos, a pesar de nuestra pena, tan llenas de vida como un gallo sobre el techo de un galpón para desmotar algodón.

II

A la mañana siguiente Molly se levantó temprano y comenzó a coser pantaloncitos de encaje negro para Lily y ella. Siempre tuvo facilidad para los trabajos de alta costura, desde que *Mrs. Billings* le enseñó a coser, y se alegraba de tener una oportunidad para hacer algo que era al mismo tiempo útil y bonito. Tenía los ojos todavía levemente enrojecidos de tanto llorar en el funeral, pero después de beber tres vasos de vino se calmó, y sus dedos, ocupados en la costura, se hicieron firmes. Después del desayuno Lily entró en la sala, donde Molly había extendido los patrones que recortara de periódicos viejos. El fino y dorado cabello de Molly estaba apretado al cráneo por una masa de rizadoros de goma y alambre; llevaba su bata favorita, verde. Se trataba de una chaquetilla que apenas le llegaba a las rodillas, de rayón, de media manga, que se hizo pocos días antes de casarse con *Putt* y era tan cómoda y le daba tanta libertad de movimientos, que casi no usaba otra cosa desde la mañana hasta que se acostaba, por la noche.

Molly se encontraba atareada, hilvanando una costura, cuando Lily se sentó.

—¿Qué estás haciendo, mamá? —preguntó esta con curiosidad.

—Estoy cosiendo algunas ropas de luto para nosotras, querida. Y, mientras estaba en eso, pensé que tenía que hacer algo realmente útil para ti. No tienes una sola prenda de ropa interior, y no hay mejor momento que este para arreglarnos.

—Se inclinó industriosamente sobre su tarea—. Todos saben que la cosa más correcta es que las sobrevivientes femeninas usen algo de luto cuando fallece el hombre de la familia, y los pantaloncitos negros siempre ayudan más a la personalidad de una mujer que cualquier otra clase de luto que haya visto. No podemos permitirnos el lujo de permanecer sentadas y esperar que la naturaleza nos dé alcance, porque no sabemos cuánto tiempo podría tardar en hacerlo y porque no estoy en talante de esperar. Por lo demás, las únicas ocasiones en que la naturaleza me ayudó fue cuando yo le propiné unos buenos pinchazos. Sea como fuere, todas las mujeres deberían tener a mano alguna ropa interior negra. Siempre la necesitas cuando menos lo esperas.

—¿Tendremos que usar también medias y vestidos negros? —preguntó Lily.

—Claro que no, querida. No es necesario ir tan lejos.

—Pero, entonces, ¿quién se enterará de que llevamos luto, mamá? Y si nadie

sabe...

—Los verdaderos fisgones ya lo averiguarán, querida —dijo Molly—, y eso es todo. La ropa interior negra es como un paquete de sorpresa, porque hace que los hombres sientan curiosidad por saber qué hay adentro. Habrás advertido cómo arranca la gente los cordeles y el envoltorio de los paquetes de sorpresa, sin detenerse a desenvolverlos cuidadosamente, como lo harían si solo se tratara de algo que ellos mismos compraron en una tienda, de algo que conocen. Así son todos los hombres vivientes en todo el ancho mundo. Están siempre fisgoneando, mirando aquí y allá, en la esperanza de encontrar una mujer ataviada con hermosa ropa interior negra, porque si la encuentran pensarán que han hallado algo que se ha adornado especialmente para ellos. Nunca importa gran cosa quién sea el hombre, porque ricos o pobres, tímidos o descarados, todos se comportan del mismo modo en cuanto a ciertas cosas fundamentales. En mi época he conocido a suficientes hombres como para saber qué estoy diciendo, y por eso hago estas prendas para nosotras. Tendrías que estar agradecida, querida, de tener una mamá como yo, que sabe qué es lo mejor en un momento como este.

—¿Usaremos ropa interior negra constantemente? —inquirió Lily.

—No —contestó Molly, inclinándose sobre su trabajo—. No, no constantemente. Solo cuando queramos producir una buena impresión, una impresión duradera, sobre alguien que valga la pena, querida.

Molly trabajó en la ropa durante todo el día, interrumpiendo la tarea de tanto en tanto el tiempo suficiente para beber un vaso de vino. Y cuando llegó la noche estaba cansada y le dolía la espalda. No obstante, se sintió altamente complacida con lo que había logrado hacer desde la mañana temprano. Y entonces, habiendo tenido todo el día para meditarlo, resolvió que el período de luto pronto habría terminado y, como lo consideraba también un toque final, bordó unos capullos de rosa en los dobladillos.

Se probaron las prendas en el cuarto de Molly, después de la cena. La de Lily le sentaba perfectamente, y se sintió encantada con su aspecto cuando se vio en el espejo. Pero Molly estaba desilusionada. Había hecho la suya varios tamaños más pequeña y podía oír cómo estallaban las costuras cuando trataba de ceñirse la prenda en la cintura. Sabía que no podría usarla si no la agrandaba, y trató de ocultar sus sentimiento en presencia de Lily. Cuando su hija se hubo ido a su cuarto, Molly cerró la puerta y se quitó los pantaloncitos, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Los había hecho más estrechos de intento, en la esperanza de

que de algún modo podría meterse en ellos estrujándose, pero mientras abría el cajón del tocador y los guardaba supo que jamás podría usarlos sin antes obligarse a rebajar de peso.

Secándose los ojos se acercó al espejo y comenzó a quitarse los rizadores del cabello. Los contempló esperanzadamente mientras se los sacaba, pero, cuando se hubo quitado el último, los rizos de sus finos cabellos sedosos comenzaron a desenroscarse y una pasada del peine eliminó los últimos rastros de ondulación que quedaban. Se miró con disgusto hasta que las lágrimas la cegaron. Luego arrojó el peine con todas sus fuerzas a través del cuarto, se dirigió a la ventana y lloró desconsoladamente. Durante los últimos diez años había tratado de mejorar el aspecto de su cabello, pero este se volvía cada año más ralo y menos dócil y cada vez tenía que cortárselo un poco más corto. Ahora las puntas apenas le llegaban al lóbulo de las orejas, y le molestaba pensar qué parecería dentro de otros diez años.

No sabía cuánto tiempo estuvo sentada ante la ventana cuando oyó la voz aguda de Lucy Trotter. La casa vecina estaba solo a unos metros de distancia, y los dos edificios habían sido construidos de tal modo que las ventanas se enfrentaban unas a otras.

—Si el resto de la gente decente de Agrícola tuviera que vivir al lado de usted —decía Lucy con su voz penetrante—, no dormiría un segundo hasta no haberla expulsado del distrito Cherokee. En verdad que Dios está castigando a todo este pueblo pecador cuando permite que usted se quede y nos atormente.

—No soy mala —replicó Molly—. De veras, no lo soy. Soy como cualquier otra persona. A veces puedo cometer un desliz, pero siempre trato de volver a la buena senda cuando todo ha terminado. Lucy, usted ha estado casada durante tanto tiempo que se ha olvidado de las cosas que tiene que hacer una mujer corriente para subsistir en el mundo.

Lucy era una mujer delgada, nerviosa, de cuarenta años, con cabellos que comenzaban a teñirse de gris. Los domingos dirigía la clase femenina de Biblia en la iglesia metodista. La primera vez que Molly concurrió a la clase, después de casarse con Putt, Lucy se puso de pie y anunció que no proseguiría con sus lecciones a las mujeres mientras Molly se encontrase presente. Eso casi provocó un escándalo en la iglesia, porque todas las mujeres quisieron saber qué sabía Lucy acerca de Molly que ellas no supieran ya. El reverendo Bigbee debió hacerse cargo de la clase, y esa mañana, después de los servicios religiosos, llevó a Lucy aparte y le preguntó por qué había hecho esa escena en la iglesia. Lucy le dijo que no

enseñaría la Biblia a Molly mientras esta insistiera en mostrarse desnuda ante la ventana y en exhibirse donde Clyde pudiera verla. El reverendo Bigbee aconsejó a Lucy que bajara sus cortinas e interesara a Clyde en la solución de problemas de palabras cruzadas.

—Está educando a la pobre e inocente Lily para que sea como usted —decía Lucy—. Y, además, lo hace a propósito, porque las pecadoras como usted necesitan compañía. Lily no terminará mejor de lo que debería, a menos que acabe antes en el reformatorio del estado. Y allí deberían haberla enviado a usted hace veinte años, para que no tuviéramos ahora gente como usted en el pueblo. He dicho a Perry que jamás se acercara a Lily. No quiero que sea contaminado por las de su especie. Moriría de vergüenza y humillación si se le viera alguna vez con ella.

—Ojalá dejara de molestarme, Lucy —imploró Molly—. Siempre traté de portarme bien.

—La segura mano de Dios está enviándolas, a usted y a Lily, adonde deberían estar, y cuanto antes lleguen allí tanto mejor será para este pueblo. Es una vergüenza que la gente respetable como yo tenga que vivir al lado de personas de su calaña. ¿Por qué no se va adonde le corresponde?

—Nunca tuve mayores oportunidades en la vida, después de que murieron mis padres, y no es culpa mía si no conozco todas las formas que hay de ser buena. Sin embargo, lo intento.

—No me interesan sus excusas. El diablo es el que mejores las hace y todos sabemos cuán malo es.

—Pero, Lucy, si me ayudara en lugar de...

Lucy bajó violentamente la cortina de la ventana. Molly continuó sentada donde se encontraba, mientras pensaba en lo que Lucy había dicho y se preguntaba qué podía hacer para que dejara de acusarla. Sabía que algo andaba mal en cuanto a la forma en que educaba a Lily, pero no sabía qué medidas tomar para remediarlo. Más que nada le interesaba impedir que su hija tuviese la clase de vida que ella se vio obligada a soportar cuando murieron sus padres, y le parecía que la única forma de que Lily escapara de ella era casarse lo antes posible. Se daba cuenta de que la joven habría estado mucho mejor si hubiera concurrido más tiempo a la escuela, pero pronto cumpliría los diecisiete y no le quedaba tiempo para detenerse y volver a ella.

Se levantó y se miró nuevamente en el espejo. Durante todo el día había estado preocupándose por el futuro de Lily y preguntándose qué haría ahora que

no estaba Putt. Es preciso pagar el alquiler de algún modo y ella y Lily necesitaban alimentos y ropas. Apenas le quedaba dinero suficiente en el bolso para comprar unos pocos litros más de vino y, cuando ese se hubiese gastado, debería tratar de conseguirlo en alguna parte, de algún modo. Putt no le había dejado nada y ella todavía tenía que pagar los gastos del entierro. Cuando pensaba en su penosa situación, se sentía más desalentada que nunca y deseaba estar muerta. Cerrando los ojos ante su propia imagen, se volvió y se dirigió a la cocina, para buscar más vino.

Lily tenía la radio funcionando y Molly abrió la puerta y entró en su cuarto, de regreso de la cocina. Destapó el garrafón y se sirvió otro vaso, pensando que, si podía bebérselo, se olvidaría de sus desdichas por un momento. Lily estaba tendida en la cama, boca abajo, escuchando la música. Se había quitado los pantaloncitos de encaje negro y, después de plegarlos cuidadosamente, los puso sobre el respaldo de una silla. La vista de la prenda recordó a Molly la que se había hecho para sí misma, demasiado pequeña, y tomó rápidamente la de su hija y la puso fuera de la vista, guardándola en el cajón del tocador.

Acababa de sentarse nuevamente cuando oyó que alguien golpeaba en la puerta del frente. Lily se incorporó inmediatamente y escuchó. Al cabo de unos momentos los golpes se hicieron más fuertes y la joven se levantó y salió de la habitación.

Tardó unos diez minutos en volver y durante ese tiempo Molly bebió otros dos vasos de vino. Cuando regresó, entró riendo y se arrojó sobre la cama.

— ¿Quién era, querida? —le preguntó Molly—. ¿De qué te ríes tanto?

— Era Perry Trotter —respondió Lily—. Quería que saliera a caminar con él.

— ¿Qué tiene eso de gracioso?

— ¿Con Perry Trotter? ¡Mamá, es tan joven que resulta penoso!

— Tiene la misma edad que tú, querida —le recordó Molly—. No te olvides de eso.

En ese momento oyeron una serie de golpes propinados en la puerta de calle.

— Otra vez él —dijo Lily—. Puede golpear todo lo que quiera. No me interesa.

— Quizá desee casarse contigo, Lily.

— Estás bromeando, mamá —dijo ella riendo.

— No es cuestión de broma, querida. Ha llegado el momento en que tienes

que dejar de perder el tiempo sin llegar a ninguna parte. Los mejores años de una chica son un tiempo sumamente corto en la vida. Tienes que conseguirte un hombre mientras puedas.

—Prefiero volver a la escuela antes que casarme con Perry Trotter —repuso Lily.

Perry golpeaba más fuerte que antes. Molly volvió la cabeza y escuchó unos instantes.

—Es un mocoso persistente —dijo, lanzando una corta carcajada—. Pero es una lástima que sea tan joven. Si tuviese cinco años más, valdría la pena de tenerlo en cuenta. Eso es algo en lo que quiero que comiences a pensar, Lily. Tenemos que cuidarnos nosotras mismas de ahora en adelante y no hay tiempo que perder. Los mejores años de una mujer son un tiempo sumamente corto en la vida. —Escanció otro vaso de vino y lo bebió de un largo trago ruidoso—. Apuesto a que Lucy Trotter no sabe que Perry está aquí —dijo, riendo para sí—. Le daría un ataque si se enterara.

—Él finge que se va a acostar y luego sale por la ventana —le dijo Lily—. Lo hace todas las veces que quiere salir por la noche.

—¿Cómo estás tan enterada?

—Una vez salí a pasear con él. Fuimos hasta la Iglesia Bautista y nos sentamos en los escalones de la parte trasera.

—Nunca me lo contaste —comentó Molly—. ¿Qué hicieron allí?

—Nada más que estar sentados. De veras, mamá.

—Supongo que afirmarás que él ni siquiera te besó.

—No me besó, mamá. Tú no conoces a Perry.

—¿Qué le ocurre? ¿Por qué no te besó?

—Él es así. Ni siquiera trató de tomarme la mano. Estuvo allí, sentado todo el tiempo, con las manos en los bolsillos.

—Pero es preciso que haya hecho algo, si te llevó a pasear hasta la parte trasera de la Iglesia Bautista.

—Habló.

—¿Habló? —repitió Molly—. ¿Habló de qué?

—De la escuela y del equipo de basquetbol.

Molly comenzó a reír con carcajadas ahogadas y tuvo que dejar el vaso sobre la mesa para no derramar el vino. Pronto reía con tanta fuerza que ya no oían los golpes de Perry en la galería delantera.

—Mamá, cálmate antes de que sea demasiado tarde —suplicó Lily. Se levantó y se acercó a su madre, pero Molly la apartó—. No empieces nuevamente con eso, mamá. Ya sabes cómo quedas después. Te deja enferma.

—¡Vete, Lily! —gritó Molly palmeándola juguetonamente—. ¡Déjame tranquila! —exclamó y su voz terminó en un agudo chillido.

Un momento más tarde se deslizó de la silla y rodó por el piso. Sus carcajadas se habían hecho casi convulsivas e imposibles de dominar. Su pesado cuerpo chocó contra una silla, derribándola con un estrepitoso golpe. Lily contemplaba a su madre con expresión de impotencia.

—¡Casi puedo verle... hablando de basquetbol! —aulló. Cuando llegaba a la etapa de los aullidos en sus accesos de risa, era inútil tratar de contenerla. Abrió los ojos, miró a Lily que estaba de pie junto a ella e inmediatamente se lanzó a una convulsión de carcajadas. Su macizo cuerpo temblaba y se estremecía—. ¡Ojalá hubiera podido estar allí! —gritó a Lily—. ¡Debe de haber sido un espectáculo...! ¡Perry Trotter sentado en los escalones traseros de la Iglesia Bautista, hablando del equipo de basquetbol...! ¿Qué pensará que hace la gente cuando va a la parte de atrás de la iglesia, por la noche? —Cada vez que comenzaba a hablar lo hacía con tono bajo y exacto y luego su voz excitada ascendía gradualmente, hasta que terminaba en un prolongado aullido—. ¡Sentado en los escalones... hablando de basquetbol! ¡Sentado en los escalones... con las manos en los bolsillos... y con su pequeño narciso tan rígido todo el tiempo que podría haber hecho un agujero en el techo de un galpón de desmotar algodón! —Sus gritos y chillidos eran tan fuertes ahora que Lily corrió a cerrar las ventanas, para que los vecinos no la oyeran. La voz de Molly se había tornado ronca—. ¡Qué vida para el elemento femenino! —dijo en un penetrante aullido—. ¡Esperas toda la noche detrás de la iglesia para que un hombre cobre valor, y entonces descubres que es demasiado tímido como para utilizarlo! —El espasmo de risa la había debilitado tanto que su voz se hacía cada vez más tenue y temblona. Rodó dos o tres veces sobre sí misma, pero estaba demasiado débil como para continuar, de modo que permaneció, agotada, de espaldas, mientras las lágrimas le corrían copiosamente de los ojos—. ¡Oh, Dios mío! —gimió—. Acuéstame pronto, Lily, y luego dame una buena dosis de vitaminas. No recuerdo una ocasión en que haya necesitado tanto una inyección como ahora.

Lily se dirigió al cuarto de Molly y tomó el maletín del cajón del tocador. Mientras llenaba la jeringa de líquido, su madre llegó arrastrándose a la habitación

desde el vestíbulo. Antes de que Lily pudiera ayudarla a acostarse, cayó de bruces al suelo. Con un débil movimiento de la mano hizo señas a Lily de que se apresurara a darle la inyección. La joven hundió profundamente la aguja en la carnosa nalga de Molly. Con una débil exclamación, entre carcajada y grito, Molly indicó convulsivamente, moviendo un dedo, que quería una segunda inyección.

Cuando Lily consiguió acostar finalmente a su madre en la cama, Molly permaneció inmóvil en ella, con una beatífica sonrisa en el redondo rostro gordinflón, mientras la arropaban. Y cuando apagó la luz y se dispuso a salir del cuarto, oyó que su madre reía débilmente, para sí, en la oscuridad.

III

Molly despertó decidida a hacer algo en punto a encontrar la forma de pagar el alquiler y comprar alimentos, y estuvo sentada en la galería trasera toda la mañana, pensando en todos los medios posibles de conseguir dinero. En una oportunidad casi estuvo resuelta a coser y dar inyecciones, pero una pequeña duda persistía. Entonces decidió, a desgana, que las ganancias serían demasiado inadecuadas e inseguras. Lo que quería era una suma semanal, segura, de dinero con la cual comprar vino y comida aparte de pagar el alquiler, y a primeras horas de la tarde resolvió finalmente conseguir un empleo en una de las tiendas y trabajar hasta que ella o Lily pudieran casarse. Alborozada por su decisión, se vistió inmediatamente y salió de la casa.

Mientras caminaba por la umbría calle, en dirección a la plaza de los tribunales, pensó que si lograba ganar quince dólares semanales no tendría más preocupaciones, porque con ellos pagaría los quince dólares mensuales de alquiler y le quedaría suficiente para mantenerse. Antes de llegar a la plaza se dijo que, si encontraba un empleo en una de las tiendas de vestidos de mujer, podría comprar a precios reducidos todos los vestidos que necesitaran Lily y ella. La perspectiva de adquirir una cantidad de vestidos nuevos la hizo sentirse exuberantemente dichosa.

Se dirigió directamente a La Última Moda, la más grande de las dos roperías para mujeres, del pueblo, y pidió hablar con el gerente. Había una sola empleada en la tienda y no se veía parroquiano alguno. El gerente era una mujer a la que Molly no había visto nunca y lanzó una franca carcajada cuando le dijo lo que quería. Molly se sintió tan furiosa y ofendida que estuvo a punto de abofetear a la mujer. Y lo habría hecho, si esta no se hubiera vuelto para alejarse sin darle tiempo. La empleada trató de atraer el interés de Molly hacia una hilera de vestidos estivales que se ofrecían en liquidación, pero ella la miró amenazadoramente y salió con paso altanero del lugar.

En la otra cuadra estaba Moda del Día, la otra única ropería femenina del pueblo, y Molly, mascullando entre dientes, caminó apresuradamente por la calle.

Había varios parroquianos en Moda del Día cuando entró, y Sam Wiggins, el dueño, la reconoció inmediatamente. Se le acercó con una jovial sonrisa dibujada

en su rubicundo rostro redondo y le dio un apretón de manos.

—Me alegro de verla nuevamente, *Mrs. Bowser* —dijo, retrocediendo y haciéndole una reverencia—. Me alegro de que nos haya visitado. ¿Qué podemos hacer hoy por usted? Acabo de recibir una magnífica remesa de trajes de tarde.

—Yo vine a ver si tenía algún trabajo para mí —respondió ella directamente.

La sonrisa desapareció del rostro de Sam.

—Bien, no —dijo con un fruncimiento de cejas, mientras sacudía la cabeza—. No lo creo, *Mrs. Bowser*. ¿Sabe?, solo tomo vendedoras con experiencia. Además, esta es la temporada floja del comercio de vestidos y, de todos modos, mis vendedores están trabajando a comisión. Lo siento mucho, *Mrs. Bowser*.

—Sé mucho de vestidos —afirmó Molly esperanzadamente—. Siempre he cosido bien.

—Más tarde podría presentarse algún trabajo de alteración. En este momento estamos justamente en medio de un encalmamiento comercial...

—¿Quiere decir alterar vestidos para entallarlos? —preguntó.

Sam asintió con aire de duda. Tenía una expresión como si lamentara haber mencionado el trabajo de alteraciones.

—¡Pero si precisamente me especializo en eso, Sam! —le dijo Molly con entusiasmo—. Puedo hacer cualquier cosa con un vestido. *Mrs. Billings* solía decir que yo podía tomar un viejo saco de estopa y hacer que una mujer corriente pareciese una novia en su luna de miel. Quizás habrá advertido cuán bien le sientan los vestidos a mi hija Lily. Siempre le hago algo al escote, o a las caderas, o cosa parecida. Las jóvenes de su edad deben tener ropas atractivas, si quieren producir alguna impresión en los hombres.

—Supongo que tiene razón —dijo Sam con tono de inquietud.

—¿Cuánto paga por el trabajo, Sam? —preguntó ella excitadamente.

—No le podría pagar lo suficiente como para que valiese la pena, *Mrs. Bowser*. —Retrocedió hacia la puerta trasera de la tienda—. Creo que sería mejor que intentara en alguna de las otras tiendas del pueblo, *Mrs. Bowser*. Lo siento.

Molly le siguió hasta la puerta del obrador.

—Lo único que tiene que hacer, Sam, es someterme a una prueba. Trabajaré a los precios de trabajo a destajo. Redondearé una suma.

Sam entró en el obrador y se sentó en el borde de una mesa de coser. Molly entró y se quitó el sombrero.

—Y bien, Sam, deme un vestido para empezar y le mostraré lo que puedo

hacer — dijo —. Eso le probará que sé hacer un buen trabajo en los vestidos de mujeres.

— Alguien tendría que darle algunos consejos, *Mrs. Bowser* — dijo él sinceramente —. Quizá no será cosa mía, pero conocí bien a *Putt* y me agradaría hacer algo para ayudarla. ¿Por qué no se va del pueblo y busca algún trabajo de ama de llaves, fuera del distrito? Nadie en Agrícola le dará trabajo. Todas las mujeres del pueblo se acuerdan de cuando vivió en la pensión de *Mrs. Hawkins* y les molesta que usted esté cerca. Mi esposa no permitiría que usted estuviese todo el día conmigo en la tienda, trabajando. Me haría despedirla en cuanto lo descubriera. Entonces, ¿por qué no se va antes de que le cree complicaciones a alguien?

Uno de los empleados se acercó a la puerta y llamó a Sam. Este salió y se dirigió a una parroquiana que aguardaba. Tardó tanto tiempo que Molly salió a ver qué estaba haciendo.

Reconoció inmediatamente a la parroquiana. *Mrs. Sadie Hart*, la esposa del director de la escuela, tenía en la mano un vestido de seda con flores estampadas. *Mrs. Hart* era una mujer corpulenta, de mediana edad, de gruesas pantorrillas y grandes caderas caídas.

— *Mrs. Hart* querría que le agrandásemos un poco este vestido, *Mr. Wiggins* — decía el vendedor —. Es el único tamaño que nos queda de este tipo.

Antes de que Sam tuviese tiempo de decir nada, Molly se adelantó y arrebató la cinta métrica al vendedor. La puso primeramente en torno a la cintura de *Mrs. Hart* y luego en tomo a las caderas. Luego levantó las faldas de la mujer e inspeccionó las costuras del vestido que llevaba puesto. Frunciendo el entrecejo, dejó caer las faldas y meneó la cabeza.

— Será mejor que se convenza de que tendrá que usar el talle cuarenta y cuatro, *Mrs. Hart* — le dijo Molly —. Si alguien me lo preguntara, diría que ha usado usted su último cuarenta y dos, a menos que ponga manos a la obra y rebaje de peso. No tiene sentido que compre cuarenta y cuarenta y dos y trate luego de agrandarlos. — Dio una familiar palmada a *Mrs. Hart* en la cadera —. Su trasero es demasiado grande para cualquier cosa que no sea un cuarenta y cuatro.

El rostro de *Mrs. Hart* se tornó carmesí. Sam lanzó una mirada furiosa a Molly.

— Bueno, ¿qué tiene eso de gracioso? — preguntó Molly —. Mírenme, Yo tengo el trasero más grande del pueblo y ni siquiera podría introducirme en un

cuarenta y seis, si no usara faja.

Sam propinó un rudo empujón a Molly y la hizo entrar en el obrador. La siguió adentro y cerró ruidosamente la puerta.

—¡Maldita idiota! —le gritó, encolerizado—. ¡Mire lo que ha hecho ahora! ¡Mrs. Hart jamás volverá al Moda del Día! ¡Después de esto hará todas sus compras en La Última Moda! ¡Y era una de mis mejores parroquianas!

—No hice más que decirle la verdad —respondió Molly inocentemente—. Alguien tendría que decirle que no podrá conseguir usar esos cuarenta y dos. Si se quitara el corsé que usa, reventaría incluso las costuras de un cuarenta y cuatro.

—¡Idiota del demonio! ¡No tengo un comercio para decir a las mujeres qué tamaño de vestido deberían usar! —gritó Sam—. Quebraría en un solo día si no les vendiera lo que me piden. —Se sentó en la mesa y contempló el suelo con expresión desdichada—. Ese no es su tipo de trabajo, Mrs. Bowser. Será mejor que se vaya inmediatamente, antes de que ocurra algo trágico.

Molly estalló en lágrimas. Se dejó caer en una silla y sollozó patéticamente. Sam le echó una mirada y comenzó a pasearse.

—No soy más que una pobre viuda que trata de ganarse la vida —sollozó ella—. No sé qué será de mí ahora. Parece que en cuanto muere el esposo de una mujer de mediana edad todo el mundo comienza a atormentarla. Nadie quiere ayudarla en lo más mínimo. No es culpa mía si soy una pobre viuda madura.

—¿Por qué no va entonces a vivir con sus parientes? —sugirió Sam desesperadamente.

—No tengo un solo pariente en el mundo, aparte de Lily —gimió Molly—. No me quedó ningún pariente cercano cuando murieron mi madre y mi padre y yo fui a vivir con los Satterfield. Estoy completamente sola, ahora que Putt se me ha ido. Parece que nadie quisiera que siga viviendo.

—Lamento verla en una situación apurada, Mrs. Bowser —dijo él en tono nervioso—. Si me entero de alguien que necesite ayuda, le hablaré de usted. —Fue a la puerta y permaneció allí indeciso, con la mano en el tirador—. Quizá sería mejor que se fuera ahora a su casa, Mrs. Bowser.

—¿Querría que le dé algunas vitaminas, Sam? —preguntó ella—. Puedo darle una inyección por solo un dólar. Le vigorizarán en un santiamén.

—No, no quiero vitaminas —dijo él con impaciencia—. No creo en esas malditas estupideces.

Molly se cubrió el rostro con las manos y comenzó a sollozar otra vez

convulsivamente. Sam la contempló un momento y luego extrajo cinco dólares de su bolsillo y se acercó a ella. La codeó hasta que levantó la mirada. En cuanto Molly vio el dinero se le iluminó el rostro y cesaron de correr las lágrimas. Tomó el billete y abrazó a Sam. Le había empujado contra la pared antes de que él lograra soltarse. Se apartó de ella y se encaminó hacia la puerta.

—Será mejor que se vaya ahora, *Mrs. Bowser* —dijo, tembloroso.

Molly se guardó el dinero en el bolso mientras él abría la puerta.

—Ese fue un hermosísimo gesto, Sam —dijo ella, acercándose nuevamente a él. Sam advirtió que estaba por acorralarle otra vez contra la pared y se apartó a tiempo—. Si alguna vez tiene la sensación de que quiere verme para divertirse un poco, siempre estaré encantada de recibirle, Sam. No le digo lo mismo a cualquiera, porque soy muy exigente en cuanto a las personas que me visitan. Sabe dónde vivo, ¿no es cierto, Sam?

Sam asintió y abrió rápidamente la puerta. La hizo salir a empujones y cerró la puerta por dentro.

Molly salió de *Moda del Día* y se dirigió directamente, cruzando la plaza, a la farmacia de la esquina. Primeramente pagó un dólar y medio por un frasco de perfume y luego compró un garrafón de vino, pagando dos dólares por él^[1]. Para entonces ya estaba haciéndose tarde y salió apresuradamente de la farmacia y se encaminó a su casa.

Pasó ante una parada de taxímetros estacionados ante la escalinata de los tribunales sin dirigir más que una mirada negligente a los coches y sus conductores. Se sobresaltó cuando oyó que alguien la llamaba por el nombre. Se detuvo y miró por sobre el hombro.

Uno de los conductores caminaba lentamente hacia ella.

—¿Taxi, *Mrs. Bowser*? —dijo él.

—¿Cómo sabe mi nombre? —preguntó ella, sorprendida.

—Me acuerdo de ti, Molly —dijo él con familiaridad—. Soy Joe. Solía llevarte en el coche de tanto en tanto, cuando vivías en la pensión de *Mrs. Hawkins*. ¿Recuerdas?

Caminó con Joe hasta uno de los taxímetros. Él era moreno y de baja estatura y tenía una sonrisa amistosa y simpática. Hacía mucho tiempo que ella no le veía, pero de golpe le pareció familiar. Le propinó un codazo.

—¡Oh, es claro! —exclamó—. Ahora me acuerdo de ti, Joe. Creo que viajaré a casa, para cambiar. Estoy un poco cansada, después de tanto caminar.

Joe abrió la puerta del coche y la ayudó a subir. Ella colocó la garrafa en el asiento, a su lado, y se recostó con comodidad. El taxi dio la vuelta al edificio de los tribunales y tomó por la calle Muscadine. Habían recorrido varias cuadras cuando Joe disminuyó la velocidad y la miró por sobre el hombro.

— ¿Cómo te ha ido, Molly? — preguntó con tono negligente.

— Muy bien — respondió ella.

— ¿Estás muy atareada en estos días?

— Oh, tengo mis momentos de trabajo y mis momentos de ocio.

— ¿No nos pasa eso a todos? — comentó él amablemente.

Pasó otra cuadra antes de que se diera vuelta otra vez.

— Me pareció que quizá te habías ido del pueblo, Molly.

— No, todavía estoy aquí.

— ¿Qué número de teléfono tienes allí?

— No tengo teléfono, Joe.

— ¡Qué lástima! — exclamó él meneando la cabeza.

— Yo también lo pienso así a veces — convino ella.

— No podría llamarte si quisiera, ¿no es cierto?

— Los Trotter, los vecinos, tienen un teléfono — informó ella. Hubo una corta pausa —. Pero, de todos modos, Lucy Trotter no me dejaría usarlo.

— Bueno, eso no cambia la situación — dijo Joe sacudiendo la cabeza —. A lo mejor quiero llamarte tarde, por la noche, cuando ellos ya se han acostado. No serviría de nada, de todos modos.

— Es cierto — respondió ella, dudando —. No estaría bien hacerlo muy tarde por la noche.

— Bueno, lo pensaré — afirmó él —. Quizá se me ocurra algo.

— Hazlo, Joe.

— Lo haré, Molly.

El taxi se detuvo frente a la casa. Ya había caído la noche y Molly sabía que Lily no había regresado porque no se veían luces. Se sintió tan solitaria que no quiso salir del taxi. Joe abrió la puerta del coche y permaneció afuera, esperando que ella descendiera.

— ¿Quieres que te lleve a alguna otra parte, Molly? — preguntó.

Ella guardó silencio por unos instantes.

— No tengo adónde ir — contestó finalmente y salió.

Le dio cincuenta centavos que sacó del bolso.

—Gracias, Molly —dijo él, cerrando violentamente la portezuela—. Cuando necesites un taxi no tienes más que telefonar a la parada y preguntar por Joe. Si no puedes conseguir un teléfono, no necesitas más que hacer que me avisen y yo vendré inmediatamente. Yo te cuidaré. Cuando llevo a algún pasajero no me meto en asuntos ajenos, y jamás tendrás que preocuparte, porque siempre mantengo cerrada la boca y nunca me entero de nada.

—Lo recordaré —le respondió ella rápidamente.

—Hasta pronto, Molly. Ya nos veremos.

—Hasta pronto, Joe.

Cuando llegó a los escalones del frente oyó que el taxi se alejaba. Se volvió y contempló las luces rojas de la culata que se alejaban en la oscuridad. En cuanto las luces desaparecieron, tuvo deseos de llamar a Joe, pero ya era demasiado tarde.

Se sintió más solitaria aun cuando abrió la puerta y entró en el vestíbulo. Permaneció en la oscuridad de la casa silenciosa, con la sensación de que era el único ser humano viviente en la tierra. Llorando débilmente, encendió las luces y se dirigió a la cocina para abrir el garrafón de vino.

Bebió el primer vaso tan rápidamente como pudo.

Después de beber otro vaso tomó la botella y la llevó a su cuarto. Lanzando su sombrero a un lado, se quitó la ropa. Tuvo que tironear la apretada faja, hasta que casi le faltó el aliento, deseando durante todo el tiempo que estuviera allí Lily para ayudarla. Cuando finalmente logró quitársela, la metió de un puntapié debajo de la cama. El corpiño se le había rasgado nuevamente y lo tiró con disgusto.

Permaneció frente al espejo, girando y volviéndose para verse desde todos los ángulos. Al final, como siempre, se sintió completamente disgustada por su aspecto; se hizo una horrible mueca y se sacó la lengua.

Se encontraba todavía frente al espejo cuando oyó que alguien estaba en la galería delantera. Eran aproximadamente las nueve de la noche, todavía demasiado temprano para que regresara Lily. Escuchó los golpes durante unos instantes antes de ponerse una bata y salir del cuarto.

La luz del vestíbulo estaba todavía encendida y se sobresaltó cuando vio ante sí el rostro agitado de Perry Trotter. Perry se sobresaltó, a su vez, al verla y retrocedió de prisa varios pasos, hundiendo al mismo tiempo más profundamente las manos en los bolsillos.

—¿Qué quieres, Perry? —preguntó ella malhumoradamente.

—¿Está... está... está Lily en casa, *Mrs.* Bowser?

Molly sacudió la cabeza.

— ¿Cuándo volverá, *Mrs. Bowser*?

— No sé. Supongo que ha ido al cine.

— Volverá a casa a la salida, ¿no es cierto?

— ¿Para qué quieres ver a Lily?

— Quiero verla, *Mrs. Bowser* —repuso él con voz suplicante—. Quiero verla.

Eso es todo.

— ¿Por qué no dejas de molestar a Lily? Tiene otras cosas en que pensar.

— Lily me gusta, *Mrs. Bowser*.

— Ese no es ningún pretexto, si es todo lo que puedes decirme. Hay en el pueblo muchas otras muchachas de tu edad. Ve a ver a alguna de ellas.

— Lily es la única que me agrada, *Mrs. Bowser*. Por eso quiero verla.

— Bueno, puedes dejar de perder el tiempo, Perry. Lily está pensando en casarse y tú eres demasiado joven para ella.

— Le aseguro que me agradaría casarme con ella, *Mrs. Bowser* —dijo sinceramente. Hundió las manos cada vez más en los bolsillos—. En verdad que me agradaría, *Mrs. Bowser*.

— Bien, pues no puedes —replicó ella llanamente—. En primer lugar, no tienes la edad suficiente. No podrías mantenerte a ti mismo, si tuvieras que hacerlo, y menos a dos personas. —Se interrumpió y se rio de Perry—. Cuando Lily se case, se casará con un hombre que pueda darle todo lo que necesite.

— ¿Quién es él? —preguntó Perry, angustiado.

— Todavía no sé —replicó ella—, pero no serás tú, Perry, de modo que puedes ahorrarte muchas preocupaciones y suela de zapatos y olvidarte de que quieres casarte con Lily.

Perry estaba al borde de la galería, con aspecto desolado y acongojado.

— Será mejor que vuelvas a tu casa, antes de que tu mamá descubra dónde has estado —dijo ella—. Ya sabes qué te haría si alguna vez te sorprendiese aquí.

Cerró la puerta con un decidido portazo y regresó a su cuarto. Después de ello no le oyó más.

Luego de acostarse, Molly se sirvió más vino. Después se recostó, apoyando la cabeza y los hombros sobre las almohadas, y comenzó a beber con descuidados sorbos ruidosos, riendo un poco cada vez que algo del líquido le goteaba de las comisuras de la boca y le caía sobre la piel desnuda.

Era ya pasada la medianoche cuando fue despertada por el ruido que hacía

alguien caminando en el vestíbulo. Abrió los ojos precisamente cuando Lily entraba en la habitación.

— ¿Qué ocurre, mamá? — preguntó, parpadeando en la potente luz—. ¿Por qué estás despierta tan tarde?

— ¿Dónde estuviste? — preguntó Molly rudamente, a su vez—. ¿Fuiste al cine?

— Ya había visto la película. No darán una nueva hasta el sábado.

— Y entonces, ¿adónde fuiste?

— A pasear.

Molly se sentó en la cama.

— ¿Quién era él, querida? — preguntó, esperanzada—. ¿Es hermoso? ¿Te pidió otra cita?

— Oh, era cualquiera — respondió ella con un encogimiento de hombros.

— ¿Cómo se llama?

Lily bajó la mirada, esquivando los ojos penetrantes de su madre.

— El doctor Logan.

— ¡El doctor Logan! — exclamó Molly con tono airado. Su brazo golpeó el vaso vacío, que se estrelló en el suelo, haciéndose pedazos—. ¿En qué piensas, Lily? ¡Ya te he dicho muchas veces que no te acerques a él! El doctor te puede hacer más daño, y hacértelo más rápidamente, que cualquier otro hombre del pueblo. Antes de que te des cuenta, nadie podrá hacer nada por ti, después de haber estado algunas veces con él. Puede arruinarte más rápidamente de lo que tarda una piedra en deslizarse por el techo de un galpón de desmotar algodón. Estaría bien si te casaras con un médico, pero puedes estar segura de que no será con el doctor Logan. Tiene esposa y casi cincuenta años de edad. No se casará contigo ni con ninguna de las chicas que recibe en su consultorio. Mira, deja de salir con el doctor, porque de lo contrario ya no podrás casarte con ningún hombre corriente. Yo sé qué pasa en ese consultorio por la noche. Y ahora, no te acerques a los médicos, y menos al doctor Logan. ¿Me oyes?

— ¡Pero es que es tan bueno, mamá! — protestó Lily—. Me enloquece. Todo es tan maravilloso...

— No quiero oír nada más de esto — dijo Molly secamente—. Lo sé todo. Me ocuparé inmediatamente de encontrarte alguien con quien puedas casarte antes de que sea demasiado tarde. Me pareció que podía tenerte confianza, que tú misma encontrarías un hombre, pero ahora veo que tengo que hacerlo yo por ti.

IV

Molly y Lily se encontraban en la cocina, desayunándose, cuando oyeron a alguien en la galería delantera, pero no hubo golpes en la puerta y Molly pensó que algunos de los chiquillos de los vecinos estarían jugando al escondite alrededor de la casa. Estaban bebiendo café y comiendo nuevamente salchichas calientes. Las salchichas fueron previamente mojadas en mostaza, luego envueltas en masa de bizcocho y finalmente horneadas en una honda fuente de pan, en el horno. El desayuno era la comida favorita de Molly y las salchichas eran su plato favorito. A menudo comía seis o siete de ellas de una vez, extendiendo una liberal porción adicional de mostaza en cada mordisco del embutido.

Habían comido la última salchicha y se encontraban todavía sentadas a la mesa de la cocina, bebiendo café, cuando oyeron pasos en el vestíbulo. Lily y Molly se miraron interrogativamente. Esta vez las pisadas eran fuertes y deliberadas.

—Será mejor que vayas a ver quién es, querida —dijo Molly, haciendo una señal con la cabeza hacia el vestíbulo.

Lily llegó hasta la puerta y se detuvo. Un hombre desconocido, de mono, caminaba hacia la cocina. Lily entró corriendo en la cocina y permaneció detrás de la mesa.

—¿Qué ocurre, querida? ¿Quién está ahí?

Lily señaló la puerta. Molly se volvió lentamente.

—Hola —dijo el hombre con negligencia, como si las hubiera conocido toda su vida. Molly, con la boca abierta, pensó que le había visto en alguna parte, porque su rostro parecía familiar. Era un hombre de mediana estatura, de unos cuarenta años, con una espesa cabellera de renegridos cabellos despeinados. Además de su descolorido traje de mecánico, llevaba un par de pesados zapatos de faena y una americana de algodón, color canela, demasiado pequeña para él. Una sonrisa de dientes torcidos apareció en su rostro cubierto de una barba de varios días—. Bien, ¿cómo les va, gente? —dijo, con ánimo de congraciarse.

—¿Qué quiere? —preguntó Molly, sin mostrarse conmovida por el rostro sonriente.

—¿No es usted Molly? —averiguó él.

Ella asintió lentamente, preguntándose aún por qué se parecía él a alguien

que había visto antes.

— Bueno, yo soy Jethro — informó él, meneando la cabeza mientras miraba a Lily y nuevamente a Molly.

— ¿Jethro cuánto?

— Jethro... el hermano de Putt.

Molly contuvo la respiración.

— ¿El hermano de Putt?

— ¿No le habló nunca Putt de mí?

— Putt dijo que tenía un hermano, pero pensaba que estaba muerto porque no había tenido noticias de él durante ocho o diez años.

— Ese soy yo — declaró Jethro con orgullo—. No tenía motivo alguno para escribirle una carta.

— Se parece mucho a él — convino ella.

— Siempre tuvimos un aire de familia.

Molly se levantó y puso nuevamente la cafetera en el fogón, lanzando al mismo tiempo una prolongada mirada a Jethro mientras este contemplaba a Lily. Se le levantaron despectivamente las comisuras de los labios cuando advirtió la flácida caída del holgado traje de mecánico del hombre. Luego tomó una taza y un platillo del aparador y los colocó sobre la mesa. Jethro arrimó inmediatamente una silla y se sentó. Recostándose contra el respaldo, contempló a Lily con una mirada apreciativa.

— ¿No eres la hija de Putt? — preguntó, meneando la cabeza.

Lily sacudió la suya.

— Y entonces, ¿de quién eres hija? — inquirió él, mirando interrogativamente a Molly.

— Es mi hija Lily — dijo Molly—. De un matrimonio...

Jethro asintió, con expresión satisfecha, y miró un poco más a Lily. Esta se sentó rápidamente.

— Es bastante bonita, ya lo creo — comentó él—. ¿Qué edad tiene?

— Dieciséis — le informó Molly.

Jethro sonrió ampliamente.

— He visto a muchas peores que ella — dijo.

Molly vertió café en la taza de Jethro y luego volvió a llenar la de Lily y la suya. Jethro inclinó la taza y llenó el platillo de café, dejando la taza sobre el hule. Luego levantó el platillo con ambas manos y, con los codos apoyados sobre la

mesa, sorbió ruidosamente el charco de caliente café negro. Molly se sentó, contemplándole con un suspicaz fruncimiento de cejas.

— ¿Qué ha venido a buscar aquí? —le preguntó directamente—. ¿Qué ha venido a buscar? Es demasiado tarde para el funeral. Putt fue enterrado el miércoles pasado.

— ¿Sí? —dijo Jethro, aparentemente sorprendido—. No creí que le pusieran en la caja y se librasen de él tan rápidamente. Solo me enteré ayer por la mañana y el viaje me ocupó todo ese tiempo. Estaba trabajando para un granjero, en el Distrito Woodbine, y tuve que despedirme y cobrar mis jornales antes de poder partir.

— Es una lástima —dijo Molly—. Sé que le habría gustado el funeral. Fue realmente hermoso.

— Nunca me gustaron mucho los funerales —respondió él sacudiendo la cabeza—. Siempre hay en ellos alguien que no regresa, y eso me entristece.

Nadie dijo nada durante un rato. Jethro volvió a llenar el platillo y sorbió el café. De tanto en tanto miraba a Lily por sobre el borde del recipiente, pero la joven apartaba la mirada cada vez que se descubría observada.

— Bien —dijo Molly finalmente—, supongo que regresará, ahora que ha terminado el funeral.

Jethro meneó rápidamente la cabeza y dejó el platillo en la mesa.

— No —repuso—, no pienso volver. Voy a estar sumamente atareado durante un tiempo, cuidando de los bienes de Putt.

— Putt no dejó absolutamente nada —declaró Molly.

— Debe de haber dejado algo. Un hombre siempre reúne algunas cosas durante su vida. Esta mañana conversaba con unas personas en el pueblo y me dijeron que, por empezar, mi hermano era dueño de un volquete. Buscaré un poco y encontraré todas las cosas. Supongo que en conjunto valdrán la pena del trabajo. Seguramente habrá dejado un par de zapatos y cosas por el estilo. Es mi deber ocuparme, por Putt, de cosas así. Él lo hubiera querido.

— Todo lo que dejó me pertenece —le dijo Molly con seco tono de advertencia—. Soy su viuda, según la ley.

— Bueno, vaya, no nos pongamos nerviosos por eso, Molly. No hice este viaje para arrebatarle lo que le pertenece por derecho. Todo resultará bien, honestamente, al final. Haremos algunos trueques y ventas para hacer que el trabajo sirva de algo. Es casi seguro que descubriré cosas de las que usted no tenía

noticia, y de ese modo habrá más para repartir. Bien, ahora necesitaría algunas camisas y medias, inmediatamente...

—¡Nada de eso! —replicó ella con frialdad—. Todo lo que hay en esta casa es mío.

Jethro se echó hacia atrás, contra el respaldo, y metió la mano en el bolsillo del mono. Cuando la volvió a sacar, tenía en ella un grueso rollo de billetes de banco.

—Cuando partí del Distrito Woodbine cobré los jornales que me adeudaban, y no quiero ser una carga para nadie. Pagaré lo que corresponda. Siempre he dicho que eso era lo correcto y lo justo.

La expresión hostil de Molly se tornó repentinamente cálida y amistosa. Le chispearon los ojos y una sonrisa se le extendió por el rostro.

—Lily, sirve a tu tío Jethro un poco más de café caliente —dijo graciosamente—. Llénale la taza. —Mientras Lily traía la cafetera, Molly se inclinó hacia adelante, acercando su silla a la de Jethro y apoyando los brazos y los opulentos pechos sobre la mesa. Jethro lanzó un gruñido complacido cuando advirtió su gesto de intimidación—. Es fácil entenderse conmigo, Jethro —dijo, entrecerrando los ojos—. Espero que no te hayas formado una opinión equivocada de mí. Estos últimos días he estado un poco trastornada, pero ese no es mi verdadero carácter. Todos los que me han conocido te dirán que soy cariñosa y amable.

Jethro, sonriendo, acercó más su silla.

—Y ahora ponte a tus anchas, Jethro —continuó ella apresuradamente—. Quiero que sientas que este es tanto tu hogar como el mío. Si hay algo que necesites, como algunas de las camisas y las cosas de Putt, no vaciles en pedírmelo. Querrás que te remiende y te cosa algunas prendas. Si quieres comer algo especial, como salchichas calientes o ñame, no tienes más que decírmelo. No soy mala cocinera cuando me dedico a ello. Siempre fui una buena ama de casa y nada hay que me agrade más que trabajar para los hombres de la casa.

Jethro asentía y contemplaba a Lily con el rabillo del ojo mientras Molly hablaba. Cuando ella terminó, hubo un momento de silencio en la cocina, y Molly extendió el brazo y dio un codazo a Jethro. Sobresaltado, este se irguió instantáneamente con un respingo.

—Es cierto —dijo un momento más tarde, con expresión confundida. Molly no agregó nada más y pronto el hombre apartó su silla y estiró los largos y

delgados brazos por sobre la mesa —. Bueno, me parece que echaré una ojeada por aquí — dijo, levantándose. Se encaminó a la puerta que daba a la galería trasera y miró el patio con aspecto de crítico. Permaneció allí unos minutos, inspeccionándolo con profundo interés—. Saldré al patio — dijo—. Siempre me ha gustado mirar los patios traseros de la gente. Se puede saber más de las personas estudiando los montones de desperdicios de los patios de atrás que de cualquier otro modo.

Molly le siguió hasta los escalones de la galería. Permaneció allí, contemplándole, mientras Jethro se acercaba a la enorme pila de desperdicios y la hurgaba con una estaca. Extrajo algunos recipientes de lata, un zapato viejo y una oxidada cadena de bicicleta. Putt siempre traía a casa una cantidad de trastos, en vida, y la mayoría de las cosas que recogía en las calles, en el pueblo, eran arrojadas, tarde o temprano, al patio trasero. Cada vez que Molly encontraba algo roto o inservible en la casa, algo de lo cual quería librarse, lo llevaba a la galería trasera y lo tiraba al patio. De tanto en tanto daba una moneda a un chiquillo de color para que juntase todos los trastos viejos en un montículo. Después de todo ese tiempo, la acumulación de latas, ruedas herrumbradas y otros artículos arrumbados había formado un montículo que llegaba casi hasta la cintura de una persona y varios más pequeños que constantemente aumentaban de tamaño.

Lucy Trotter había visto a Jethro desde la ventana de su cocina. Salió a su galería trasera y le miró con curiosidad mientras él se inclinaba sobre el montón de trastos viejos.

—Es el castigo de Dios —dijo en voz alta, histérica, que podía ser escuchada en el otro extremo de la calle—. Otro Bowser ha venido a atormentar nuestras almas. No sé qué ha hecho la gente buena de este pueblo, para merecer este castigo. ¡Dios se apiade de nosotros!

Jethro se había apartado de los desperdicios y se encontraba ahora ante la cerca. Con la boca abierta, contempló a Lucy hasta que esta terminó de hablar, y luego pasó una pierna por sobre las bajas estacas. Lucy gritó y entró precipitadamente en la casa, dando un portazo y cerrando con llave. Jethro pasó la otra pierna sobre la cerca, se dirigió hasta el montículo de desechos de los Trotter y comenzó calmosamente a hurgar en él con su vara. No encontrando nada que le interesase, después de rebuscar cuidadosamente, pasó primero una pierna y luego otra sobre la cerca de estacas y regresó a la galería, donde Molly había estado esperando.

—Esta gente de la casa de al lado es, seguramente, pobre y mezquina — comentó con un despreciativo movimiento de cabeza—. Tendrías que ver su pila de trastos, Molly. No pude encontrar nada de importancia, aparte de algunas botellas viejas y rotas y unos cuantos recipientes de lata. Putt dejó aquí un hermoso montón de desperdicios. Dentro de uno o dos días volveré a revisarlo. Es magnífico.

Molly sonrió, complacida de oírle hablar de Lucy Trotter de ese modo.

—Es una vieja tonta —dijo, yendo hacia la puerta y esperando que Jethro la siguiera—. Vive solamente para crear disgustos a los demás. —Caminaban por el vestíbulo y, cuando Molly llegó a la puerta de su cuarto, sonrió a Jethro y entró. Jethro penetró a su vez, estirando el cuello y contemplando con curiosidad el desorden de ropas y colchas tiradas en el suelo y sobre las sillas. Molly comenzó inmediatamente a recoger las cosas que tenía más a mano y a echarlas en el ropero—. El esposo de Lucy Trotter es un hombre bonísimo —continuó—. Se llama Clyde y es dueño de un taller de cepillado de maderas, situado en las afueras del pueblo. Pero ella no sirve para nada. Vive únicamente para producir conflictos a los demás.

Jethro escogió una silla que había sido liberada de vestidos y colchas y se sentó. Molly arrojó debajo de la cama, de un puntapié, un par de zapatos.

—Siempre me ha agradado mantener las cosas limpias y en orden —dijo, mirando en torno para ver si había algo más que hacer—. Creo que está en mi carácter el ser tan exigente. —Arregló el peine y el cepillo que estaban sobre el tocador y guardó en un cajón un montículo de rizadores de alambre y caucho. Luego, con un suspiro de satisfacción, se sentó en la cama—. En este momento recordé que hoy nos faltan algunas cosas en la cocina, Jethro —dijo ansiosamente—. Y bien, si no es mucha molestia, Jethro, cuando vayas al pueblo puedes traer un poco de manteca de cerdo y harina y unas cositas como un kilo de salchichas y algunas judías envasadas. Y, ya que estás en eso, puedes traer también una damajuana de vino. Siempre me gustó tener unos litros a mano y en estos momentos no queda mucho en la casa. Es mucho más barato comprarlo en cantidades; y cuida de comprarlo tinto en lugar de traer el otro.

Ambos podían oír a Lily en el cuarto contiguo y Jethro inclinó la cabeza y escuchó con interés.

—Es una joven muy bien parecida —dijo—. Hace mucho tiempo que no veo a una chica tan bonita.

—¿Quién, Lily? —preguntó Molly disgustada—. Oh, no es más que una chiquilla, Jethro, y pasará mucho tiempo antes de que madure. No es como nosotros, los mayores de edad. Solo le interesan cosas infantiles. —Se interrumpió y miró ansiosamente a Jethro—. A veces pienso que nadie tuvo nunca una hija tan desinteresada como Lily. ¿Sabes qué me dijo esta mañana, Jethro?

—¿Qué?

—Dijo que quería que me comprara un nuevo par de zapatos, porque los que tengo están demasiado viejos para ser usados en público.

Jethro se inclinó y observó los zapatos de Molly. Llevaba un par de estropeados zapatos castaños, tipo Oxford, que usaba en la casa. Les había hecho unos tajos en la parte exterior, sobre la suela, para impedir que le dolieran los callos y los juanetes.

—Esos me parecen bastante cómodos —comentó Jethro—. No sé cómo podrías encontrar otro par de zapatos que se te adapten tanto al pie.

—Pero me avergonzaría usarlos en la calle, donde todos pudieran verme.

—Es cierto, supongo que no estaría bien —convino él desganadamente.

—Te aseguro que me alegraría tener un nuevo par, Jethro. Creo que podría comprar unos por diez dólares.

Jethro le miró nuevamente los zapatos y luego se levantó y extrajo del bolsillo el rollo de billetes. Molly se puso de pie y él retrocedió un poco sacando al mismo tiempo diez dólares del rollo. Cuando logró guardarse otra vez el rollo en el bolsillo, Molly estaba casi junto a él.

—Cómprale también a Lily un par de zapatos —dijo él mientras le entregaba el dinero—. Sería una tontería gastarlo todo en un solo par.

Con un rápido movimiento de la mano, Molly le arrebató el dinero y lo apretó en la palma. Luego le abrazó.

—Oh, no es nada, Molly —dijo él excitadamente—. Es una satisfacción para mí hacer eso por Lily.

—No sé qué habríamos hecho si no hubieras venido tú —le dijo ella con tono agradecido. Él se encontró empujado hacia atrás por el poderoso cuerpo de Molly y un momento más tarde estaba acorralado, impotente, entre ella y la pared. Solo le era posible respirar entrecortadamente mientras el peso de ella le oprimía el pecho. Hizo un desesperado esfuerzo para apartarla, pero el aplastante peso del cuerpo de Molly le resultó difícil de mover—. Quiero que sepas cuánto lo aprecio, Jethro —susurró ella roncamente en su oído.

Todavía no había podido decir nada, y estaba tan falto de aliento que de pronto se sintió laxo y completamente indefenso. Molly presintió que algo andaba mal cuando vio que se le doblaban las rodillas. Jethro se derrumbó hacia adelante, y ella le tomó en sus potentes brazos antes de que cayera al suelo.

—Jethro, estás débil y cansado después de ese largo viaje del distrito Woodbine —dijo con simpatía. Con los pies arrastrándose por el suelo, lo llevó a la cama y lo acostó en ella—. No me di cuenta de cuán cansado debías estar —dijo con preocupación—. Necesitas urgentemente vitaminas. —El pecho de Jethro palpitaba, y el hombre gruñía entre suspiros. Todavía sentía vértigos y no sabía qué hacía Molly cuando se dirigió al cajón de la cómoda y extrajo el maletín de cuero—. Esto te hará sentir como un hombre completamente nuevo, Jethro —le decía ella.

Le sacó de los hombros los tirantes del mono y le puso boca abajo. Él todavía no sabía qué sucedía cuando sintió que el traje se le deslizaba hasta las rodillas. Hubo un rápido pinchazo de la aguja y Jethro gritó a voz en cuello. Cuando trató de moverse descubrió que Molly estaba sentada a horcajadas sobre sus espaldas.

—¡Suéltame! —gritó con tanta fuerza como pudo, tratando al mismo tiempo de sacársela de encima golpeándola con los codos—. ¡Me estás asesinando! ¡Suéltame... suéltame!

—Quédate quieto, Jethro —dijo ella calmadamente—. Esto es bueno para ti, y tú no lo sabes.

Oprimió el émbolo en la jeringa hasta que la inyección quedó completada. Entonces extrajo la aguja. Jethro volvió a gritar.

—Ahora todo ha terminado —dijo ella con voz bondadosa—. No había por qué asustarse, Jethro.

—¿Qué me hiciste? —gritó él.

Molly se levantó y se sentó en la cama, junto con él. Él la miró, con las manos temblorosas, mientras ella guardaba la jeringa en el maletín.

—Te di una inyección de vitaminas, Jethro —dijo sonriéndole—. Eso fue todo. Lily y yo nos administramos inyecciones continuamente. Y ahora, antes de que te des cuenta, te sentirás como un hombre completamente nuevo. Estabas totalmente agotado y no lo sabías.

Jethro levantó la cabeza y vio a Lily en la puerta.

—¿Qué ocurrió, mamá? —preguntó la joven.

—Oh, nada, querida —respondió Molly serenamente—. Estaba dando una inyección a tu tío Jethro, y él no está acostumbrado a ellas. La próxima vez nos daremos todos juntos las inyecciones, y entonces verá él cuán sencillo es. —Dio una suave palmada a Jethro—. Ya no tienes nada que temer, ¿no es cierto, Jethro? ¿No te sientes ya como un hombre completamente nuevo?

Él asintió con un ansioso movimiento.

—Creo que sí... es cierto —dijo, mientras una amplia sonrisa se le extendía por el rostro—. Me alegro de haber venido aquí. —Los dientes torcidos le brillaron en la boca—. ¿Sabes?, podría haber vivido y muerto en el distrito Woodbine sin saber absolutamente nada de lo que sucedía en el ancho mundo exterior.

V

Christine Bigbee envió a Mamie, su doncella negra, a pedirle a Molly que fuese a verla esa tarde, si podía, y Molly comenzó a prepararse inmediatamente. Sabía, sin preguntárselo a Mamie, que el reverendo Bigbee había salido del pueblo, porque de otro modo Christine no se habría atrevido a llamarla. Y le dijo a Mamie que estaría allí dentro de una hora. Se alegraba siempre que Christine la mandaba a buscar, porque sentía que era la única amiga que tenía en el pueblo y, a decir verdad, la única amiga que había tenido en cualquier otra parte.

El padre de Molly fue un agricultor arrendatario que trabajó para Tom Satterfield, en el extremo inferior del distrito Cherokee, hasta que ella cumplió los doce años de edad. Acababa de pasar de esa edad cuando él y su madre fueron muertos por un tronco de mulas desbocadas que los arrojó a los tres fuera del carro. La cabeza del padre golpeó contra el tronco de un pino y murió instantáneamente. Su madre fue aplastada por el carro derribado y vivió solo unas horas. Molly se asustó terriblemente y escapó con una pierna fracturada, pero los Satterfield la llevaron a su casa y la cuidaron hasta que estuvo lo suficientemente bien como para levantarse y ayudar en las tareas de la casa. No tenía parientes cercanos, y *Mrs.* Satterfield dijo que podía quedarse y aprender los trabajos domésticos. Al comienzo lavó platos e hizo camas, pero a medida que crecía y se hacía más fuerte se le asignaron más tareas, y dos años más tarde lo hacía todo en la casa.

Mientras sus padres vivían solo le fue posible concurrir a la escuela unos meses por año, generalmente de diciembre a marzo, porque durante el resto del año tenía que ayudar a su madre y a su padre en el campo, en primavera, y recoger algodón durante el otoño. Después de irse a vivir con los Satterfield no tuvo más oportunidades de concurrir a la escuela. Recordaba haber oído a su padre, muchas veces, decir que le hubiera gustado que tuviera la educación de que él y su madre no gozaron. Le dijo muchas cosas que le produjeron poca impresión entonces, pero que a menudo recordaba mientras vivía con los Satterfield.

Jamás logró olvidar algo que le dijera su padre una calurosa tarde de verano, mientras estaban sentados a la sombra, descansando unos minutos entre hilera e hilera de algodón.

—El mundo no ha sido hecho para gente como nosotros, Molly —le dijo cuando ella le pidió un par de zapatos nuevos para usar los domingos en la iglesia—, y a veces se me ocurre pensar y asombrarme de que estemos aquí y de cuál será el motivo. Es un magnífico lugar para muchas personas, pero hubo muchos momentos de mi vida en que hubiera preferido estar muerto antes de tener que vivir como lo hago. Y hay muchos como nosotros en el mundo, y la mayoría de nosotros tenemos mucha suerte si conseguimos estar vivos. Siempre habrá algunos que tendrán todos los zapatos que necesitan, y todo lo que va con los zapatos; pero la gente como nosotros tiene que trabajar, si encuentra trabajo, y aun así arreglárselas sin zapatos nuevos porque, quién sabe por qué, no consigue ganar lo suficiente, de un año al otro, para comprar todo lo que necesita. Los Satterfield tendrán siempre lo que quieran, o si no lo tendrá cualquier otro como ellos, porque poseen la tierra y el ganado. Las personas como nosotros debemos contentarnos con lo poco que queda, y nunca queda mucho después de que gente como los Satterfield toma todo lo que necesita.

Molly no pudo dejar de llorar cuando se dio cuenta de que lo que él decía era que no tendría los zapatos.

—Tendrás que aprender a vivir en la privación, Molly —le dijo él bondadosamente—. Así hemos nacido. Después de todos estos años de esfuerzo, me siento agradecido ahora de tener apenas lo suficiente para mantenerme vivo. Ya no me queda nada por lo cual vivir, y no me lamentaré cuando me llegue la hora de irme.

Después que Molly se fue a vivir con los Satterfield y comenzó a trabajar para ellos, consiguió comprender por qué su padre estaba siempre tan amargado y desalentado. Los Satterfield no se satisfacían solamente con que ella lavase los platos, cocinase e hiciese las camas; cada vez que la encontraban descansando le daban algún otro trabajo. Se sentía tan cansada de un día para el otro, que había perdido la energía de quejarse del trabajo que se le obligaba a hacer. La hacían levantarse a las cinco de la mañana para ordeñar las vacas. Después de ello preparaba el desayuno, lavaba los platos, limpiaba la casa, batía la crema, preparaba el almuerzo, remendaba, lavaba, preparaba la cena y volvía a lavar los platos. Nunca le era posible terminar sus tareas antes de las nueve de la noche.

—Eres la criatura más desagradecida que jamás he conocido —le dijo *Mrs.* Satterfield un día, cuando se olvidó de batir la crema para hacer manteca—. Te acogimos cuando no tenías un lugar a donde ir, y ahora no quieres hacer ni la

mitad de las cosas que se te encomiendan. Tengo grandes deseos de tomar el cinturón y castigarte hasta meterte en ese cuerpo perezoso e inútil un poco de reconocimiento.

Al principio, esa noche, Molly lloró hasta dormirse, y siempre le parecía que no hacía más que cerrar los ojos cuando ya uno de los Satterfield estaba golpeando a su puerta, diciéndole que se apresurara y preparase el desayuno. En una oportunidad se sintió tan cansada y soñolienta, que se cayó sobre la cama mientras se vestía, y antes de que pudiera darse cuenta de nada, *Mrs.* Satterfield estaba golpeándole la espalda y los hombros con la pesada correa de cuero.

Cuando tenía quince años, uno de los muchachos Satterfield, Ed, trepó hasta su ventana una noche y se acostó junto a ella. Ella se sintió asustada, pero lo que más deseaba en el mundo era compañía y camaradería, y durante todo el resto de la noche lloró de dicha. Más tarde, Ed se lo contó a su hermano Johnny, y después de eso uno de ellos venía a visitarla varias veces por semana. Al cabo de un año se encariñó tanto con Ed y Johnny que todas las noches esperaba ansiosamente a uno de ellos.

Tom Satterfield había sido siempre rudo con ella, y muy pocas veces le decía nada, como no fuera para regañarla por algo que había dejado de hacer; y Molly se sintió demasiado sorprendida para decir nada cuando una noche él trepó a la ventana, en una ocasión en que los muchachos no estaban en la casa. Se sintió tan atemorizada que lo único que recordó fue que él le dijo que la castigaría con la correa si se lo contaba alguna vez a alguien.

Molly tenía dieciocho años cuando una mañana se sintió tan enferma que no pudo levantarse de la cama, y *Mrs.* Satterfield tomó el cinto de cuero y la golpeó hasta que no pudo recordar qué sucedió después. Esa tarde la llevó al pueblo, para hacerla revisar por un médico. Cuando *Mrs.* Satterfield se enteró de que la joven iba a tener un hijo, amenazó con hacerla arrestar o enviarla al asilo del distrito, pero el médico habló con ella durante largo rato y la mujer finalmente consintió en permitir que Molly fuese al hospital.

La llevaron a casa al cabo de dos semanas, y *Mrs.* Satterfield amenazó con golpearlas a ella y a la niña si alguna vez decía quién era el padre. La propia Molly no estaba muy segura, porque había dormido con Ed y Johnny y con Tom Satterfield además, pero dijo a *Mrs.* Satterfield que el padre de la niña era un desconocido que vino un día a la casa mientras todos estaban ausentes. *Mrs.* Satterfield no la creyó y le hizo clavar su ventana, ordenándole que la mantuviese

siempre cerrada.

Ed y Johnny se casaron y se mudaron poco después de que nació Lily. Tom Satterfield encontró la forma de entrar en su cuarto quitando el marco de la ventana, y continuó visitándola hasta que George May fue a vivir a la casa. George era un peón que Tom contrató para hacer el trabajo que anteriormente hacían Ed y Johnny en la granja. George tenía en ese entonces unos treinta años, y Molly veinticinco; y Tom advirtió a George desde el primer día que se mantuviese apartado de ella. Unas noches más tarde, Molly fue al granero, donde se le había instalado a George un camastro en el cuarto de los arneses. Encontró a George sentado en su camastro, tocando la armónica. Entró en el cuarto de los arneses y cerró la puerta.

—Me dijo que me haría sufrir si... —comenzó a decir George con temor—. Será mejor que te vayas.

Molly se sentó en el camastro, junto a él.

—No le tengas miedo —replicó.

Permanecieron allí sentados durante una hora, mientras George tocaba la armónica. Luego el repentino crujido de la puerta los sobresaltó. George se puso de pie de un salto. Tom Satterfield se adelantó, balanceando un hacha. La hoja golpeó a George en un costado de la cabeza, resbalando hacia abajo, hacia el cuello. Molly, aullando de terror, pasó corriendo junto a Tom antes de que este pudiera agarrarla y abrió la puerta. Corrió hacia la casa, tomó a Lily y se precipitó hacia el campo. Después de correr hasta que cayó extenuada, ella y Lily se acurrucaron durante toda la noche entre las malezas. La mañana siguiente corrieron a campo traviesa hasta que llegaron a una carretera. Caminaron toda la mañana, y esa tarde un hombre que conducía un camión cargado de troncos las transportó.

Era ya tarde cuando llegaron a Cruce Lento, un pequeño villorrio situado en una encrucijada. La mayoría de las casas estaban apiñadas en torno a un pequeño merendero y estación de servicio llamado Almuerzos de Roy. Al principio, cuando Molly entró, no pudo ver a nadie; pero cuando se acercó al mostrador, un hombre alto, de rostro sin afeitar, se levantó de un banquillo. El piso estaba sembrado de mendrugos viejos, y las moscas se agrupaban sobre los azucareros destapados.

—Estamos hambrientas —dijo Molly desesperadamente—. Mi hijita no ha comido nada desde ayer.

—¿Tienes dinero? —preguntó Roy con indiferencia.

Molly le dijo que no tenía dinero.

— ¿Cómo esperas comer si no tienes dinero?

— Trabajaré para pagar — respondió ella suplicantemente—. Sé cocinar y limpiar. Haré cualquier cosa, con tal que nos dé, a mí y a mi hija, algo de comer.

Roy señaló con el pulgar en dirección de la cocina, detrás de él.

— Ve, entonces, y prepárate algo — dijo.

Molly hizo café y cortó varias tajadas de jamón y algunas patatas. En cuanto la comida estuvo lista, ella y Lily se sentaron y comieron todo lo que habían preparado. Cuando terminaron y los platos estuvieron lavados, Roy apareció en la puerta.

— Si quieres limpiar esto por la mañana, puedes quedarte — le dijo.

Molly se sintió tan agradecida que tuvo miedo de hablar, pero asintió ansiosamente. Roy señaló una puerta ubicada en la parte trasera de la cocina.

— Puedes dormir allí — dijo.

Había en el cuarto una gran cama de dos plazas, un tocador con un rajado espejo oval y una silla. Una deshilachada cortina verde, enrollable, cubría la única ventana. El piso estaba desnudo y necesitado de una buena limpieza.

En cierto momento, durante la noche, Roy se introdujo en su cama, y cuando ella despertó, a la mañana siguiente, fue la primera vez desde que tenía memoria que no sintió temor, Roy le dijo que su esposa había muerto y que podía quedarse si quería. Ella pensó que debería contarle lo de George May, pero resolvió que sería mejor si no le decía nunca que había vivido en la granja de los Satterfield.

El verano siguiente llegó otra muchacha a la taberna y pidió trabajo a Roy, ofreciéndose a trabajar por nada si la dejaba quedarse. Tenía unos dieciocho o veinte años y era mucho mejor parecida que Molly, y Roy envió a Molly y Lily a la granja de Billings, a tres kilómetros de distancia. Hacía más de un mes que *Mrs.* Billings buscaba un ama de llaves, y tomó a Molly inmediatamente. Durante el tiempo que vivió allí, *Mrs.* Billings le enseñó a bordar y todos los demás trabajos de aguja que conocía. Cuando Lily tenía catorce años y acababa de terminar su primer año de escuela secundaria, uno de los peones de la granja se acostó con ella una noche, y Molly se enfureció de tal modo que, cuando se enteró, tomó la escopeta de *Mr.* Billings y trató de matarlo. El hombre saltó por la ventana antes de que ella pudiese hacer fuego, y a la mañana siguiente Molly recogió sus pertenencias y llevó a Lily a Agrícola, donde alquilaron un cuarto en la casa de pensión de *Mrs.* Hawkins. Vivieron allí un poco más de un año, antes de que ella se casara con Putt

Bowser, y fue durante ese tiempo cuando conoció a Christine, y la visitó casi todas las veces que el reverendo Bigbee salía del pueblo por uno o dos días.

Christine salió al encuentro de Molly en la puerta, y la hizo pasar a la sala. La casa estaba fresca y cómoda, y Molly se acomodó en una silla y se abanicó vivamente el rostro. Había caminado apresuradamente bajo el calor de la tarde, y gotas de sudor le brotaron del rostro y el cuello.

—Bueno —dijo inspirando profundamente—, aquí me tienes, Christine.

—No te habrás olvidado de traer el ya-sabes-qué, ¿no es cierto, Molly?

—dijo sonriendo, mientras miraba el maletín negro que reposaba en el regazo de Molly—. Hace ya casi un mes desde que estuviste aquí la última vez. —Se levantó y cerró la puerta—. Mamie es terriblemente curiosa —explicó—. Creo que ya sabe demasiado.

Christine era una mujercita pelinegra, de treinta y cinco años, varios más joven que el reverendo Bigbee. Estaban casados desde hacía diez años, y antes de su casamiento ella fue maestra durante tres. Después de haber estado casada varios meses, descubrió que él había pedido su mano porque sentía que un pastor casado tendría más dignidad que uno soltero. Año tras año trató, por todos los medios que se le ocurrieron, de conquistar su amor y cariño, pero a medida que transcurría el tiempo el reverendo se tornaba más austero y menos accesible. Ella todavía era joven y atrayente, y las mujeres de más edad que concurrían a la iglesia continuaban criticándola implacablemente por parecer demasiado joven y alegre para ser la esposa de un sacerdote. Si un domingo por la mañana concurría a la iglesia con un colorete demasiado llamativo en los labios, algunas de las mujeres de más edad hablaban de ello al reverendo Bigbee después del servicio religioso. Y si desaprobaban la amplitud de su escote o el largo de sus faldas, no perdían el tiempo en llamar la atención del reverendo en ese sentido. Este le hablaba invariablemente, después, con suma severidad y le ordenaba que se comportara en la forma exigida por la congregación. Ella llegó a advertir que podía hacer muy pocas cosas que no contaran con la desaprobación de las feligresas y de su esposo. Cuando era maestra iba siempre al cinematógrafo los fines de semana, pero el reverendo Bigbee desaprobaba el cinematógrafo. Christine tenía la suficiente sensatez como para no tratar de fumar un cigarrillo en presencia de su esposo, y la única oportunidad que tenía de fumar era cuando él estaba ausente de la casa o del pueblo.

—¿Se ha ido? —preguntó Molly significativamente.

— ¡Sí, gracias a Dios! — exclamó Christine con un suspiro de alivio. Había tomado un cigarrillo de un paquete y lo encendía desafiadamente—. No volverá hasta mañana. — Lanzó una nube de humo en torno—. ¡Voy a echar humo como un maldito horno, maldita sea!

— No sé cómo sería eso de vivir con un hombre que no la deja a una fumar y hacer las cosas que una quiere hacer — dijo Molly—. Pero es preciso que algo le guste, Christine.

— ¿Qué algo? — preguntó ella con una corta carcajada—. Ojalá me nombraras una sola cosa que le gustara, Molly. ¡No sabes qué infierno es esto... vivir con alguien tal remalditamente mojigato!

— Bueno, puedo nombrar un par de cosas que deben gustarle — declaró Molly.

— Te sorprenderías, Molly. — Meneó tristemente la cabeza—. ¿Sabes qué hace ahora?

— ¿Qué?

— Lee la Biblia en voz alta, en cama, todas las noches; eso es lo que hace. Ayer fue el quinto capítulo de San Lucas. Soy una mujer cristiana, Molly, pero hay ocasiones en que no quiero que me lean la Biblia.

— No te culpo, Christine. No creo que yo pudiera acostumbrarme a eso, por más religiosa que quisiese ser.

— Uno de estos días se romperá algo en alguna parte. No puedo seguir de este modo. Me está enloqueciendo. Lo único que me ha sostenido hasta ahora es maldecir por toda la casa cuando él no está, pero eso solo es temporario. Tendré que hacer algo distinto. Ni siquiera me deja desnudarme si no apago las luces, y tengo que usar batas de mangas largas, que se arrastran por el suelo. Esta mañana, en cuanto se fue, me quité las ropas, corrí al patio trasero y dije: «¡Que se vaya al maldito infierno!», con toda la fuerza que me fue posible. Es claro, Mamie casi se murió de tanto reírse de mí. Supongo que fue una tontería, pero tenía que hacer algo.

— Yo pensaba que había tenido una vida penosa — dijo Molly—, pero creo que no sabía cuán bien he vivido. No sé qué haría si tuviera que soportar las cosas que toleras tú, Christine.

Christine encendió otro cigarrillo y se puso de pie.

— Démonos algunas inyecciones, Molly — dijo, abriendo la puerta.

Molly la siguió al vestíbulo, y, cuando se encontraron en el dormitorio,

Christine bajó las cortinas y se desnudó. Molly llenó la jeringa y se sentó en la cama.

—No sé qué haría si no tuviese estas inyecciones de tanto en tanto — comentó Christine—. Por favor, no te vayas nunca para no volver. Tienes que quedarte.

—Me quedaré —le aseguró Molly—. Siempre estaré en el pueblo.

Christine se acostó boca abajo en la cama y lanzó una nube de humo por sobre su cabeza. Repentinamente se estremeció de risa.

—¿No sería gracioso que Charles entrara ahora y nos sorprendiera, Molly? —preguntó—. ¿No sería un espectáculo? —Molly le tomó un pellizco de carne entre el pulgar y el índice y le hundió la aguja—. ¿Qué te parece que haría si tratáramos de administrarle una inyección, Molly? ¿No sería algo gracioso?

Molly retiró la aguja.

—¿Quieres otra ahora mismo, Christine? —inquirió.

—¡Oh, Dios, sí! —exclamó ella—. ¡Docenas de ellas, Molly!

Molly le dio una segunda inyección y volvió a llenar la jeringa.

—Ahora dame tú una, Christine —pidió, entregándole la jeringa. Se quitó el vestido y se acostó en la cama—. Nos agrada sentirnos bien, juntas —dijo, con el rostro apretado contra el cobertor—. No necesito las inyecciones tanto como tú, pero hay suficientes para ambas.

Cuando Christine terminó de inyectarle el líquido, entregó la jeringa a Molly y encendió rápidamente otro cigarrillo. Después se recostó en la cama, fumó un cigarrillo tras otro y habló del reverendo Bigbee y sus peculiaridades.

VI

Lily se había desnudado para acostarse y estaba escuchando música de baile en la radio cuando oyó que alguien la llamaba a través de la ventana abierta. Era entre las nueve y las diez, y Molly se encontraba todavía en lo de Christine Bigbee. Esa tarde, a hora avanzada, Jethro había ido al pueblo, y Lily no pudo pensar en nadie que pudiese estar bajo su ventana, llamándola a esa hora de la noche. La luna brillaba, luminosa, y, cuando ella levantó la cabeza y miró, pudo ver la parte superior de la cabeza de alguien casi al nivel del alféizar. Apagó el receptor y esperó. Al cabo de unos momentos sintió curiosidad por saber quién estaba afuera y se levantó y se acercó a la ventana.

—Hola, Lily —dijo Perry Trotter con una voz asustada, que era poco más que un susurro.

—¿Qué quieres, Perry? —preguntó ella con frialdad—. ¿Qué estás haciendo ahí?

—Quiero verte, Lily —dijo él esperanzadamente. Se paró en puntillas de pies y apoyó ambas manos sobre el alféizar. Lily se apartó de la luz de la luna y se retiró hacia las sombras del cuarto—. ¡Caray, Lily! —dijo él con ansiedad, y un momento más tarde trató de izarse a la ventana.

—Vete de aquí, Perry —dijo ella, golpeándole los dedos y el dorso de las manos con los nudillos.

Perry se sostuvo todo el tiempo que le fue posible, y, cuando Lily le dio un empujón, perdió el asidero y cayó al suelo.

—¡Por favor, déjame entrar, Lily! —rogó.

—No puedo.

—¿Por qué no? ¿No me quieres nada, Lily? ¿Por qué no me dejas entrar a verte? Yo te quiero terriblemente, Lily. ¡De veras! Estoy loco por ti.

—No puedo preocuparme por ti, Perry Trotter —respondió ella implacablemente—. Y ahora, vete. Eres demasiado joven para interesarme.

—Tengo dieciséis años, Lily —dijo él, mientras sus manos volvían a aferrarse al alféizar—. Es suficiente edad, ¿no es cierto? He crecido mucho desde esa noche que fuimos a la parte trasera de la iglesia bautista. —Esperó, pero Lily no contestó—. ¿Cuánto más tendría que esperar para que me quisieras, Lily?

—Docenas de años —dijo ella—. Pero incluso entonces es probable que no te quiera, Perry.

—¿Por qué no, Lily?

—Porque no, por eso.

—¿Aunque yo te quisiera más que a nadie en el mundo?

—Eso no significaría ninguna diferencia para mí.

—¡Caramba, Lily, pienso que eres maravillosa! Siempre te querré. Te querré mientras viva. Nunca querré a nadie más, Lily.

—Eso no me interesa en lo más mínimo, Perry Trotter. Tengo otras cosas en qué pensar. No puedo perder tiempo contigo.

—¿Quieres a alguien un poco más que a mí?

—A docenas de personas —respondió ella—. Y ahora vete, Perry.

Perry permaneció inmóvil durante unos momentos, mientras contemplaba ávidamente a Lily en la luz de la luna. Luego, con un rápido envión del cuerpo, pasó la pierna derecha por el antepecho de la ventana y, antes de que Lily pudiera detenerlo, entró en el cuarto. Al principio Lily trató de hacerlo pasar nuevamente por la ventana, pero Perry estaba resuelto y no logró hacerlo salir. Luego corrió a través del cuarto, pero Perry la tomó en sus brazos y la apretó con tanta fuerza que ella se sintió impotente. Le golpeó el pecho con las manos, pero él no hizo caso de ello. La rodeó con los brazos y oprimió sus labios contra los de ella hasta que la joven, finalmente, dejó de forcejear. Entonces Perry comenzó a temblar de excitación y sintió las rodillas débiles y temblonas. Era la primera vez que la besaba y la tenía entre sus brazos, y tuvo que sentarse en la cama para impedir que le cedieran las rodillas. Pudo sentir el cuerpo de Lily estremeciéndose en sus brazos, y la apretó con más fuerza.

—Ahora me dejarás quedarme, ¿no es cierto, Lily? —preguntó con voz ronca—. No me harás irme, ¿verdad, Lily?

Lily no respondió, pero el cuerpo se le estremeció más violentamente. Él oprimió su rostro contra el de ella, moviendo los labios por sus mejillas hasta que le encontró la boca. Ella no se resistía aún y permitió que los labios de él se pegaran a los suyos. Al cabo de un rato ya no temblaba.

—Me quieres un poco, ¿no es así, Lily? —preguntó él con una voz que sonaba lejana—. ¡Te quiero tanto que no sé cómo decírtelo! ¡De veras que sí, Lily! Siempre te querré, mientras viva. Jamás querré a ninguna otra, Lily.

La sintió apretarse más contra él, y la besó largamente.

—Vamos a casarnos, Lily —dijo con voz trémula—. ¿Quieres, Lily?
Vayamos ahora mismo, antes de que ocurra algo. Si esperamos pueden suceder muchas cosas. No sé qué, pero podría ocurrir algo. Casémonos ahora, Lily.
¿Quieres, Lily? ¿Quieres?

Ella oprimió su rostro contra el de él, pero no dijo nada.

—Iremos adonde nadie pueda encontrarnos y hacernos regresar.
Conseguiré un empleo y ganaré suficiente dinero para darte todo lo que quieras, Lily. Jamás descansaré mientras viva. ¿Quieres hacerlo, Lily? ¡Por favor, Lily!

—No quiero casarme todavía —respondió ella en voz baja—. Te quiero un poco, Perry, pero no quiero casarme ahora. Cuando me case, quiero...

Él esperó, pero ella no completó la frase.

—¿Qué quieres, Lily? Te daré todo lo que desees. Dime qué es. Haré cualquier cosa por ti, Lily, sea lo que fuere. Lo único que tienes que hacer es decírmelo, Lily.

Ella ocultó su rostro junto al de él, pero meneó la cabeza.

—No sé qué quiero... es algo... no sé exactamente qué.

—¿No quieres tratar de decírmelo, Lily? Si me lo dijeras, yo podría hacer algo en ese sentido. Haré cualquier cosa por ti, Lily.

—Quiero ser distinta —respondió ella rápidamente—. No quiero ser como mamá... no quiero vivir como ella... y ser como ella.

—No tienes que ser como ella, Lily. Si nos fuésemos, vivirías como quisieras. Por eso...

—Pero tengo miedo de ser como ella, tengo miedo de eso... quiero ser diferente.

La puerta fue abierta violentamente y las luces encendidas. Ambos se irguieron, momentáneamente cegados por la luz. En cuanto Perry reconoció a Molly, se puso en pie de un salto. Ella ya se dirigía hacia él, y cuando él advirtió la expresión de su rostro, corrió hacia la ventana y saltó antes de que pudiera alcanzarlo. Luego, mientras la mujer permanecía sobre él, ante la ventana, retrocedió tan rápidamente como pudo y corrió, hundiéndose en la noche.

Molly se volvió y cruzó lentamente el cuarto hasta encontrarse ante Lily.

—Te sorprendí, ¿no es cierto? —dijo furiosamente.

—No hacía nada, mamá.

—¡No hacías nada! Y entonces, ¿qué hacía Perry Trotter aquí?

—Nada. Trepó por la ventana. Pero yo no le dije que viniera.

—A los hombres no necesitas pedírselo. ¿Por qué no hiciste que se fuera?

—Lo intenté, mamá, pero él no quería.

—No trataste de hacerlo en serio. —Molly se sentó en la cama, con los hombros caídos y las manos descuidadamente abandonadas en el regazo—. Te pareces mucho a mí... eso es lo malo. Es la misma cosa que vuelve a repetirse. Yo sabía que sucedería, más tarde o más temprano. Así debía de ser. No sé qué hacer al respecto. Quizá Lucy Trotter tenía razón, después de todo. No te estoy educando correctamente, como tendrías que criarte. No está bien. Terminarás como yo. Es mi culpa. Tendrías que tener una madre mejor para cuidarte. —Comenzó a llorar—. No sé qué hacer. Ojalá estuviera muerta. Es culpa mía... ¡Ojalá estuviera muerta!

Se cubrió el rostro con las manos y sollozó. Lily trató de consolarla rodeándole los hombros con los brazos. Permanecieron abrazadas durante largo rato.

—Tengo que casarte —dijo Molly, sacudiéndose con decisión—. Esa es la única esperanza. Tengo que casarte. Si no lo hago, sé, con tanta seguridad como que el sol saldrá el miércoles a la mañana, qué sucederá.

—Pero no quiero casarme todavía, mamá —protestó Lily—. Quiero esperar un poco, mamá. ¡Por favor, no me obligues!

—¿Por qué no?

—No conozco a nadie con quien desee casarme, mamá. No quiero casarme con Perry Trotter y...

—No tienes que casarte con Perry Trotter. Ya encontraremos algún otro.

—¿A quién?

—Todavía no sé, pero ya lo encontraremos. Lo encontraremos. Lo he resuelto y nada me detendrá. Sería peligroso postergarlo por más tiempo. Cuando empiezan a trepar por la ventana y a acostarse contigo, es señal segura de que ha llegado el momento de ocuparse en encontrarte a alguien para que te cases con él. Yo lo sé, y no pienso correr riesgo alguno. O te casas, o terminarás aun peor que yo.

—Suponte que Perry vuelva —dijo Lily—. No podré rechazarlo. Querrá volver.

—Yo cuidaré que eso no ocurra —le aseguró Molly. Se levantó y se dirigió a la puerta—. Y ahora, tú haz lo que te diga. Yo sé cómo manejarlos cuando son tan insistentes como Perry Trotter.

Abrió la puerta y se topó de narices con Jethro, que había estado

escuchando lo que se decía. Se mostró confuso y retrocedió rápidamente, apartándose de su paso.

— ¿Qué estás haciendo, Jethro? — preguntó ella airadamente.

— ¿Quién, yo?

— ¡Sí, tú!

— Oh, estaba buscando un lugar donde dormir — dijo, con el rostro distendido en una sonrisa—. Parece que no hay más que dos camas en toda la casa, y no sé dónde buscar un lugar para dormir.

Estaba en puntillas de pies, mirando a Lily por sobre el hombro de Molly. Esta extendió la mano hacia atrás y cerró la puerta.

— Es claro que no estoy acostumbrado a nada especial — dijo él —, porque allá, en el distrito Woodbine, tenía un pequeño lugar improvisado, pero me agradaría tenderme en algún sitio que fuese más o menos cómodo. Empero, cualquier cosa que fuese buena para Putt será buena para mí.

Molly lo empujó hacia el vestíbulo.

— Te prepararé un jergón en el suelo de la sala — le informó—. Ve allá y espérame mientras voy a buscar las colchas.

Jethro estaba sentado en el filo del sofá rojo cuando Molly entró y tendió los cobertores en el suelo. Se quitó los tirantes del traje de mecánico, quedándose en camisa, se tendió en la cama y se tapó con el cobertor hasta la barbilla. Permaneció allí durante media hora, escuchando los movimientos de Molly en el cuarto del otro lado del vestíbulo y temblando por efecto del fresco aire nocturno. Lo soportó todo lo que pudo, antes de levantarse para buscar una manta adicional. Luego se levantó y cruzó el vestíbulo en puntillas, pasando ante el cuarto de Molly hacia el de Lily. Haciendo girar con cuidado el picaporte, entró presurosamente y cerró la puerta sin ruido. Lily tenía la luz encendida y había sintonizado otra vez el receptor de radio. Él permaneció allí mirándola durante unos momentos, antes de que ella se diera cuenta de que estaba en la habitación. La sonrisa de dientes torcidos se le extendió por el rostro.

— ¿Qué quieres, tío Jethro? — le preguntó Lily.

Él cruzó la estancia.

— ¿Sabes?, hace mucho frío allí por la noche — repuso, abrazándose a sí mismo—. Estoy casi congelado.

Lily estalló repentinamente en carcajadas.

— ¿Qué hay de gracioso? — averiguó él.

Entonces escuchó las pisadas de Molly en el cuarto vecino. Retrocedía hacia la puerta cuando ella entró corriendo en el cuarto. Lily reía aún y, en cuanto vio a su madre, comenzó a señalar a Jethro.

—¡Mira a tío Jethro, mamá! ¡Mira cuán gracioso es con los faldones de su camisa!

Jethro, ceñudo, se miró las delgadas y largas piernas que le sobresalían por debajo de la camisa. Rápidamente se cerró la camisa en torno al vientre.

—Nunca me agradó que se rieran de mí —protestó, mirando a Molly. Ella lo contempló con expresión colérica—. Bueno, es posible que no sea muy hermoso, pero...

Molly casi lo derribó cuando lo tomó de un brazo. Él se encontró empujado por el vestíbulo hacia la sala. No tuvo oportunidad de pronunciar una palabra hasta que se encontró arrinconado contra la mesa. Molly, con los brazos en jarras, lo observaba con una fría mirada implacable.

—Estaba envarado de tanto frío, Molly —dijo él con tono de sinceridad—. Estaba acostado ahí, en el suelo, temblando como un fantasma. No tuve más remedio que levantarme para buscar más frazadas. No tuve más remedio, te lo aseguro.

—Y entonces, ¿por qué no me las pediste a mí, en lugar de ir al cuarto de ella?

—Tú ya te habías molestado tanto por mí, que no me atreví a molestarte por una insignificancia como esa.

En lugar de responder, Molly se sentó en el sofá rojo y lo contempló pensativamente. Jethro permanecía en el centro del cuarto, apretándose contra el vientre los faldones de la camisa y temblequeando.

—Solo puedo hacer una cosa, que es vigilarte. —Lo miró otro momento más y luego cruzó el vestíbulo en dirección a su cuarto. Cuando se volvió, Jethro estaba todavía allí—. Toma tu camastro —ordenó con voz exasperada— y ponlo aquí, donde pueda vigilarte.

Jethro trajo obedientemente la ropa de cama y la extendió en el suelo del dormitorio. Sin agregar una palabra más, Molly apagó la luz y se acostó. Jethro se quedó acostado en el suelo, escuchando cada uno de los sonidos del cuarto y preguntándose cuánto tardaría Molly en dormirse. No pasó mucho tiempo antes de que comenzara a estremecerse nuevamente de frío. Recogió las rodillas contra el pecho, se enrolló las mantas en torno al cuerpo plegado y esperó. Al cabo de otra

media hora se levantó y caminó a tientas, por el cuarto oscuro, hacia la cama. No podía ver el rostro de Molly, y no supo que estaba despierta hasta que se acostó junto a ella. Ella le hizo lugar sin protestar, mientras él se acurrucaba contra el calor de su cuerpo. Jethro esperó un poco antes de hablar.

—Te aseguro que me gusta dormir en un lugar tibio —dijo finalmente, con voz satisfecha—. No conozco nada peor que un camastro en un suelo frío. Nunca pude acostumbrarme a dormir de ese modo.

Molly no respondió, y, alentado por su silencio, él se apretó más aun contra ella y se calentó los pies helados contra las abultadas pantorrillas de ella.

—Allá, en el distrito Woodbine, tenía un catre pequeño en una choza en la que entraba el aire frío durante casi todo el invierno —dijo con tono reminiscente—, y no era mucho mejor en verano. Las noches allí son tan frías en verano como aquí. La gente para la cual trabajaba no me daba más que dos mantas viejas para taparme, y tenía que ponerme encima una cantidad de costales vacíos para no congelarme. Pero aquí —agregó, acurrucándose contra Molly— me conformaré con estar como ahora. No conozco mejor forma de mantenerse caliente cuando hace frío. Ojalá hubiera venido mucho antes.

Molly yacía inmóvil, sin hablar, y Jethro comenzó a sentirse tan bien que no podía dormirse. Se quedó quieto durante unos minutos, diciéndose cuánta suerte tenía, y después resolvió no volver más al distrito Woodbine.

Para entonces ya no tenía más frío y comenzó a mostrarse inquieto. Molly se volvió.

—Quiero que me prometas algo, Jethro —dijo, hablando lenta y deliberadamente.

—Por cierto que sí, Molly —asintió él sin vacilaciones—. Te lo prometo.

—Quiero que me prometas que dejarás a Lily en paz, Jethro.

Jethro no respondió tan rápidamente como ella esperaba que lo hiciera.

—¿Me oíste lo que te dije? —preguntó, sacudiéndolo.

—Creo que sí —contestó él.

—¿Me lo prometes?

—¿Nunca, ninguna vez?

—Nunca.

—Tendría que pensarlo un poco. Ella es sumamente bonita, y no me agradaría hacer una afirmación equivocada.

Molly se incorporó, respirando con fuerza.

—Será mejor que te decidas rápidamente, Jethro Bowser —le previno.

—Bueno, supongo que podría prometerlo, si eso es lo que quieres que diga.

Molly se acostó nuevamente con un suspiro cansado.

—Pero nunca me gustó hacer promesas, si no tenía la intención de cumplirlas —prosiguió él—. Me desagrada llegar al extremo de hacer promesas. Prefiero seguir adelante y convencerme de que no iba a hacer nada, a menos de que fuera obligado a cambiar de idea.

Molly saltó de la cama y encendió la luz. Antes de que él se diera cuenta de lo que ocurría, lo había tomado del brazo y arrojado al suelo. Se quedó tendido allí, a sus pies, mirándola con sorpresa.

—No me importa que seas el hermano de Putt —gritó ella—. Hay una sola cosa que no toleraré. Te mataría ahora mismo, aquí, si supiera que la molestarás. Mataría a cualquier hombre que lo hiciera, hasta que ella se case con alguien.

Se volvió y se dirigió al otro extremo del cuarto, en busca de algo con que golpearlo si era necesario. Cuando tomó la palangana de loza, Jethro se puso presurosamente de pie y se refugió detrás de la cama.

—Si alguna vez te sorprendiera importunándola, te mataría tan rápidamente como si fueses un gorgojo —le dijo amenazadoramente. Jethro, apretándose los faldones de la camisa contra el estómago, comenzó a temblar de temor y de miedo—. La primera vez que atrapé a un hombre en la cama con ella, hice fuego sobre él, pero consiguió escapar con vida. Pero no sucederá así otra vez. Yo cuidaré de que no suceda.

—No quise hacer nada; lo entendiste mal, Molly. Te lo juro por Dios. Estaba simplemente pensando en ello, eso es todo. A un hombre le agrada pensar en cosas así. Es que, sencillamente, parece lo natural. Ahora sé que es la última cosa que haré mientras viva. Tendrías que creérmelo, Molly. No te diría una mentira en un momento así. ¡De veras que no!

Molly se sentó en el borde de la cama y lo miró como si no pudiese resolver si debía creerle o no. Jethro se quedó donde estaba, manteniendo la cama entre ambos para el caso de que ella cambiase súbitamente de idea y se lanzara sobre él.

—Nunca habría dicho lo que dije hace un momento, Molly, si hubiera sabido que lo tomarías de este modo. Estaba simplemente pensando en voz alta, como hago siempre que medito profundamente en una cosa. Si hay una cosa en el mundo que no haré, es eso de que tú hablabas. Es la propia verdad de Dios, Molly.

Molly lo miró durante unos instantes con una mirada escudriñadora; luego

se acostó en la cama y se cubrió con la frazada. Jethro, temiendo moverse, permaneció donde estaba, temblando.

—Apaga esa luz, Jethro —le oyó decir al cabo.

Obedientemente, Jethro apagó la luz con tanta rapidez como le fue posible.

VII

Después de una noche inquieta, Molly se sintió más decidida que nunca a casar a Lily y sacarla de la casa lo antes posible. Pasó la mañana seleccionando y escogiendo las mejores prendas de vestir que poseían, y esa tarde, temprano, salieron y se dirigieron al pueblo. Al principio se pasearon en torno a la plaza de los tribunales, mientras Molly eliminaba con decisión a los que consideraba financieramente indignos de Lily. Por eso descartó inmediatamente como presuntos pretendientes al grupo de hombres y jóvenes que holgazaneaban frente al salón de billares, escuchando los resultados del partido de béisbol que eran transmitidos por la radio. En el costado norte de la plaza había una hilera de oficinas de abogados, pero Molly sentía suspicacia hacia los abogados y, sin vacilaciones, las eludió. En el pueblo había varios médicos y dentistas, pero eran de edad madura y casados, como el doctor Logan, y, además, estaban siempre tan atareados en sus consultorios que no había oportunidad para verlos si no se les solicitaba hora muy por adelantado. Molly ya había resuelto que los médicos, de todos modos, constituían una pobrísima perspectiva, porque el único que ella conocía, el doctor Logan, era capaz de prometer cualquier cosa a una muchacha, a pesar de que hacía ya veinte años que estaba casado. También eliminó rápidamente a los empleados y los dependientes de las tiendas de helados, después de lo cual comenzó a preocuparse. No le gustaban los campesinos, porque no tenía más que amargos recuerdos de su propia vida en las granjas y quería mantener a Lily alejada del campo. Ahora ya habían disminuido las posibilidades, al punto de que quedaban pocos hombres. Preocupada y desalentada, llevó a Lily a la botica de la esquina y se sentaron y pidieron refrescos de chocolate.

Permanecieron sentadas durante media hora, sorbiendo sus refrescos mientras Molly pensaba frenéticamente qué podrían hacer ahora. Había hecho que Lily se sentara a la mesa que estaba frente a la puerta y a la máquina de los refrescos, de modo que sería vista inmediatamente por los hombres que entraran y se quedaran de pie ante el mostrador para beber rápidamente una gaseosa; ella misma se volvía para ver quién entraba cada vez que se abría la puerta. El largo cabello negro de Lily había sido cepillado y brillaba y chisporroteaba a la luz; de tanto en tanto los empleados lograban entrever un atisbo de los pantaloncitos de

encaje negro de Lily, cuando cruzaba las piernas. Uno de los que atendían el mostrador, que había estado mirándola desde que entró, le hizo guiños varias veces, pero Molly la codeó y le dijo que no hiciera nada para alentararlo.

—Hay más chusma en este pueblo que gorriones en el techo de un galpón para desmotar algodón —dijo, meneando la cabeza con desaliento—. Hay tanta en estos días que una mujer malgasta la mitad de su vida en tratar de encontrar a un hombre que valga la pena de desposar. Las cosas se están poniendo tan malas ahora, que la mayoría de las mujeres tienen que aceptar cualquier cosa que puedan conseguir... ¡y fíjate qué consiguen la mayoría de las veces! Mira esos muchachos que despachan los refrescos. Te apuesto a que ni uno de ellos tiene un cobre los sábados, después de una orgía en el Hoyo. Si te casaras con uno, tendrías que pedir limosna por las calles en cuanto saliera el sol, el miércoles por la mañana.

—Pero todavía son jóvenes, mamá —declaró Lily—. No siempre trabajarán en una botica. Cuando sean mayores tendrán mejores empleos.

—Es posible que algunos los tengan, pero ahora, si te casaras con uno de ellos, estarías en peor situación que yo. Quiero encontrarte, para que te cases con él, a algún hombre de dinero. Alguien como... bueno, como un hombre que trabaje en un banco. —Se interrumpió, abrió grandemente los ojos y sonrió para sí—. Allí es donde se encuentra el verdadero dinero... en un banco. ¿Conoces a alguien que trabaje en un banco, querida?

—Claude Stevens trabaja en un banco —informó Lily después de pensar unos momentos.

—¿Quién es él?

—Su tío es el dueño del banco, y él tiene unos veinticinco o veintisiete años. Y además es terriblemente bien parecido.

—¿Está ya casado, querida?

Lily sacudió la cabeza.

—Pero creo que está comprometido con Bessie Allbright.

—Eso no significa nada —replicó Molly con una mirada significativa—. Yo estuve comprometida varias veces y solo me casé una. —Inmediatamente tomó el bolso y retiró la silla hacia atrás—. La única vez que un compromiso tiene verdadera importancia es cuando termina en la otra cosa. Ven, querida.

—¿Adónde vamos, mamá?

—Caminemos ante el banco —dijo ella, llamando a Lily con un gesto apremiante.

Salieron de la botica y caminaron por la calle, en dirección al banco. Antes de llegar al edificio, Molly se detuvo e inspeccionó su imagen, vagamente reflejada en un escaparate. Después se irguió y dibujó una sonrisa en su rostro. Se pasearon con lentitud varias veces ante el banco, y en cada ocasión Molly volvía la cabeza y miraba atentamente a través del vidrio del frente.

— ¿Está adentro, querida? — preguntó excitada—. ¿Lo viste?

Lily asintió.

— Será mejor que nos apresuremos y entremos antes de que cierren, querida. Ya son casi las tres. Tú quédate siempre junto a mí.

— ¿Qué haremos cuando estemos adentro, mamá?

— Entraremos a ver a ese individuo que está prometido a Bessie Allbright, por supuesto.

— ¿Y entonces qué haremos, mamá?

— Todavía no lo sé, pero ya se me ocurrirá algo. Tú codéame para que sepa quién es cuando lo vea.

— Por favor, mamá, no hagas nada embarazoso. No vayas a decir cosas que no deberías.

— Yo sé cómo acercarme a un hombre y hacer que parezca tan natural como la salida del sol el próximo miércoles por la mañana. No he vivido tanto tiempo cerca de los hombres para nada.

Entraron en el banco y se acercaron a uno de los altos mostradores que estaban contra la pared.

— Bueno, ¿cuál de ellos es Claude Stevens? — preguntó Molly en un ronco susurro.

— El que está en la tercera ventanilla, allá — susurró Lily en respuesta.

— Parece un buen hombre — comentó Molly con un rápido asentimiento de cabeza—. Un hombre que se peina tan pulcramente como él vale generalmente la pena de cualquier esfuerzo que quieras hacer. Estos hombres despeinados, como tu tío Jethro, son siempre informales. Bueno, tú haz lo que te digo, querida. Nos acercaremos a él, y yo le hablaré de cualquier cosa. Luego, de pronto, me acordaré de que tengo que hacer algo sin pérdida de tiempo y me iré. Tú te quedarás y conversarás con él y verás qué clase de interés te demuestra.

— Pero suponte que no tenga ningún interés en mí, mamá. — Lily apretó el brazo de su madre—. ¿Qué haré entonces? No sabría qué decir.

— ¿Cómo se hace para que cualquier hombre haga lo que tú quieres?

—preguntó Molly con un impaciente fruncimiento de cejas.

Lily estaba afligida.

—Tengo miedo, mamá —musitó con voz temblorosa—. ¡Por favor, no te vayas dejándome sola aquí!

—Algunas cosas tendrás que hacerlas tú sola —respondió Molly con simpatía—. Una de ellas es casarte. Eso ya lo sabes. —La empujó hacia adelante—. Vamos.

Claude Stevens levantó la mirada y sonrió en forma comercial. Molly apoyó un brazo en la ventanilla del cajero y se acercó al joven tanto como pudo.

—¿Qué puedo hacer por usted, *Mrs. Bowser*? —preguntó él.

Molly sonrió y trató de parecer descuidada mientras miraba en su bolso. Después de una larga búsqueda lo cerró y se lo puso nuevamente bajo el brazo.

—Lily y yo teníamos que llevar a cabo una pequeña transacción bancaria —dijo con entera desenvoltura—, pero me temo que olvidé los documentos en casa. Los traeré la próxima vez que volvamos al pueblo.

—Me alegrará mucho encargarme de la operación, *Mrs. Bowser* —dijo él. Miró a Molly y luego a Lily. Esta lanzó una sonrisa apresurada—. Hermoso día hoy, ¿no es verdad?

—Un día espléndido. —Molly respondió antes de que Lily tuviese tiempo de decir nada.

La joven, sonriendo con timidez, asintió a Claude. Hubo un momento de silencio, durante el cual Molly tironeó de las faldas de Lily y trató de hacerla acercarse más a la ventanilla. Claude hojeó una pila de papeles.

—¿Qué tal ha estado de salud últimamente, *Mrs. Bowser*? —preguntó.

—¡Ay, caramba! —exclamó Molly con acento excitado—. ¡Ahora que me acuerdo, dejé olvidado algo en la tienda hace unos minutos! Tendré que correr a buscarlo antes de que se pierda. —Tomó el brazo de Lily y la empujó rudamente hacia la ventanilla—. ¡Sería una calamidad si lo perdiera! —Se agachó y pellizcó a Lily en la cadera—. Lily, tú no te molestes... ¡Yo voy a tener que correr!

—Pero, mamá... —comenzó a decir Lily, temblando.

Cuando se volvió, Molly ya salía por la puerta a la calle. Claude la contemplaba con curiosidad en el momento en que ella lo miró y trató de sonreírle.

—¿Dónde lo dejó? —preguntó él.

—No sé con exactitud.

—¡Qué lástima!

Lily asintió, y luego volvió a sonreír rápidamente.

Claude pensó por un instante.

— ¿Qué era lo que perdió?

— No sé con exactitud — repitió ella, incapaz de pensar en otra respuesta.

Claude estaba atareado uniendo unos papeles con ganchos y apilando cheques en una gaveta. Lily permanecía allí tratando de pensar algún tema de conversación y preguntándose qué habría hecho Molly en esa situación. De pronto Claude se inclinó hacia adelante.

— Es hora de cerrar, Lily — comunicó.

Ella contuvo la respiración y trató desesperadamente de pensar una respuesta antes de que la dejaran allí sola.

— ¿Me perdona un momento, mientras llevo este cajón a la caja de seguridad? — continuó diciendo él —. Volveré en seguida.

— ¿Volverá?

— Naturalmente. No se vaya, Lily.

Tomó la caja de cheques y billetes de banco y se dirigió hacia el tesoro. Todos los clientes se habían ido, y el portero estaba bajando las cortinas. No había forma de que Molly entrara ahora en el banco, que ya estaba cerrado, y Lily se preguntó qué haría. Estaba todavía tratando de pensar algo cuando Claude abrió la puertita de vaivén de la parte trasera del mostrador, que le llegaba a la altura de la cintura.

— He terminado por hoy, Lily — dijo, balanceando el sombrero en la mano —. ¿Por qué no vamos a la botica y bebemos algo mientras espera a su madre?

— Me encantaría — respondió ella, aliviada.

Claude abrió la puerta del frente, y cuando salieron volvió a echarle llave. Miraron calle abajo unos instantes, pero Molly no estaba a la vista. Caminaron lentamente calle arriba, hacia la botica de la esquina.

Cuando se hubieron sentado en un reservado y pedido bebidas, Lily se sintió tranquila por primera vez. Se inclinó hacia adelante, apoyando los codos sobre la mesa, y sonrió a Claude.

— Es emocionante estar sentada aquí con usted, Claude — dijo —. Nunca habría soñado que me sucediera algo semejante. Creo que usted nunca se dio cuenta de que yo existiera.

— Se sorprendería si supiera cuántas veces la he mirado cuando pasaba por

la calle, frente al banco.

— ¿De veras? ¿Por qué lo hacía, Claude?

— ¿Cómo podría nadie dejar de mirarla, Lily?

— Hay muchas muchachas más bonitas que yo en el pueblo...

— No sé. Pero, de todos modos, hay algo en usted, Lily, que atrae las miradas. Sería difícil que un hombre dejase de mirarla cuando se le presenta la oportunidad de hacerlo.

Lily se inclinó más aun, apoyando ambos brazos sobre la mesa. Podía ver, sin levantar la mirada, que Claude la contemplaba atentamente. No quiso decir nada por temor de que dejara de mirarla de ese modo, y se inclinó más. Los dedos de Claude retorcián nerviosamente los fósforos de una fosforera.

— Todo lo que he dicho lo he dicho en serio, Lily —le dijo en voz baja.

Ella levantó la vista, y su mirada se encontró con la de él por primera vez. Luego bajó rápidamente la cabeza.

— Tengo mi coche a la vuelta —dijo él con voz ronca—. Me agradaría llevarla a su casa, Lily.

Ella estuvo a punto de levantarse inmediatamente, pero se contuvo.

— No sé —respondió, mirándole rectamente a los ojos—. Mamá...

Claude extendió la mano a través de la mesa y apoyó su mano en la de ella.

— Quizás ella tiene alguna otra cosa que hacer —sugirió con acento esperanzado—. Quizá no ha llegado todavía a su casa.

— Supongo que en ese caso no habría inconvenientes —convino ella.

Claude se puso de pie y dejó caer algunas monedas sobre la mesa. Mientras se encaminaban hacia la puerta, ella pudo ver, con una mirada furtiva, que los dos hombres que atendían el mostrador hablaban entre sí en susurros en tanto que la miraban salir. Caminaron en silencio, dieron la vuelta a la esquina, hacia el terreno de estacionamiento de vehículos y subieron al auto del joven. Claude atravesó rápidamente la plaza, pero, en lugar de internarse en la calle Muscadine, enfiló directamente hacia el campo. Viajaron durante un cuarto de hora antes de que ninguno de ellos pronunciase palabra alguna. Entonces él disminuyó la velocidad del automóvil.

— Dije en serio cada una de las palabras que te dirigí, Lily —afirmó—. Lo crees, ¿no es cierto?

— ¿Qué dijiste, Claude? —preguntó ella, acercándosele más—. Dímelo nuevamente.

Claude detuvo de repente el coche a un costado del camino y la abrazó. Ella cerró los ojos y sintió que los labios del joven se apretaban con fuerza contra los suyos.

—Todavía no me lo has dicho, Claude —murmuró cuando él la soltó.

—Eres maravillosa, Lily —dijo él rápidamente—. Es una maravilla verte en la calle, pero mucho mejor es tenerte aquí, de este modo.

Ella quiso preguntarle acerca de Bessie Allbright, pero decidió esperar otra oportunidad.

—Supongo que parecerá extraño que estemos estacionados aquí, en el campo, a plena luz del sol —dijo él, riendo un poco.

—Me agrada estar aquí, Claude, aunque sea de día —respondió ella inmediatamente.

—A mí también —aseguró él, atrayéndola más hacia sí. Se abrazaron durante largo rato—. ¿Podría ir a visitarte, Lily? —preguntó torpemente—. Es decir, ¿no habría inconveniente?

—¿Quieres decir por la noche?

—Naturalmente... eso quiero decir.

—Bueno —contestó ella lentamente, tratando de no parecer demasiado ansiosa de aceptar que la visitara por la noche—, supongo que no habría nada de malo.

Él la abrazó y la besó largamente. El corazón de la joven palpitaba con tal violencia que sintió que no lo podría soportar mucho tiempo más. Estaba sin aliento cuando él finalmente la soltó. Habían estado en ese lugar casi una hora y el sol ya se hundía.

—Será mejor que volvamos —dijo él—. Se está haciendo tarde.

Volvieron al pueblo en silencio. Lily estaba sentada muy apretada contra él, preguntándose si realmente iría a visitarla, como había dicho que quería hacerlo. Quiso preguntarle acerca de Bessie Allbright, pero todavía temía mencionar el nombre de Bessie.

Claude detuvo el auto frente a la casa, bajó y le abrió la portezuela para que descendiera.

—¿Quieres entrar unos minutos, Claude? —preguntó ella seductoramente.

Él llegó con ella hasta la galería y se detuvo.

—Podríamos entrar, Claude. —Le tocó la mano con los dedos—. No sé si mamá ha regresado ya o no.

Él la siguió a la sala y se sentó junto a ella en el sofá rojo. Lily le permitió que la besara largo rato y luego le besó a su vez. Ninguno de ellos supo que Molly estaba en la puerta hasta que la oyeron hablar.

—No sabía que habían regresado, tú y Claude —dijo Molly con tono afable—. Bueno, continúen con lo que estaban hablando. Yo tengo que salir ahora mismo y toda la casa queda para ustedes.

Claude carraspeó y se aflojó el cuello de la camisa con el dedo. Miró a Lily, turbado.

—¿Lo encontró, *Mrs.* Bowser? —inquirió.

—¿Encontré qué? —preguntó ella a su vez.

—Lo que perdió en el pueblo esta tarde.

—¡Ah, eso! Estaba precisamente donde lo dejé.

—Me alegro —declaró él, mirándola interrogativamente—. Me alegro de que no hubiera desaparecido cuando fue a buscarlo.

—También yo me alegro —aseguró ella sinceramente.

Claude miró a Lily y luego volvió a mirar a Molly.

—¿Qué era, en fin de cuentas? —preguntó, incapaz de seguir ocultando su curiosidad.

Una mirada sobresaltada se cruzó entre Molly y Lily. Pasaron varios instantes antes de que Molly pensara una respuesta.

—Oh, nada de importancia —respondió, tratando de hacer que su respuesta pareciera negligente—. Tenía un pequeño valor sentimental para mí, eso es todo.

Se volvió y se dirigió hacia el vestíbulo.

—Ustedes dos continúen con la conversación que habían comenzado —gritó por sobre el hombro—. Y no se olviden de que toda la casa les pertenece. Tengo que salir por un rato.

—¿Qué fue lo que perdió tu madre? —preguntó Claude con insistencia—. Estaba tan preocupada cuando salió del banco que temí que no lo encontrara.

—Mamá siempre está perdiendo chucherías —contestó ella lanzándole una sonrisa tentadora—. ¿Cuándo quieres volver a verme, Claude?

VIII

Molly supo que algo andaba mal cuando vio la expresión del rostro del Reverendo Bigbee. Mientras entraban silenciosamente en la sala y se sentaban, tuvo la seguridad de que él se había enterado de su visita a Christine en su ausencia y de que había venido a prohibirle que volviera a verla. Por lo general el Reverendo Bigbee tenía un aspecto amistoso y sonreía con facilidad si pensaba que la ocasión permitía alguna liviandad, pero ahora las comisuras de sus labios caían desaprobadoramente y la larga barbilla le pendía en el rostro con una comba apenada. Esta vez parecía como cuando dirigía un servicio fúnebre. Como era alto, de tez morena y grueso cabello negro que le colgaba en un mechón sobre el ojo izquierdo, estaba dotado de la facultad de adaptar sus móviles facciones, con suma rapidez, a la alegría de una recepción de bodas y media hora más tarde hacerlas concordar con la atmósfera solemne de un funeral en una tarde lluviosa. Como su pastor, había venido a visitar previamente a Molly, pero esta era su primera visita desde la muerte de Putt y, en lugar de mostrarse consolador y simpático como ella esperaba que se mostrara dadas las circunstancias, la trataba como si fuese miembro de alguna otra iglesia. Molly estaba segura, para entonces, de que el Reverendo Bigbee había sentido sospechas y descubierto, por Mamie, que ella y Christine fumaron cigarrillos y se administraron mutuamente inyecciones de vitaminas durante toda una tarde.

—Quiero orar por usted, *Mrs. Bowser* —dijo él con solemnidad, quebrando el silencio y llenando la sala con el aterrador sonido de su voz—. Ha llegado la hora de aliviar el tormento de su alma pecadora. Recemos, *Mrs. Bowser*.

Molly se estremeció al pensar que al fin estaba a punto de iniciar una violenta acusación en su contra, y se preguntó cuánto tiempo más pasaría hasta que mencionara su visita a Christine. Asintió, con expresión de incertidumbre, pero ansiosa al mismo tiempo de terminar con el asunto.

—Me agradecería escuchar una hermosa oración confortante, Reverendo —respondió—, pero, de todos modos, no he hecho nada verdaderamente pecador.

La mandíbula de él se movió de asombro mientras contemplaba fijamente el rostro de expresión inocente de Molly. Era pastor de la iglesia desde hacía cinco años y llevaba a cabo casi todas las ceremonias matrimoniales y la mayor parte de

los servicios fúnebres del pueblo. Los baptistas tenían un sacerdote, pero venía a Agrícola solo el tercer domingo de cada mes y, por lo tanto, conocía muy poco a la gente y sus delitos. El Reverendo Bigbee, por su parte, tenía por costumbre mantenerse completamente al tanto de las fechorías de la gente, ya fuesen miembros de la iglesia o no. Lo que él no oía en la barbería y en cualquier otra parte del pueblo, Lucy Trotter lo oía directamente de las mujeres de la iglesia, que generalmente estaban en condiciones de suministrarle informaciones más detalladas que las que podía conocer él, y no perdía tiempo en transmitirle los informes. De ese modo, muy pocas cosas ocurrían en Agrícola que él no conociera lo suficiente como para usarlas de trampolín para un sermón. Hacía muy poco tiempo la prima segunda de Jim Hathaway, Fanny Fellows, vino a visitar a Jim y a su esposa, y a las dos de la mañana *Mrs.* Hathaway telefoneó a la policía para que fuese a arrestar a Fanny. Jim dijo que él y Fanny no habían hecho más que estar sentados en el patio trasero, bebiendo cerveza, pero su esposa estaba segura de que había habido algo más e hizo que arrestaran a Fanny y la mantuvieran encerrada durante el fin de semana. Eso sucedió el viernes por la noche. Y el domingo por la mañana el Reverendo Bigbee ofreció un sermón de vigorosas frases contra la costumbre de beber cerveza en compañía de parientes solteros del sexo opuesto. Dijo que sentía que era su deber mantenerse sincronizado con la época a fin de desarraigat el pecado contemporáneo. Jim Hathaway dijo que era un viejo refitolero y amenazó con pasarse a la Iglesia Baptista, pero el Reverendo Bigbee sostuvo una larga conversación con él y rezó por él y finalmente Jim accedió a quedarse en la Iglesia Metodista. Y en adelante hizo lo posible para superar sus malas costumbres.

Molly esperó en tensión mientras el Reverendo fijaba su mirada solemne entre la silla de ella y la suya.

—No quise decir que no rezara por mí, Reverendo Bigbee —le dijo ella con inquietud—. Siempre me agradó escuchar a un predicador diciendo oraciones. Es muy distinto que escuchar rezar a cualquiera.

Vio que la miraba desde abajo de sus espesas cejas negras, mientras permanecía allí, repasando silenciosamente lo que estaba a punto de decir.

—*Mrs.* Bowser —comenzó con voz profunda, y su rostro adoptó nuevamente la expresión que por lo general reservaba para los servicios funerarios—, *Mrs.* Bowser, siempre he sentido un hondo y permanente respeto hacia su difunto esposo. Era un buen hombre, temeroso de Dios. Era un firme

sostén de la iglesia. Si estuviese hoy aquí, estoy seguro de que aprobaría lo que voy a decir.

Las lágrimas desbordaron de los ojos de Molly y descendieron, goteando, por sus mejillas.

—Nunca volveré a ser la misma, después de haber perdido a Putt —comenzó a decir, sollozando un poco—. El balde se desfondó cuando desapareció Putt.

—Me siento profundamente apenado por usted, *Mrs. Bowser* —dijo él, elevando la voz por sobre el sonido de los sollozos—, y puede contar usted con mi cordial simpatía. Empero, yo...

—Nadie sabe cuán dura es la vida para una pobre viuda madura, Reverendo Bigbee. Una viuda como yo tiene que llevar algún luto, pagar el alquiler y, al mismo tiempo, mantener abiertos los ojos en la dirección adecuada, si quiere encontrar alguna vez a un hombre que ocupe el lugar de su difunto esposo. Los hombres son pocos y se les encuentra muy espaciados, cuando se trata del matrimonio, y una pobre viuda madura como yo tiene que estar dispuesta a aferrarse en un santiamén a cualquier oportunidad que se le presente. A veces pienso que la vida no vale ya la pena de ser vivida, porque usted mismo sabe que es más difícil para alguien como yo encontrar un hombre de lo que lo es para esas esqueléticas viudas jóvenes. Nunca fui tan atrayente como lo son ciertas mujeres y, además de todo eso, para atrapar a un hombre, una viuda de mi edad tiene que correr como un gato sobre el techo de un galpón de desmotar algodón. —El Reverendo Bigbee contempló a Molly con una impotente caída de los hombros. Las manos se posaron fláccidamente sobre los brazos del sillón. Bajó la mirada al suelo cuando vio que Molly levantaba la mano para enjugarse con el pañuelo los ojos empapados de lágrimas.

—El mundo no se preocupa para nada de una viuda como yo, Reverendo Bigbee. La gente espera que nos las arreglemos de algún modo, por pobres que seamos. Si no podemos encontrar un hombre que se case con nosotras, entonces tenemos que hacer cualquier otra cosa para mantenernos. Y si no podemos ganarnos la vida de un modo, todo el mundo espera que nos la ganemos de algún otro. Y luego nos acusan y nos llaman terribles pecadoras si hacemos lo mejor que podemos. —Se interrumpió y observó la expresión del rostro del Reverendo—. Quizá se haya encontrado antes con viudas como yo, Reverendo Bigbee.

—No, creo que no.

—Pero no me culparía por tratar de arreglármelas lo mejor que puedo, ¿no es verdad, Reverendo?

Él guardó silencio por unos momentos.

—Por eso he venido a verla, *Mrs. Bowser* —contestó, poniéndose de rodillas en el suelo y apoyando los brazos en el asiento del sillón—. Será mejor que oremos.

Molly dobló su enorme cuerpo en una posición hincada y aguardó con expectativa.

—¡Oh, Señor! —comenzó, inclinando levemente la cabeza a un costado para poder abrir los ojos de tanto en tanto y vigilar a Molly—. ¡Oh, Señor, ayúdanos con el problema de esta pobre viuda! Perdió a su esposo en un espantoso accidente y le ha estado llorando desde entonces. Ahora ha llegado el momento de hacer algo. Está llevando una vida pecadora, pero se encuentra dispuesta a abandonarla inmediatamente. El hermano de su difunto esposo está viviendo con ella y...

—Seguramente está usted hablando de Jethro —interrumpió Molly.

—En efecto, *Mrs. Bowser*.

—¿Quién le contó lo de Jethro?

—Todos en el pueblo saben que...

—¿Pero quién se lo mencionó?

—Una de las buenas mujeres de mi congregación, *Mrs. Bowser*.

—¿No habrá sido Lucy Trotter?

—Creo que fue ella la que me habló de eso esta mañana.

—¡Lo sabía! —exclamó ella furiosamente—. No es asunto de Lucy Trotter. Sería mejor que mantuviera su sucia nariz fuera de mis cosas.

—*Mrs. Bowser*, todo el pueblo lo sabe ya. Jethro ha estado hablando en el pueblo y eso no ha ayudado en nada a mejorar la situación. Todos saben ahora que él está viviendo aquí, en esta casa, con usted. *Mrs. Trotter* no hizo más que mencionar lo que es conocimiento de todos, y tiene derecho a sentirse ofendida por lo que ocurre en esta casa. Dijo que lo vio con sus propios ojos, y es una mujer cristiana, veraz.

—¿Que vio qué?

—Me dijo que les había visto a ustedes en su cuarto, el primer día, cuando él llegó. Naturalmente, *Mrs. Trotter* fue demasiado pudorosa como para entrar en detalles, pero dijo que le parecía su deber contarme, en general, lo que había visto. Y bien, *Mrs. Bowser*, eso no puede seguir. Quiero que usted y Jethro se casen inmediatamente. Puede hacerse esta tarde.

—¿Yo casarme con Jethro Bowser? —dijo ella, asombrada—. ¿Casarme con ese bribón, con ese inútil? —Rompió a reír—. No estoy tan desesperada, Reverendo Bigbee.

—Es preciso hacerlo, *Mrs. Bowser* —dijo él empecinadamente—. Es su deber de cristiana.

—Si tengo que hacerlo, le haré volver al Distrito Woodbine, pero por cierto que no me casaré con él.

—El pecado debe ser rectificado, *Mrs. Bowser*. Enviarle de vuelta al Distrito Woodbine no anularía el pecado. La única forma de purificarse de esa cosa espantosa es casarse inmediatamente con él. Pueden ir a los tribunales ahora mismo y sacar la licencia. Yo llevaré a cabo la ceremonia en cuanto regresen. No les cobraré honorario alguno, dadas las circunstancias.

—Le diré a Lucy Trotter una o dos cosas —afirmó ella con decisión—. Le cantaré cuatro frescas.

—Eso no modifica el hecho de que...

—Si ella bajara las cortinas y dejara de figonear a través de las ventanas de los demás...

—Soy un hombre testarudo, *Mrs. Bowser*. —Se puso de pie y caminó hacia ella—. Cuando me decido a ahuyentar el pecado, nada se interpone en mi camino. Bien: este es un asunto serio. ¿Dónde está Jethro?

Molly señaló con la cabeza hacia la parte trasera de la casa.

—Estaba allí, en el patio de atrás, hurgando en la pila de desperdicios la última vez que le vi —respondió ella sumisamente—. Estará allí o descansando en la galería trasera.

El Reverendo Bigbee se encaminó pesadamente, cruzando el vestíbulo, hacia la galería de la parte de atrás. Llamó a Jethro y volvió al vestíbulo. Jethro, sorprendido y curioso, le siguió a la sala.

—Soy el Reverendo Bigbee —declaró bruscamente, volviéndose hacia Jethro y tendiéndole la mano.

Jethro le tendió la suya mientras miraba interrogativamente a Molly.

—*Mrs. Bowser* y yo hemos estado conversando, Jethro —dijo él hablando rápidamente—, y hemos llegado a la conclusión de que estaría bien, de que sería una cosa deseable y necesaria, que usted... que ella... que ustedes se casaran en seguida.

—¡Yo no dije nada de eso! —exclamó Molly con indignación.

Jethro sonrió hasta que los torcidos dientes le brillaron en la boca. Tragó saliva nerviosamente y lanzó una mirada a Molly.

—Yo no me opongo —dijo, y la sonrisa se le extendió por el rostro.

—¡Bueno, pues yo sí! —replicó Molly.

—Vamos, *Mrs. Bowser* —interpuso presurosamente el Reverendo—, este no es un momento para vacilaciones y dudas. No hay tiempo que perder.

—Para decir la verdad, últimamente he estado pensando en casarme —dijo Jethro ansiosamente al Reverendo—. El único motivo de que no me ocupara antes de ello es que no sabía si elegirla a ella o a Lily.

El Reverendo Bigbee tomó a Jethro del brazo y le zamarreó.

—¡Con ella, Jethro! —exclamó excitadamente, señalando a Molly—. ¡No con la hija! ¡No! ¡No con Lily!

Jethro dobló la cabeza y contempló el piso.

—Si un hombre todavía tiene derecho a elegir... —comenzó a decir.

El Reverendo le sacudió nuevamente.

—No estará casado ya, ¿no es cierto, Jethro? Es soltero, ¿verdad?

Jethro sacudió la cabeza de arriba abajo.

—Soy soltero, en efecto. Una vez pregunté a una viuda del Distrito Woodbine qué le parecería si nos uníamos, pero al final se echó atrás. Desde entonces no he tenido oportunidad alguna de pedir a nadie que se casara conmigo. Por eso es que no me opongo a casarme con Molly o con Lily, y, si es lo mismo para usted...

El Reverendo Bigbee meneaba vigorosamente la cabeza.

—No es lo mismo, Jethro. Quítese eso de la cabeza.

Jethro miró tímidamente a Molly.

—Bueno —dijo tirándose de la oreja—, me parece una cosa natural, puesto que ella ya está en la familia. Si fue lo bastante buena para Putt también lo será para mí.

—Bien, *Mrs. Bowser* —dijo con entusiasmo el Reverendo, volviéndose hacia Molly—, ¿ve cuán de acuerdo está Jethro? ¿Por qué no van a los tribunales ahora mismo, y entonces yo les...?

—No —interrumpió ella secamente—, no lo haré.

—¿Por qué no, *Mrs. Bowser*? Jethro está conforme. Acaba de oírsele decir.

—Si él fuera cualquier otra persona, puede que yo aceptara. Pero no con Jethro Bowser.

— ¿Por qué, *Mrs. Bowser*, por qué?

— Porque es muy poco hombre, por eso. Cuando vuelva a casarme quiero hacerlo con un verdadero hombre. Me merezco uno, a mi edad.

El Reverendo Bigbee la miró con expresión de impotencia antes de inclinar desesperadamente la cabeza y dirigirse hacia la ventana. Permaneció allí, de espaldas al cuarto, y contempló con rostro desdichado la polvorienta calle sin pavimentar. Se le cayeron los hombros, como si los brazos y las manos le pesaran terriblemente, y la gruesa piel morena se le aflojó en el esqueleto de la cara. Pasó largo rato antes de que se volviera y se encarara nuevamente con Molly y Jethro.

— Ya no sé qué decir — dijo con desesperación —. No me queda recurso alguno. — Meneó la cabeza con desaliento —. El demonio vence a pesar de todo.

Dejó caer pesadamente el cuerpo y se sostuvo la cabeza con las manos.

— Si insiste en no hacer lo que sabe que debería, *Mrs. Bowser*, por favor, haga una cosa por mí.

— ¿Qué, Reverendo Bigbee? — preguntó ella vivamente.

— Háglele dormir solo, en otro cuarto. — Se apartó las manos de la cabeza y miró a Molly con expresión suplicante —. Eso es lo menos que puede hacer en estas circunstancias, *Mrs. Bowser*... ¡lo menos!

— No me agradaría hacerlo.

— ¿Por qué *Mrs. Bowser*, por qué?

— Porque, si le dejas dormir conmigo, sé dónde está y no tengo que preocuparme y levantarme a cada rato, durante la noche, para ver si se ha acostado con Lily. En cuanto pueda casar a Lily, le sacaré de mi cuarto y le haré dormir a solas.

— Esto es peor de lo que yo pensaba — declaró él meneando la cabeza —. Empeora por momentos. — Miró a Jethro con un áspero fruncimiento de cejas —. ¿Por qué no se vuelve al lugar de donde vino?

— ¿Para qué? Esto me agrada mucho más que el Distrito Woodbine. Aquí siempre están sucediendo cosas. Allá nunca sucedía nada de importancia. No, señor, no me gustaría irme ahora.

El Reverendo Bigbee se miró las manos apretadas, como si esperara encontrar alguna solución en ellas.

— En cuanto a Lily, *Mrs. Bowser*... ¿Hay alguna posibilidad de que se case pronto?

— Estoy trabajando en ello tan intensamente como nunca lo hice en mi vida

por cosa alguna. Soy mucho más exigente en cuanto a ella que para mí misma, y eso lo hace más difícil. No quisiera que se casase con cualquiera que se cruzase por su camino, como Jethro, por ejemplo. Quiero que se case con un hombre adinerado.

— ¿Hay alguien...? Quiero decir, ¿piensa en alguien en especial?

— Me parece que Claude Stevens sería un buen esposo para ella. Y es rico.

— Pero Claude Stevens está comprometido con la hija de *Mrs. Allbright*, Bessie —respondió él, afligido de oír lo que pensaba Molly—. El compromiso fue anunciado hace unas semanas y *Mrs. Allbright* ya me ha hablado para concertar el matrimonio en la iglesia. Sería terrible romper esa alianza. *Mrs. Allbright* pensaría que tuve algo que ver con ello. Además es uno de los más sólidos miembros de nuestra iglesia.

— Yo tengo mis preocupaciones; que ella se quede con las suyas. Si Claude Stevens quiere casarse con Lily, Bessie Allbright tendrá que buscarse a algún otro.

Desanimado y cansado, el Reverendo se levantó y se dirigió hacia la puerta.

— Tengo que irme, *Mrs. Bowser* —dijo—. Lo pensaré y rezaré, y espero poder encontrar la solución. Cuando la encuentre, volveré a hablarle de ella. Entretanto... —Se volvió y miró furiosamente a Jethro—. Entretanto, confío sinceramente en que le encontrará usted algún otro lugar para que duerma, siempre que no quiera irse.

Dio gravemente la mano a Molly y luego a Jethro y, sin pronunciar una sola palabra más, salió de la casa.

Molly se dejó caer pesadamente en una silla.

— ¡Qué vida para el elemento femenino! —dijo a Jethro.

IX

Jethro no volvió a la casa a la hora de la cena y Molly se sintió enojada y desilusionada cuando ella y Lily se sentaron a comer, porque había planeado sacar a Jethro a la galería trasera, cuando oscureciera, y hablarle para que le diera más dinero. Hasta entonces lo único que había obtenido de él eran los diez dólares que consiguió hacer que le diera el primer día. Los últimos días se los había pasado Jethro en el pueblo, hablando con los hombres que estaban en el salón de billares, y en la estación del ferrocarril, tratando de descubrir si Putt había dejado alguna propiedad vendible, aparte de sus botas de goma y su volquete, que ya había encontrado y vendido.

—Parece que siempre hay algún inútil en todas las familias, y tengo la impresión de que Jethro es el que pertenece a la familia Bowser. Putt era un hombre muy laborioso, aunque no se haya enriquecido con su trabajo. Nunca le habrías sorprendido holgazaneando en torno a las tiendas, como Jethro.

Lily terminó de comer apresuradamente y fue a su cuarto, a prepararse para una cita que tenía con Claude Stevens. Cuando la joven salió de la cocina, Molly pasó la media hora siguiente golpeando ruidosamente los platos en la piletta y las ollas en el fogón y en la mesa y aguzando al mismo tiempo el oído para escuchar la llegada de Jethro. Ya estaba completamente irritada con él y había decidido decirle lo que pensaba de él cuando apareciera en la casa. Claude llegó a las ocho y Lily no estaba lista. Molly le oyó cuando pisó la galería del frente y, pensando que sería Jethro, fue a la puerta. Claude dijo que esperaría a Lily en la galería, pero Molly le convenció de que pasara a la sala. Entraron y se sentaron. Molly estaba tan satisfecha de ver que no había perdido interés en Lily que comenzó a hablar excitadamente. Hablaba con tanta rapidez que Claude no tuvo oportunidad de decir nada y lo único que pudo hacer fue menear afirmativamente la cabeza de tanto en tanto.

—Lily siempre fue una chica dulce y cariñosa —dijo ella con un excitado movimiento de las manos—. Jamás me dio el más pequeño disgusto desde que nació. Sabe cómo cuidarse con cualquier hombre y no tengo que preocuparme por eso. Siempre dije que cuando fuese mayor sería una magnífica esposa para cualquier hombre, porque es tan considerada y atenta incluso con las cosas más

pequeñas y nunca exige más de lo que necesita una muchacha corriente. Siempre está alegre cuando se despierta por la mañana y jamás se la ve gruñendo y refunfuñando como algunas mujeres. Los hombres aprecian eso en una esposa. Además de todo ello, le agrada molestar en hacer pequeños favores extraordinarios a un hombre, y eso es algo que un esposo sabe, ciertamente, valorar. Muchas mujeres se comportan tan torpemente como un gato en el tejado de un galpón de desmotar algodón, cuando están solas con un hombre... pero Lily no. La he criado de modo que sepa qué es lo que un hombre espera de ella, y será para su esposo una mujer necesaria. Naturalmente, lamentaré perderla, pero eso sería un liso y llano egoísmo, porque en realidad quiero que se case y se establezca cómodamente.

Claude manoseaba el ala de su sombrero y asentía cada vez que Molly le miraba directamente y esperaba que estuviese de acuerdo con ella. Todavía no había tenido una oportunidad de hablar, pero se alegraba de ello porque hasta entonces no se le ocurrió nada adecuado para decir, dadas las circunstancias.

—Lily siempre ha sido popular con los hombres, tanto con los jóvenes como con los de mediana edad, y parece que la edad no tuviera importancia por lo que a ella respecta. Todos se aficianan a ella como los gorriones al techo de un galpón de desmotar algodón. He tratado de que se relacionara con el tipo más elevado de hombres, por supuesto. Desde que comenzó a interesarse por los hombres intenté enseñarle que es tan fácil trabar amistad con un hombre rico como con uno pobre y que al rico le agrada pasar un buen rato tanto como al pobre, y ahora ya sabe que los hombres de dinero pueden hacer más por ella, a la larga, que los otros. A eso me refiero cuando hablo del tipo más elevado. Muchas muchachas carecen de esa educación y lo lamentan durante toda su vida. Lily ha sido enseñada y no andará haciendo remilgos. Esa es una cosa de la que no tendrá usted que preocuparse.

Se interrumpió bruscamente. Alguien estaba en la galería del frente y caminaba hacia la puerta. Estaba segura de que era Jethro y quería mantenerle fuera de la vista mientras Claude estuviese allí.

—Perdóneme, por favor —dijo apresuradamente mientras se ponía de pie e iba a la galería.

Pero era Perry Trotter, no Jethro. Perry comenzó a decir algo, pero ella le tapó la boca con la mano, le hizo bajar los escalones y le condujo al patio trasero. Permanecieron allí, ella tapándole la boca con la mano, hasta que oyeron que Claude y Lily entraban en el auto y se alejaban. Entonces Molly soltó a Perry y se

sentó en los escalones.

—¿Qué ocurre, *Mrs. Bowser*? —susurró él—. ¿Por qué me trajó aquí de este modo?

—¿Para qué volviste, Perry? ¿Qué quieres?

—Quiero ver a Lily.

—¿No te das cuenta de que Lily está demasiado atareada como para ocuparse de ti?

—¿Por qué está demasiado atareada, *Mrs. Bowser*?

—Porque tiene muchas cosas en qué pensar.

—Pero yo la quiero mucho, *Mrs. Bowser*. ¿Por qué no puedo verla?

—Es una terrible lástima que no tengas diez años más y dinero en el banco —replicó ella, observándole.

—Ahora tengo suficiente edad para querer a Lily, *Mrs. Bowser*. No necesito ser mayor para quererla, ¿no es cierto?

Molly se levantó y subió los escalones.

—Ahora no eres más que una reverenda plaga, Perry —dijo—. Vete y déjanos tranquilas.

Le dejó en el patio, desolado, y entró en la casa para esperar la llegada de Jethro. Después de servirse un vaso de vino, se desnudó, se puso la bata verde y se tendió en la cama. Eran ya las nueve pasadas y trató de imaginar qué estaría reteniendo a Jethro en el pueblo. Generalmente el hombre se encontraba en la casa a la hora de las comidas y nunca había tardado tanto anteriormente. Se sirvió más vino y se arregló las almohadas debajo de la cabeza.

Acababa de acomodarse cuando oyó que nuevamente había alguien en la galería del frente. Levantándose, se pasó el peine por el cabello y se dirigió apresuradamente a la galería. Era Perry Trotter otra vez.

—¿Qué quieres ahora, Perry? —preguntó con tono poco afable.

—Tengo que ver a Lily, *Mrs. Bowser* —dijo él insistentemente—. Tengo que verla, *Mrs. Bowser*.

—¿Por qué repites constantemente que tienes que ver a Lily? —inquirió ella.

—Bueno, pues porque quiero verla, por eso. No puedo dejar de querer a Lily y jamás tengo una oportunidad de verla. Cada vez que vengo aquí usted me echa.

—Lo que debes hacer es buscarte otra muchacha, Perry. Ve a molestar a otra, hasta que consigas lo que quieres. A tu edad te será fácil. Si lo haces, te lo

sacarías de adentro. Lily no va a perder su tiempo contigo, cuando tiene planeadas cosas más importantes. Esta noche tiene una cita con un hombre que quiere casarse con ella y darle todo lo que necesite. No me sorprendería que se casasen cualquier día de estos.

— ¿Quién es él? — averiguó Perry, mohíno.

— No interesan los nombres. Ya te he dicho todo lo que necesitas saber. — Le miró por un momento—. Sería mejor para ti si te olvidaras de Lily y dejaras de venir aquí. Antes de que te des cuenta de nada habrás arruinado las posibilidades que Lily tiene de casarse con algún hombre de posición elevada.

— Le mataré, eso es lo que haré — dijo él con desesperación—. No tengo miedo. Le mataré para que no pueda casarse con Lily.

Hundió desafiadamente las manos en los bolsillos.

— Estás bromeando, Perry — dijo Molly con una carcajada nerviosa—. No lo dices en serio.

— No voy a permitir que ningún otro tenga a Lily.

Molly se sintió preocupada.

— Ven a la casa y déjame que te diga algo, Perry — dijo, tomándolo del brazo.

Perry se resistió al principio, pero ella insistió y el joven la siguió al interior de la casa. Molly se volvió y cerró la puerta tras de sí, y Perry parpadeó de sorpresa al ver sus anchas caderas opulentas y sus pesados pechos sobresalientes. Trató de tomar el picaporte, pero Molly le apartó de él.

— ¿Qué te ocurre, Perry? — inquirió, rodeándole con el brazo y llevándole a la sala.

— Estoy... estoy... asustado, *Mrs.* Bowser.

— No hay motivos para estar asustado, Perry. — Le llevó al sofá rojo y le sentó junto a sí—. Eres lo suficientemente grande como para no asustarte. — Le abrazó y le apretó con tanta fuerza que él no podía moverse—. Conozco a muchas chicas que te querrían, Perry. Podrías tener una chica distinta todas las noches, si quisieras. No tienes que perder todo tu tiempo en una en especial. ¿Por qué no vas a ver a alguna de las otras?

— Tengo... tengo... miedo — dijo él nuevamente, forcejeando para respirar.

Ella le apretó más aun y él trató de desasirse, pero sus esfuerzos solo hacían que Molly le apretujara cada vez con más fuerza. Cuando le atrajo hacia sí, Perry pataleó y se retorció, pero no pudo librarse. Permaneció así hasta que sintió que la

cara se le hundía en la suave carne montañosa del cuerpo de Molly. La cabeza le daba vueltas vertiginosamente. Al cabo de un rato dejó de patear y removerse y abrió los ojos. Se sorprendió al ver que Molly ya no le retenía y levantó la cabeza y la miró al rostro. Ella le sonreía. Perry se puso de pie y se quedó frente a ella, tambaleándose, inseguro, y jadeando.

—Y ahora, por favor, trata de dejar a Lily tranquila por un tiempo, Perry —le dijo ella—. La próxima vez que se te ocurra venir aquí, ve a ver a alguna otra muchacha.

Perry retrocedió hasta que se encontró contra la mesa del centro. A esa distancia, a salvo, vio que Molly se incorporaba y se apartaba del rostro unos mechones sueltos de cabellos.

—Lily llegará de un momento a otro —observó ella—. Será mejor que te vayas antes de que venga y te encuentre aquí.

En cuanto terminó de hablar, alguien subió los escalones y cruzó la galería, en dirección a la puerta del frente. Perry miró alocadamente en torno. Era ya demasiado tarde para que saliese por cualquier otra parte, de modo que corrió y saltó por la ventana. Molly estaba todavía riéndose de él cuando Jethro apareció en la sala.

—Entra, Jethro —dijo ella, haciéndole una seña—. Estaba sentada aquí, cómoda. ¿Dónde estuviste hasta ahora? ¿No sabes qué hora es?

—Me pareció que había alguien aquí —dijo, intrigado—. Quiero decir, alguien hablando contigo.

—Probablemente hablaba conmigo misma, Jethro —respondió ella con desenvoltura—. Últimamente adquiriré la costumbre de hacerlo cada vez con más frecuencia. Quizá sea por estar tanto tiempo sola en estos días.

—Estuve ocupado en el pueblo —dijo él, acordándose de explicar su ausencia—. Un individuo me decía que le parecía que posiblemente Putt tuviera también una carretilla. Dijo que en una oportunidad le vio empujando una por el pueblo. Estuve haciendo lo posible por encontrarla, pero parece que no la hallaré. Nadie quiere venir a decirme dónde podría estar.

—No recuerdo haber visto jamás a Putt con una carretilla. Y nunca me dijo que la tuviera.

—Estoy completamente agotado después de todo eso —dijo Jethro con voz quejumbrosa—. En la actualidad es un gran trabajo eso de administrar una herencia.

— Antes de que entraras — declaró ella, hablando con tono negligente — me preguntaba si no querías ayudarnos, a Lily y a mí, a conseguir algunas cosas que necesitamos. No costarán mucho, quizás un par de dólares cuando más, pero serán una ayuda importantísima. Estuve calculando mentalmente y estoy absolutamente segura de que veinte dólares serían suficientes para todo lo que nos hace falta.

Levantó la mirada para ver qué efecto había producido en Jethro. Este sacudía la cabeza.

— Precisamente hoy pensaba que mi dinero no durará mucho tiempo si seguimos así. Creía que para estos momentos ya habríamos encontrado una parte importante de las posesiones de Putt, pero, hasta ahora, lo que hallé no vale más que un puñado de habas. Solo recibí cinco dólares por el volquete y apenas cincuenta centavos por las botas de goma, porque tenían unos enormes agujeros y el tipo dijo que tendría que gastar mucho dinero para ponerlas en condiciones.

— La mitad de eso me pertenece — le recordó ella.

— Por supuesto que sí, Molly. No hago más que esperar hasta que haya liquidado la herencia, y entonces tú y yo nos repartiremos lo que haya, como dices.

Molly se levantó y caminó hacia la puerta.

— Necesito veinte dólares ahora mismo, Jethro. No puedo esperar. Los necesito ahora.

Salió de la sala y cruzó el vestíbulo en dirección a su cuarto. Jethro esperó unos instantes antes de seguirla. Molly estaba llenando la jeringa hipodérmica con el líquido vitamínico. Jethro la observó con creciente interés.

— Tienes aspecto de estar agotado, Jethro — comentó ella mientras volvía a poner el tapón en la botella—. No me gusta ver a nadie tan quebrantado.

Jethro, sonriendo, se había sacado ya los tirantes del mono. El traje cayó al suelo y el hombre se salió cuidadosamente del lugar y lo colgó sobre una silla. Sin más demora se acostó en la cama, boca abajo. Molly metió rápidamente la mano en el bolsillo del mono y encontró el dinero. No tuvo tiempo para inspeccionar detenidamente el rollo, de modo que tomó con toda prisa los dos primeros billetes, que estaba segura de que eran de diez, y los ocultó en la palma de la mano. Luego volvió a guardar el resto en el bolsillo y se dirigía a la cama cuando Jethro levantó la cabeza y miró para ver por qué tardaba tanto.

— Ya estoy preparado, Molly — le instó.

Molly le insertó la aguja en la carne e inyectó el líquido de la jeringa. Jethro emitió varios gritos parecidos a gañidos, pero no brincó ni se retorció como la

primera vez que recibiera una inyección. Permaneció acostado, con la cabeza sobre el cobertor, estremeciéndose, y esperó que ella terminara. Cuando todo concluyó, se puso de pie con desgano y se sentó en el borde de la cama.

Molly llenó otra vez la jeringa, se la tendió a Jethro y se acostó en la cama. Jethro le hundió con tal vigor la aguja en la carnosa nalga que Molly gritó con todas sus fuerzas. Pero no se levantó; se quedó como estaba, temblorosa, mientras él hacía pasar el fluido por la aguja.

—No tienes que obrar como si estuvieras pinchando a un cerdo, Jethro. La próxima vez trata de ser un poco más suave con esa aguja. —Él asintió tímidamente—. Y ahora, ponte el traje y sal —ordenó ella—. Jethro se mostró ofendido.

—¿Que salga?

—Eso es lo que dije.

Jethro tomó su mono y se lo colgó sobre el brazo. Al llegar a la puerta se detuvo y miró a Molly, que se cepillaba el cabello.

—¿Dónde me harás dormir hoy? —preguntó solemnemente.

—Duerme donde quieras, siempre que no sea donde no deberías.

Él esperó un poco, pero Molly no cedió, y entonces se encaminó a la cocina. Ella pudo oírle durante la media hora siguiente, moviendo ollas y haciendo tintinear platos mientras buscaba algo que comer. Calentó las tenacillas de rizar y comenzó a trabajar en su cabello. Quería tenerlo tan hermoso como fuese posible cuando fuese al pueblo a gastar el dinero que había tomado del bolsillo de Jethro, y trató de hacer que los rizos se mantuviesen. Pero, cuando terminó, se sentía en la casa un fuerte olor a pelo chamuscado y sus finos cabellos color estopa estaban tan lacios y feos como siempre. Lanzó las tenacillas contra la pared, con toda su energía.

Se oyó un golpe tímido en la puerta. Molly se volvió con impaciencia. En el umbral estaba Jethro, con el mono todavía colgando del brazo.

—¿Bien? —preguntó ella airadamente.

—Molly, he estado pensando en lo que dijo el Reverendo Bigbee, y me parece que quizá tenga algo de razón.

—¿Razón acerca de qué?

—Acerca de que estaría bien que tú y yo nos casáramos.

—¿Para que tenga que soportarte durante el resto de mi vida?

—Podría ser peor —sugirió él.

Ella le volvió las espaldas y fue nuevamente hacia el espejo. Jethro la miró cepillarse el cabello durante un rato.

—Bueno —dijo, desilusionado—, si no quieres, no quieres. Pero todavía no he podido encontrar el jergón.

Molly se dirigió al ropero y sacó dos cobertores y una almohada. Jethro los recibió en los brazos cuando ella se los arrojó. Contempló esperanzadamente el enorme cuerpo de la mujer mientras esta se dirigía hacia la cama.

—Molly, ¿estás completamente segura de que quieres que duerma sobre esto, en el suelo?

—Si no te gustan las colchas, puedes dormir directamente en el suelo, sin ellas.

Apagó la luz y se acostó, dejando a Jethro, temblando, en la oscuridad.

X

Era media tarde. En el interior de la casa el ambiente estaba húmedo y caluroso, y Molly se encontraba sentada en la galería trasera, donde una brisa refrescante soplaba del sur y removía el papayo del patio. Las mañanas de verano eran siempre incómodamente calurosas, pero por lo general, por la tarde, soplaba una brisa que refrescaba el aire y hacía de ese descanso a la sombra la única forma realmente agradable de esperar que cayera el sol. En esa época del año el único cambio perceptible del tiempo se producía cuando las tormentas estivales pasaban y dejaban la tierra y el follaje frescos y húmedos por el resto del día. Por lo común podía contarse con una tormenta por semana, por lo menos, de junio a setiembre, y los agricultores de los alrededores de Agrícola se sentían siempre agradecidos de que una copiosa lluvia les ayudase con sus cosechas. Pero, después de la primera parte de setiembre, abiertos ya los capullos de algodón y en condiciones de ser recogidos, una lluvia intensa era siempre mal recibida y, en ocasiones, desastrosa. Mas, por lo general, las tormentas cesaban con el cambio de estaciones, a fines de agosto.

Molly había estado bordando una bata para Lily desde la hora del desayuno y, como ya estaba casi terminada, se encontraba pensando qué podía hacer después. Cualquier día de esos Lily la sorprendería huyendo con Claude Stevens, y ella quería tener preparadas para su huida todas las cosas hermosas que le fuese posible. Ya había decidido hacerle un juego para baile y una chaquetilla corta, de *crêpe*, para la luna de miel, que podía ser usada en la cama o por la casa, en las calurosas mañanas del verano.

No se oyó golpe alguno en la puerta del frente, pero Molly no se sorprendió cuando levantó la mirada y vio a Jamie Denton, dueño de la casa, dar la vuelta por la esquina de la galería. Hacía ya varios días que le esperaba. Jamie tenía muchas casas en el pueblo, pero siempre se las arreglaba para venir puntualmente a cobrar el alquiler, porque no tenía por costumbre permitir que se pasara la fecha. Durante todo el tiempo que ella vivió allí, el hombre nunca entró por la puerta del frente. Prefería llegar hasta la parte trasera de la casa y golpear en los escalones de madera con el cabo de su cortaplumas, puesto que eso le concedía la oportunidad de observar si los inquilinos habían dañado su propiedad de algún modo. Algunos

arrendatarios tenían la costumbre de arrancar las galerías traseras para utilizarlas como leña en la cocina y otros cavaban pozos casi hasta llegar a los cimientos, donde la tierra era húmeda y fresca, para conseguir gusanos, haciendo que las galerías se hundieran o se derrumbaran por completo.

Siempre podía esperarse la visita de Jamie una vez por mes, a menos que hubiera pasado la fecha del pago del alquiler, en cuyo caso llegaba generalmente casi todos los días hasta que lograba cobrar el arriendo. Era un hombre de cuerpo delgado, estatura mediana, cincuentón, que siempre llevaba un polvoriento sombrero negro, de fieltro, y descoloridas camisas azules de fajina que habían sido remendadas y vueltas a remendar tantas veces que parecían hechas de harapos desechados. Empero, Jamie era uno de los hombres más ricos de Agrícola y, aparte de ser dueño de más bienes raíces que cualquier otro, tenía la más grande caja de seguridad en el depósito del banco. Estuvo casado dos veces, en ambas ocasiones con una viuda madura cuyo marido había dejado una considerable herencia, y, cuando murió su segunda esposa y le legó sus casas, Jamie era dueño de la mitad, aproximadamente, de las viviendas del pueblo, o bien tenía primeras hipotecas sobre ellas. La mayor parte de sus rentas provenía de los arriendos de sesenta o setenta cabañas de una sola habitación, ubicadas en el barrio negro, de las que era dueño. Decía que, además de exigirle la provisión de agua, los inquilinos blancos pedían que les mantuviera en buen estado el techo y otras partes de las casas, en tanto que los negros temían llamarle la atención hacia un tejado con goteras, como que sabían por experiencia que no vacilaría en expulsarles si se quejaban y luego se negaría a alquilarles otra casa en Agrícola. En consecuencia, ellos mismos debían reparar sus habitaciones, sin cargo alguno para Jamie.

Molly vio que Jamie se dirigía a los escalones antes de levantar la mirada y verla. Se guardó entonces el cortaplumas en el bolsillo.

—¡Qué tal, *Mrs.* Bowser! —dijo, quitándose el empolvado sombrero negro y abanicándose la cara con él. Sin esperar a que ella le devolviera el saludo, se sentó en los escalones—. Calor terrible hoy, ¿eh?

—No se está mal aquí, a la sombra de la galería —replicó ella afablemente—. La brisa está bastante buena, *Mr.* Denton.

—Es una brisa pequeña y canija —comentó él despectivamente, inclinando la cabeza a un lado y mirando el cielo como si se quejara directamente al viento—. Un vientecito como este no significa cambio alguno. Cualquier vaca que se espantara moscas con la cola podría producirlo más violento. —Se volvió y miró a

Molly, sentada en la galería —. A mi edad, un hombre no debería andar bajo la canícula del verano, como yo me veo obligado a hacerlo. Y, por añadidura, ya no puedo soportar el calor como antes. Sin embargo, no hay más remedio. Tengo que salir y caminar, de cualquier modo. Creo que seguiré haciendo mis rondas hasta que me derrumbe sobre el borde y me muera.

— ¿Sabe qué tendría que hacer, *Mr. Denton*? —preguntó Molly provocativamente.

—No —replicó él, contemplándola con suspicacia.

—Tendría que retirarse y tomar las cosas con calma, de ahora en adelante; eso. —Hizo una pausa para permitir que la sugerencia tuviese tiempo de ser captada por la mente de Jamie—. Si se olvidara de todas sus preocupaciones y dejara que una mujer comprensiva le cuidara, prolongaría su vida un buen trecho. Es suficientemente rico, con todas las propiedades que posee, como para no tener que preocuparse ya por cuestiones de dinero. Este es el momento de dejarse cuidar por una mujer que, al mismo tiempo, le conforte. En verdad se sorprendería de ver las cosas que puede hacer por usted una esposa amante.

Jamie no se mostró impresionado. Gruñó sin interés.

—Ya he tenido lo mío —dijo, sacudiendo la cabeza—. Además, soy demasiado viejo para eso. No me beneficiaría nada.

—Una buena mujer de unos treinta y cinco, que le dé solaz, le haría sentirse veinte años más joven en un periquete, *Mr. Denton*. El único motivo de que haya mencionado los treinta y cinco años es que a esa edad una mujer aprecia a un buen hombre y no andaría correteando por todas partes cuando debería quedarse en su casa, atendiendo a las necesidades de usted.

—No —dijo él sacudiendo resueltamente la cabeza—. A mi edad no sabría qué hacer con una mujer. Ya estoy lejos de eso, *Mrs. Bowser*.

—¡Vamos, *Mr. Denton*! —exclamó ella recatadamente—. Apuesto a que sería usted un verdadero diablo con una mujer. Si yo fuera más joven tendría miedo de estar con usted.

—No, soy demasiado viejo para ocuparme de mujeres. —Continuó meneando vigorosamente la cabeza—. No tengo la voluntad ni los medios de cortejar a una mujer. Ya me ha pasado el momento de esas cosas. Una mujer me estorbaría y no me sería de utilidad alguna.

—Podría cocinarle las comidas, *Mr. Denton*.

—Estoy comiendo mejor que nunca en *La Abeja Industriosa*, y mucho más

barato. Habría ahorrado dinero si hubiera comenzado a hacerlo hace tiempo.

—Sería sumamente confortante tener en la casa a alguien que le hiciera compañía.

—No tengo suficiente hogar como para permitir que ello me preocupe. Siempre estoy fuera de casa, desde la salida a la caída del sol, cobrando los alquileres, y el resto del tiempo estoy acostado, durmiendo. Una mujer no haría más que hablar hasta que se pusiese azul, y ya tengo bastante de eso con los inquilinos.

—¿No se siente nunca un poco solitario, especialmente por las noches, sin una mujer en la casa, *Mr. Denton*?

—No. Todo eso significaría grandes gastos extraordinarios para nada. Dejaré que los hombres jóvenes se ocupen de ello. Ha pasado mi época, y me alegro de ello, por cierto.

Molly se sintió tan desalentada que no se le ocurrió nada más que pudiera producir algún efecto en Jamie. Recortó las hilachas de la bata y se mecía lentamente en la mecedora. Pudo ver que Jamie la observaba de tanto en tanto con el rabillo del ojo, pero fingió estar absorta en su costura. Adivinó, por la forma en que el hombre manoseaba el ala de su sombrero, que quería cambiar de tema.

—Lo lamenté mucho cuando supe que Putt se había ido —dijo él de pronto—. Creo que lo conocí durante gran parte de mi vida, y era un hombre bueno, recto, si he visto uno alguna vez. Si hubiera seguido viviendo habría mantenido sus asuntos en orden, como siempre lo hizo en vida, porque no le gustaba dejar que las deudas quedaran impagas.

Ella se mecía más rápidamente, apretando al mismo tiempo los labios hasta convertirlos en una delgada línea recta. Jamie la contempló con veloces miradas furtivas.

—¿Se refiere al alquiler, *Mr. Denton*? —preguntó ella significativamente.

—Bien, quería llegar a eso, *Mrs. Bowser* —admitió él, aliviado—. Hay en la vida algunas cosas que es preciso atender, y creo que el pago del alquiler es una de las más importantes y principales. Por supuesto, siempre intento ser justo y recto en ese sentido, especialmente cuando tengo que tratar con viudas. No soy un hombre inflexible, como algunos tratan de hacerlo creer. Solamente quiero ser práctico, y eso es todo.

—Necesito un poco de tiempo —repuso ella con tono suave y suplicante, deteniendo la mecedora y mirando rectamente a su interlocutor—. Todo sucedió

tan de súbito que apenas he tenido tiempo para saber si mi alma era mía. Por eso no tuve oportunidad todavía de pensar en el alquiler, *Mr. Denton*.

—Está usted atrasada en dos meses —le recordó él sin vacilar—. Deje que pasara el primero porque no quería lanzarme sobre usted y mencionarlo precisamente cuando estaba con su congoja, y ahora ha llegado el segundo mes. No podría permitirme esperar mucho tiempo más, porque no se hacen así los negocios. Un mes es tiempo de sobra para dejar que se atrasen los alquileres de la mayoría de los arrendatarios, y demasiado para otros.

Molly se meció, contemplando el papayo que se erguía al otro lado del patio. Las gruesas y toscas hojas producían un agradable sonido cuando susurraban en la brisa. Observó sus movimientos hasta que escuchó el ruidoso carraspeo de *Jamie*.

—Mientras venía aquí, desde el pueblo, hace unos momentos, me puse a pensar en algunas cosas, *Mrs. Bowser*. —Hizo una pausa y lanzó una mirada a Molly para ver si le prestaba atención—. En el camino me pregunté qué podía hacer una viuda, con una hija de dieciséis años como *Lily*, para pagar los quince dólares mensuales de alquiler, cuando no tenía los medios necesarios para conseguirlos. Me dije que no me gustaría parecer demasiado duro, pero, de todos modos, me dije que no se me ocurría cómo podría seguir pagando. Luego, además de eso, me pregunté si podría rebajar un poco el alquiler para resolver la situación, y me dije que, simplemente, no podía. No he pasado por alto el hecho de que el hermano de *Putt* ha venido al pueblo, pero no lo veo como a un individuo con el cual se pueda contar para que pague el arriendo por usted. No pertenece al tipo de hombres que pagan alquiler. Le aseguro que me duele decir todo esto, *Mrs. Bowser*, porque su difunto esposo era un buen hombre, recto, y nunca se atrasaba en sus pagos, pero no existe nada que pueda sustituir a la verdad lisa y desnuda. La verdad, este es un vecindario respetable, el de aquí, del barrio oeste, y nada hay en el mundo que lesione los valores de las propiedades tan rápidamente como el hecho de que una viuda de menos de cuarenta años, con una hija joven, viva en una casa cuyo alquiler no tiene medios de pagar. Y bien: no quiero que empiece a pensar que la estoy expulsando, *Mrs. Bowser*, porque hablaría del mismo modo con cualquier otra viuda de menos de cuarenta que no pudiese pagar el alquiler de una de mis casas. El hecho es que antes de que uno se dé cuenta de nada la gente comienza a murmurar, especialmente los vecinos, y después ya no hay forma de detenerlo. Sin que uno advierta cómo ha sucedido, están diciendo cosas que hacen

que se derrumben los valores de las propiedades, y entonces la gente comienza a mudarse del barrio, a otra parte del pueblo, y nada puede detenerla, como no sea rebajar los alquileres para mantener ocupadas las casas, y eso es algo que yo no puedo permitirme. En cuanto uno rebaja los arriendos, se necesitan tiros de caballos para volver a subirlos. Bien, yo no querría que empiece usted a pensar que no soy todo simpatía, *Mrs. Bowser*, pero...

—¿Ha vuelto Lucy Trotter a hablar de mí?

—No sé nada de eso, *Mrs. Bowser*, y no quiero verme mezclado en riñas femeninas, pero, sea como fuere, se ha hablado algo en el pueblo y, una vez que esto comienza, no pasa mucho tiempo sin que se extienda. Lo he visto cundir como el fuego en los setos cuando...

—No sé por qué esa mujer insiste en molestarme —dijo Molly, secándose las mejillas—. No soy mala. Soy como cualquier otra mujer. He concurrido a la iglesia cada vez que tuve oportunidad de hacerlo, y sigo tratando de no ser mala. Lucy Trotter lo sabe. Me gustaría que dejara de calumniarme continuamente.

—No quiero verme enredado en una disputa entre mujeres —replicó él ansiosamente—. Además, es demasiado fácil cambiar de tema. Y bien: lo que yo decía acerca del alquiler...

Molly se levantó y se dirigió a la puerta. Cuando él se volvió para ver qué hacía, la vio haciéndole señas de que se acercara.

—Tengo un poco de vino para usted, *Mr. Denton* —dijo seductoramente—. Entre en la casa. Un buen vaso de vino es precisamente lo que se necesita para matar el calor en un día como este.

Jamie vaciló. Sentía suspicacia de los móviles de ella, pero se dijo que debía cobrar el arriendo, lo llevase adonde lo llevara su persecución. Molly volvió a llamarle, y él se levantó y la siguió a la sala.

Molly sirvió dos generosas porciones de vino en los grandes vasos. Jamie bebió el suyo de un trago e hizo chasquear los labios con satisfacción.

—¿Qué tal le pareció, *Mr. Denton*? —preguntó ella alegremente, codeándolo.

—Si yo fuese un bebedor, le aseguro que me molestaría pasarme sin eso durante mucho tiempo —repuso él con un cloqueo—. Un poco más de este vino y podría ser el más grande borrachín del pueblo.

Ella volvió a llenar los vasos y llevó a Jamie al sofá rojo. Él se sentó a desgana junto a ella.

—Vine aquí únicamente por motivos comerciales, *Mrs. Bowser*, y es preciso que los atienda. Pues, como le decía hace unos momentos... Si usted hubiese estado casada con un hombre que le hubiera dejado los medios necesarios para vivir, la cosa sería completamente distinta. Pero *Putt* no era de esa clase de personas. Dejó un poco a la iglesia y gastó el resto pagando sus cuentas. Yo y usted sabemos que no poseía mucho más que los pantalones en que le enterraron. Toda la gente del pueblo lo sabe también, y es natural que se pregunte cómo hará usted para pagar el alquiler. Por eso he estado pensando que sería muchísimo mejor si se mudara a otra parte del pueblo, donde los alquileres no son tan altos y pesados. Sé que no es usted de esas mujeres que desearían que los valores de los inmuebles sufrieran daño en este barrio. Usted tiene mucho más espíritu cívico.

Molly sirvió más vino.

—Tengo unas magníficas casas en el barrio sur, por las cuales cobro la mitad de alquiler que por esta. Y, por añadidura, esas casas son el doble de grandes que esta. Y además no tendría que preocuparse de lo que dijera la gente, porque allí las personas son distintas y viven y dejan vivir. Bien, yo he pensado en una casa que está situada junto a las vías del ferrocarril, desocupada ahora, y que usted podría ocupar inmediatamente. Además, si consiente, estaría casi dispuesto a olvidarme de los dos meses de alquiler que me adeuda por esta casa.

—¿Quiere decir que está en el Hoyo? —preguntó ella.

—Bueno, algunas personas lo llaman de ese modo.

Molly guardó silencio durante largo rato antes de volver a hablar.

—La gente ha sido sumamente bondadosa conmigo —dijo, suspirando—, y le aseguro que me siento agradecida. La pérdida de un esposo es un gran golpe para una mujer, y se necesita algún tiempo para recobrase. Por eso preferiría quedarme donde estoy. Me molestaría tener que desarraigarme y mudarme a una parte extraña del pueblo. Si me rebajara el alquiler de esta casa, siempre lo recordaría, *Mr. Denton*.

—No podría arriesgarme a hacerlo, *Mrs. Bowser* —protestó él—. Si le rebajase el arriendo a usted, los demás se enterarían y exigirían que les rebajara el de ellos. Aparte de que se murmuraría en torno a la cuestión. Siempre he evitado aceptar otra cosa que no fuese el total del dinero del alquiler, cuando se trata de mujeres, y especialmente de viudas.

Molly se acercó un poco más a *Jamie* y se recostó contra su hombro.

—Nadie en todo el mundo se enteraría de ello —dijo en tono íntimo—. Sería

un secreto entre nosotros dos, *Mr. Denton*, y usted podría venir aquí como lo hace siempre para cobrar su arriendo, y hasta más a menudo. Sería una compañía para ambos, *Mr. Denton*. —Apoyó la cabeza sobre el hombro de él—. ¿No se siente espantosamente solo a veces, *Mr. Denton*? —Le tocó el brazo con los dedos—. ¿Eh?

—No, no creo que me sienta solo —respondió él rígidamente.

Ella entrelazó sus dedos en los de él. *Jamie*, erecto, miraba fijamente hacia adelante.

—Todo el mundo ha dicho siempre que yo pertenezco a la especie de mujeres amantes —susurró ella roncamemente—. Nunca pensé que nada fuese demasiado bueno para el hombre con el cual vivía, y siempre quise que se saliesen con la suya conmigo. ¿No le parece que una mujer verdaderamente cariñosa debería sentir de ese modo, *Mr. Denton*?

—No he pensado mucho en esas cosas, *Mrs. Bowser*.

—Si le parece que no podría rebajar el alquiler, entonces, ¿no podría dejar cuatro o cinco dólares en la mesa cada vez que viniese?

Jamie se puso de pie, apartando de un golpe las manos de ella. Casi trastabilló y cayó en su prisa por alejarse de ella. *Molly* corrió y le echó los brazos al cuello, pero él la apartó y levantó los puños amenazadoramente.

—¿Qué le pasa? —preguntó ella con gesto airado.

—No quiero tener nada que ver con mujeres de su especie.

—¿Qué otra especie hay, por Dios?

—Una mejor que la suya.

—¿La que trataría de congraciarse con una vieja bolsa de piojos como usted?

—Hay muchas mujeres buenas en el mundo.

—No las habría si las hiciese mudar a todas al Hoyo para poder mantener alquiladas estas casas.

—Hay lugar para mujeres en ambos lados del pueblo, pero el suyo está allá.

—Retrocedió hacia la puerta—. ¡Y ahora déjeme salir de aquí! —exigió.

Molly levantó la mano para abofetearle, pero *Jamie* agachó la cabeza, pasó corriendo ante ella y salió al vestíbulo. Cuando ella pasó a su vez al vestíbulo, lo vio cruzando a la carrera la galería trasera y bajando los escalones. Todavía estaba allí de pie cuando *Lily* salió de su cuarto.

—¿Qué ocurre, mamá? —preguntó—. ¿Qué fue todo ese ruido? ¿Quién vino?

—¡El hijo de perra! —exclamó *Molly*, dirigiéndose a su habitación a grandes

zancadas. Se arrojó sobre la cama —. ¡El hijo de perra!

Lily corrió a la ventana y miró hacia afuera. Pudo ver la figura ligeramente encorvada de Jamie Denton atravesando rápidamente el patio del frente. Cuando desapareció de la vista, la joven regresó y se sentó junto a su madre.

—Pero ¿qué sucedió, mamá?

—No sucedió nada, justamente. —Miró a Lily—. En todo el ancho del mundo no hay nada más insultante que un viejo macho cabrío que ha perdido los cuernos.

—¿Qué hizo *Mr.* Denton?

—No te preocupes por lo que hizo, querida —contestó Molly rompiendo a llorar—. No te acerques nunca a los de su calaña. Pueden arruinar a una mujer más rápidamente que cualquier otra cosa. Si no se animan un poco cuando una mujer trata de mostrarse buena y cariñosa, es señal de que son la clase más peligrosa de hombres para tener cerca. Te emporcarán todas las veces. Hasta ahora nunca les he visto hacer lo contrario.

XI

Molly estaba tendida en la cama, bebiendo sorbos de vino, cuando oyó que había alguien en la galería del frente. Hacía ya media hora que había oscurecido, y una fresca brisa, soplando después de la tormenta de fines de la tarde, entraba por la ventana abierta. Lily acababa de salir con Claude Stevens, y Jethro volvió a quedarse en el pueblo y no apareció para la cena. No esperaba que Jethro regresase tan temprano, y se le ocurrió que Perry Trotter había venido nuevamente para tratar de ver a Lucy.

Escuchó los golpes durante un rato antes de ponerse finalmente de pie, gruñendo por haber sido molestada cuando se sentía tan cómoda en la cama, y se puso su bata verde. Antes de salir del cuarto se lanzó una rápida mirada en el espejo y se pasó el peine por el cabello.

Joe estaba apoyado en la puerta cuando ella llegó al vestíbulo. Chupó rápidamente el cigarrillo que fumaba y lo arrojó tras de sí, al patio.

—Hola, Molly —dijo inmediatamente—. Espero no haber interrumpido nada. —Entraron en la semioscuridad de la galería—. Pensé que podría venir a ver si estabas en casa esta noche. Como no tienes teléfono, me pareció que estaría bien.

—Es claro que está bien —respondió ella, preguntándose para qué habría venido. Podía ver el taxímetro estacionado en la calle. Tenía el motor funcionando, pero las luces habían sido apagadas—. ¿Cómo te ha ido últimamente, Joe?

—Muy bien. Pero me tienen bastante atareado. No me preocupa la paga, pero no me agrada trabajar doce o catorce horas para ganarla. —Se sentó en la baranda de la galería—. En estos días hay mucha gente en el pueblo. Por eso vine aquí.

—¿Qué quieres decir, Joe? —preguntó ella con curiosidad.

—Me acordé de que el otro día te había hablado en el coche, y pensé que quizá te agradaría tener compañía esta noche. —Bajó confidencialmente la voz—. Es claro, no sé qué proyectos tienes para hoy, pero creí que no molestaría viniendo aquí a averiguarlo.

—Bueno —dijo Molly excitadamente—, no esperaba visitas esta noche, pero...

—¡Magnífico, Molly! —exclamó él, dirigiéndose a los escalones—. Si no te

opones, entonces lo traeré y te lo presentaré. Llegó al pueblo hace unos momentos y estaba buscando algo para divertirse. Parece ser de los que pagan por lo que reciben. Dice que vende algo, no sé qué, y estos viajantes siempre tienen una cuenta de viáticos, ¿sabes?

—Primeramente tendría que arreglarme un poco —observó ella—. No tengo puesto más que este viejo peinador verde. Si voy a recibir a...

—Estás perfectamente así. No hagas nada.

Descendió corriendo los escalones y fue hasta el taxi. Molly se arregló nerviosamente el cabello, deseando habérselo peinado con cuidado antes de salir de su habitación. Pudo ver a Joe y al desconocido encaminándose hacia la casa. El hombre era de baja estatura, corpulento, y parecía tener unos cuarenta y cinco años. Llevaba un traje gris liviano y un panamá blanco. Su corbata era colorida y atrayente, y un pañuelo del mismo diseño florido fluía del bolsillo del pecho.

Molly contuvo la respiración al ver su cabeza redonda, casi completamente calva, cuando se quitó el sombrero. Muy pronto se encontró mirando, boquiabierto, el rostro regordete y de aspecto inocente del desconocido.

—*Mr. Benny Ballard* —presentó Joe presurosamente—, esta es Molly.

Benny guiñó un ojo y se acercó a ella con un movimiento como de galope. Luego se quedó sonriendo. Ella advirtió que la parte superior de la cabeza del individuo apenas le llegaba al hombro.

—¿Cómo está, Molly? —dijo él mientras le propinaba varias palmaditas en las anchas caderas—. ¿Cómo está la muchacha? —Se acercó más—. Ellas siempre me llaman Benny —le informó, volviendo a guiñar.

—Tengo que ir a levantar a un pasajero, gente —dijo Joe mientras descendía los escalones.

Benny se acercó a la mecedora de la galería y le dio un envión.

—Adentro se está mucho mejor —le dijo Molly—. En la sala siempre hay más comodidad y fresco.

Él la siguió al interior de la casa y arrojó el sombrero sobre la mesa, junto al alto jarrón de porcelana azul. Molly se sentó en el sofá rojo, cuidando de dejar suficiente espacio a su lado. Benny desenvolvió un cigarro y lo encendió.

—Espero que entienda que le hago un favor a Joe —dijo ella, viendo cómo el humo del cigarro flotaba en torno a la cabeza de Benny—. Si se hubiera tratado de cualquier otro, probablemente no lo habría tomado siquiera en cuenta. Se da cuenta de lo que digo, ¿no es verdad?

—Es claro que sí — afirmó él con un rápido asentimiento.

—Bien, ahora que nos conocemos mejor, hay una cosa que me agradaría saber. ¿Qué hace usted para ganarse la vida?

Benny se sentó junto a ella y le palmeó la pierna con la mano gordezuela.

—Entrego maquinaria agrícola, Molly. Es un negocio maravilloso. Yo la entrego a los comerciantes y estos la entregan a los agricultores. Los pobres imbéciles están al final de la fila y no tienen siquiera una posibilidad agujereada de entregarla a nadie más, de modo que, naturalmente, deben ponerse a trabajar para usarla. Serían unos malditos estúpidos si la utilizaran para cultivar malezas, de modo que siembran cereales y tratan de ganar suficiente dinero para pagar lo que se les ha entregado. Lo más triste de todo es que los tipos listos de la cabeza de la fila convencen a los agricultores de que siembren cereales y críen animales para que ellos tengan qué comer sin verse obligados a sembrar o criar ellos mismos. Yo soy una especie de intermediario, ¿entiendes? Yo hago pasar los artículos desde la cabecera de la fila a la cola de la misma. Si no engañáramos a los agricultores, nos engañarían a nosotros y nos harían sembrar los cereales mientras ellos vivieran en el ocio. De todos modos, jamás plantarían más de lo que necesitaran ellos mismos, porque son los canallas más perezosos del mundo, para empezar, y todos nosotros, pobres diablos, nos moriríamos de hambre. Soy un benefactor de la raza humana, Molly. — Volvió a palmearla en la pierna—. Por eso me llaman Benny, para hacerlo más corto.

Molly rio.

—No sé qué te habrá dicho Joe, Benny — dijo ella con seriedad—, pero me alegro terriblemente de que hayas venido a verme esta noche. —Le tocó tímidamente los botones del saco—. Me agrada pensar que pertenezco al tipo amistoso. Nunca creí que una chica debiera ser altiva cuando estuviera con un hombre por primera vez, solo porque no le hubiera sido presentada antes. Pero, es claro, tengo mis reglas. Creo que todas las muchachas deberían tener sus reglas, ¿no es así, Benny?

—Naturalmente — contestó él en seguida—. Una muchacha sin reglas no tiene siquiera una posibilidad agujereada.

—Siempre dije que una muchacha debe comportarse en público, cuando está en la calle, por ejemplo, como una señora; pero que, cuando se encuentra en la intimidad con un caballero, como estamos nosotros ahora, debería cambiar su estilo para no tener que parecer altanera. Pues bien, tomemos a nosotros por

ejemplo. Si yo te hubiera visto en la calle, te habría mirado y habría sabido inmediatamente quién eras, pero no me habría mostrado familiar contigo por nada del mundo, porque esa es una de mis reglas. Pero estar sentados aquí, en la sala, es distinto.

—Ya lo creo, es distinto —convino él con entusiasmo—. Es tan distinto como uno de otro.

—Otra norma que siempre he tenido es que siempre debe haber una primera oportunidad para todo. Siempre dije que una muchacha podía entenderse mejor con cualquier hombre del mundo si le hacía pasar un buen rato, y tiene que haber una primera vez para eso. Me dolería saber que un caballero viniera a visitarme y se fuese sin saber que yo tengo esa norma especial. Quizá será por eso que me siento tan amistosa hacia ti, Benny. Se me ocurre que eres una persona que no necesita que le expliquen todo esto. En cuanto te vi me di cuenta de que eras de esas personas que aprecian una buena diversión.

—Así soy yo, en efecto —respondió él, apoyándose contra ella y guiñando lentamente un ojo—. Soy uno de esos muchachos.

Molly le tocó perezosamente los botones. Sus dedos treparon de un botón al siguiente, como si los contara despaciosamente, una y otra vez.

—Hay tantas muchachas que tratan indignamente a los hombres... —le dijo con un desaprobador meneo de la cabeza—. Se comportan como si los hombres no fueran más que juguetes de los que hay que burlarse, y jamás se detienen a pensar, siquiera por un momento, en sus sentimientos. Muchos hombres han sido heridos de ese modo en sus sentimientos, cosa que confiere una mala reputación a las mujeres en general.

—¡Tienes muchísima razón! —exclamó él.

—Luego hay otras que parecen creer que tienen que estar continuamente dando órdenes a los hombres y obligarles a que dejen de hacer esto o lo otro. Yo nunca fui así. Siempre me agrada mostrarme amistosa con un hombre desde el comienzo, tal como hice contigo cuando te vi en la galería, y era la primera vez que te veía. En cuanto te eché una buena mirada, me sentí verdadera y realmente amistosa hacia ti. Algunas chicas se portarían altaneramente y jurarían que les era preciso esperar a ver si el sol salía el miércoles por la mañana antes de demostrarte demasiada confianza, pero mis normas son distintas. Me di cuenta de que no habrías querido venir a visitarme si no hubieras pensado que pasarías un rato divertido conmigo.

— Esa es la verdad, si alguna vez la he oído, Molly — dijo él sonriendo —. Soy uno de esos muchachos.

Se oyó un fuerte golpe en la puerta del frente. Molly volvió la cabeza y escuchó. Jethro no golpearía para entrar, como no lo haría Lily. Preguntándose quién podría ser, se levantó y fue al vestíbulo.

Perry Trotter, con expresión alocada y excitada, corrió hacia ella. Molly le tomó del brazo y lo zamarreó.

— ¿Qué quieres, Perry?

— ¿Está Lily en casa?

— No, Lily no está aquí.

— ¿Quiere decir que se ha ido?

— Tenía una cita.

Perry se lanzó sobre ella, le rodeó la cintura con los brazos y arrojó todo el peso de su cuerpo contra el de Molly. La inesperada acometida hizo que la mujer perdiera el equilibrio y cayera estrepitosamente al suelo. La sacudida de la caída la atontó momentáneamente. El peso de Perry le había cortado la respiración y se encontró incapaz de apartarlo. Un momento más tarde el joven estaba sentado a horcajadas sobre ella, apretándole la garganta con las manos. Con un poderoso empujón de su cuerpo, Molly consiguió derribarlo. Antes de que pudiera tomarla nuevamente del cuello, Benny lo sujetó. Molly se puso lentamente de pie.

— La está ocultando de mí... ¡eso es lo que está haciendo! — gritó Perry —. ¡La ha estado manteniendo encerrada en alguna parte para que yo no pueda verla!

— Si vuelves nuevamente aquí, juro por Dios que iré directamente a contárselo a tu mamá — dijo ella, respirando con dificultad —. Ya te he soportado todo lo que podía. La próxima vez que te pesque aquí, tu mamá se enterará de ello.

Propinó a Perry un empujón que lo hizo trastabillar hasta la galería. El joven se fue, mascullando entre dientes.

Benny siguió a Molly nuevamente a la sala, donde ella tomó inmediatamente el garrafón de vino y llenó dos vasos con mano temblorosa.

— ¿Viene muy a menudo a visitarte? — preguntó Benny.

Molly vació su vaso.

— A esa edad todos ellos hacen cosas raras. Es algo inevitable. Por eso no quiero ser demasiado severa con él.

— ¿Quién es ese? — susurró Benny, codeando a Molly.

Jethro entró en la sala, con el cuello estirado hacia adelante, y observó

interrogativamente a Benny.

—¿Qué quieres, Jethro? —preguntó ella con tono malhumorado.

Jethro continuaba mirando fijamente a Benny.

—Tenía pensado prepararme para ir a la cama, pero parece que la sala está completamente ocupada por gente extraña. ¿Qué está haciendo él aquí?

—Vuelve al pueblo por un rato, Jethro. —Agitó las manos hacia él—.

Vamos, vete, como te he dicho.

—El salón de billares ya está cerrado.

—Pues entonces ve a otra parte. ¿No ves que tengo visitas?

—No me gusta hacer esa larga caminata hasta el pueblo. Y, además, no veo que haya motivos para hacerla. Podría acostarme en cualquier parte...

—¡No, nada de eso! —gritó ella, empujándolo hacia la puerta—. ¡Vete a cualquier otra parte, como te he dicho!

Jethro estaba ya en el vestíbulo, y Molly continuó empujándolo hasta que se encontró fuera de la casa. Luego le propinó un empujón final que le hizo bajar tambaleándose, en la oscuridad, los escalones. Entonces regresó a la sala, donde Benny aguardaba sentado en el sofá.

—¿Quién era ese? —preguntó con acento preocupado.

—¡Oh, un pensionista! —respondió ella con indiferencia—. La mitad de las veces no paga su alquiler, y yo no me siento obligada a proporcionarle un lugar para dormir si no se pone al día con sus pagos.

—Pero tendrá que pasársela caminando por la calle, ¿no es eso?

—Ya se las arreglará. Jamás me preocupo por él.

—La verdad es que tienes gente bastante rara por aquí —comentó él—.

Entran y te tiran al suelo, y luego vienen otros y se ponen a discutir que quieren dormir en el piso de la sala.

Molly le lanzó una sonrisa para desarmarle, se recostó contra el respaldo del sofá y volvió a jugar con los botones. Él la contempló con interés durante un momento, mientras los dedos de ella subían y bajaban por la hilera de botones de su camisa, y luego se irguió sobresaltado cuando ella ahogó una risita. Volvió su redondo rostro enrojecido, cuya visión la lanzó en una convulsión de carcajadas irrefrenables. Pronto estaba retorciéndose en el sofá y riendo sin parar. Benny trató de contenerla, pero las carcajadas aumentaron cuando la tocó. La tomó fuertemente de la cintura, y un momento más tarde Molly rodaba del sofá, arrastrándolo consigo. Él se aferró tenazmente a ella y se encontró rodando por

toda la sala, mientras las risas de la mujer se hacían cada vez más fuertes y espasmódicas. Para entonces Molly había perdido ya todo dominio de sí misma. Cuando volvieron a cruzar, rodando, el piso de la sala, estuvieron a punto de chocar contra la mesa del centro, en la que estaba el alto jarrón de porcelana azul, y voltearla.

Se detuvieron momentáneamente contra la pared.

—Creo que yo también hago cosas raras —le dijo Benny—. Pero nunca supuse que pudiera hacer reír tanto a nadie como a ti.

Eso hizo que Molly recayera en una nueva convulsión. Volvieron a rodar por la sala y chocaron contra el muro opuesto con tanta fuerza que toda la casa se estremeció. Benny se golpeó la cabeza contra la pared y decidió que ya había tenido bastante. El abrazo con que Molly le tenía apretada la cintura era tan sólido que tuvo dificultades en hacer que lo soltara. Solo pudo librarse de él cuando echó el puño hacia atrás y se lo hundió en el vientre. Esto hizo que ella se plegara en dos y riera con más fuerza que nunca. Benny la contempló con su media sonrisa, medio fruncimiento de cejas, mientras trataba de pensar qué debía hacer. Todavía no había resuelto nada cuando vio que alguien estaba junto a él. Era Christine Bigbee.

—Nunca vi a nadie que riera de este modo —dijo él, perplejo, señalando a Molly—. Estaba jugando con mis botones, y yo la agarré y forcejeé un poco con ella, y entonces se lanzó. Y desde entonces ha estado riendo hasta casi caérsele la cabeza, como ahora. ¿Qué cree que sucedería si le contara algunos de los chistes que conozco?

Cuando terminó de hablar se volvió y miró a Christine por primera vez.

—¿Quién es usted? —preguntó.

Christine se arrodilló junto a Molly.

—Soy Christine —le respondió—. ¡Molly! ¡Molly! ¿Te sientes bien?

Molly se volvió, riendo aún, y reconoció a Christine.

—¿Qué estás haciendo ahí, Christine?

—Charles se fue, y pensé que podía venir y pasar la noche aquí. Pero no sabía que tenías visitas.

—Ese es Benny —dijo Molly, señalándolo—. ¡Nos hemos estado divirtiendo magníficamente! ¡Hace las cosas más graciosas del mundo!

Christine se puso de pie.

—Quizá será mejor que me vuelva a casa.

—No, no hagas eso, Christine. —Se aferró a las piernas de su amiga—. ¡Por

favor, no te vayas! —Mirando a Benny, se lanzó en una nueva convulsión de carcajadas—. ¡Benny, esta es Christine!

Guiñando un ojo, Benny se acercó a Christine caminando de costado. Eran casi de la misma estatura, y él parecía menos bajo y regordete con Christine que junto a Molly.

—¿Cómo le va, Christine? —dijo, dándole una palmadita en las caderas—. ¿Cómo está la chica?

XII

Molly estaba todavía demasiado débil para caminar sin ayuda, pero, con la colaboración de Benny y Christine, fue a su cuarto y se acostó en la cama. Solo rio una vez más durante el cuarto de hora siguiente, y fue simplemente un hipo involuntario que no agravó su convulsión. Christine estaba sentada junto a ella, en la cama, sosteniéndole la mano con simpatía. Benny, derrumbado en una silla, parecía abatido y desconsolado, a pesar de su habitual expresión de querube. No se le había dirigido la palabra desde que entró en la alcoba de Molly, y, de mala gana, llegó a la conclusión de que no ganaría nada con seguir quedándose. Estaba a punto de levantarse cuando Molly giró sobre sí misma, en la cama.

—Necesitamos algunas inyecciones, Christine —dijo animadamente—. Eso nos hará sentir mejor y dará más vivacidad a la reunión.

Christine lanzó una mirada tímida a Benny.

—Él está todavía aquí, Molly —dijo en voz baja—. Está sentado allá, en una silla.

—Benny se lo merece —le replicó Molly—. Quiero compensarle por haber tenido ante él uno de mis accesos de risa y por haberlo desilusionado. Fue una verdadera lástima que haya tenido que fallarle como lo hice. Pregúntale si quiere una inyección, Christine.

—No podría, Molly —protestó ella—. No lo conozco lo suficiente como para preguntárselo. Es un desconocido para mí.

—No es ningún desconocido... No es más que Benny. —Agitó la mano en dirección del hombre—. Ve y pregúntaselo, Christine. No es nada.

Benny se enderezó en el asiento con renovado interés. No podía oír toda la conversación, pero había escuchado lo suficiente como para saber que hablaban de él. Una leve sonrisa apareció en su redondo rostro regordete.

—Sería una maldita lástima no hacerlo participar —observó Molly—. No me gustaría tratarlo de ese modo.

Christine miró otra vez a Benny. Este se movió esperanzadamente hasta quedar sentado en el borde de la silla.

—Abre el cajón de arriba y saca lo-que-tú-ya-sabes, Christine, y la botella está en el suelo, detrás del baúl.

Mientras Christine tomaba la jeringa del cajón del tocador y buscaba la botella del líquido vitamínico, Benny se puso de pie para poder ver qué hacía. Se mostró intrigado mientras la seguía al pie de la cama y la observaba llenar la jeringa.

En cuanto Christine estuvo preparada, Molly se acostó boca abajo. Christine le hundió inmediatamente la aguja en la carnosa nalga.

—¡Maldito sea! —exclamó él con la boca abierta.

Cuando Christine terminó, Molly se levantó y le preparó una inyección. Christine se sentó y se negó a volverse, pero Molly la empujó y la sostuvo hasta que pudo clavarle la aguja.

Benny lanzó un silbido.

—¡Qué les parece! —dijo en voz alta.

En cuanto la aguja fue retirada, Christine se levantó presurosamente.

—¡Oigan! —exclamó él, sonriendo con inseguridad—. ¿Qué demonios están haciendo?

—¿No te han puesto nunca una de estas inyecciones, Benny? —le preguntó Molly.

—¿A mí?... —Sacudió la cabeza lentamente—. Nunca las conocí. ¿Es algo nuevo?

Molly le hizo una seña con el dedo.

—Ven aquí, Benny —le dijo sonriendo—. Si nunca te han dado una, pasarás ahora un buen rato.

Sacudiendo la cabeza con decisión, Benny retrocedió. Molly lo tomó del brazo y lo arrastró hacia la cama. Christine entregó a Molly la jeringa, nuevamente llena.

—¿Qué es eso? —preguntó él, temblando de miedo—. ¿Qué le hace a uno?

—Te proporciona vitaminas, Benny —explicó ella—. Te agradará. Una vez que recibes una inyección de estas, quieres más. Te llena de toda clase de energías.

Es por eso que Christine y yo nos las aplicamos continuamente.

—Me he estado sintiendo perfectamente vigoroso desde que llegué. —Se pasó con nerviosidad la mano por la calva—. ¿Duele?

—Es claro que no. —Lo atrajo más hacia sí—. Te hace sentir tan bien que, cuando todo ha terminado, ni te acuerdas de la aguja. Vamos, ven aquí, Benny.

—Eso está bien para ustedes, chicas —dijo él, tratando de escabullirse—. Yo no necesito un estimulante. Siempre tengo más energía de la que puedo usar.

Quizás alguna otra vez...

Molly lo tomó firmemente del cinturón para impedirle que escapara.

—No arruines la diversión, Benny —le reprendió—. Tenía entendido que eras uno de los muchachos. ¿No quieres divertirte con Christine y conmigo?

Benny miró a Christine.

—Ya lo creo que sí. Pero no necesito que me claven una aguja para...

Molly lo tendió sobre la cama. Él forcejeó mientras ambas mujeres lo retenían así como estaba, acostado de boca, pero, cuando Christine se sentó a horcajadas sobre su espalda, dejó de revolverse, y Molly pudo clavarle la aguja. Gritó con todas sus fuerzas cuando se sintió herido por la aguda punta, y ambas mujeres necesitaron de todas sus energías para mantenerlo acostado. Después de haberle inyectado el líquido, lo soltaron. Benny saltó de la cama e inmediatamente se enredó en los pantalones y cayó de bruces al suelo. Se levantó en el acto y comenzó a correr por el cuarto, frotándose las carnes para disipar la punzante sensación. Molly cayó de espaldas en la cama y se rio de él hasta estremecerse.

Jadeante, sin aliento, Benny llegó al pie de la cama y se apoyó contra ella para sostenerse.

—¡Qué diversión! —exclamó, mientras su habitual expresión sonriente retornaba a su rostro.

—Eso hará que todos nos sintamos mucho mejor —afirmó Molly—. En cuanto descanse un poco me sentiré tan alegre como un arrendajo en el techo de un galpón de desmotar algodón. —Señaló la puerta—. Christine, lleva a Benny a la sala y entreténlo por un rato. Yo me levantaré muy pronto.

Cuando se fueron, Molly permaneció acostada, quieta, durante media hora. Christine y Benny no hicieron ruido alguno en la sala mientras ella descansaba, y, cuando se levantó y se puso el peinador verde, la casa estaba tan silenciosa que temió que se hubieran ido, dejándola sola. La puerta de la sala se encontraba cerrada. Molly se quedó en el vestíbulo unos minutos, escuchando, pero no pudo oír siquiera un murmullo. Abriendo la puerta cautelosamente unos centímetros, atisbó en el interior. Christine y Benny estaban juntos en el sofá rojo. No la vieron y, sintiéndose alternativamente iracunda y curiosa, los observó durante largo rato. Christine tenía el cabello suelto, y sus zapatos habían caído al suelo. Un brazo pendía a un costado del sofá, y de tanto en tanto levantaba la mano y chupaba el cigarrillo que estaba fumando. Herida, sintiéndose desdichada, Molly estaba a punto de cerrar la puerta y dejarlos solos por un rato más, cuando alguien golpeó

ruidosamente en la puerta del frente. El golpe fue tan estrepitoso que Christine también lo oyó y se puso de pie de un salto. Había una expresión de terror en su rostro. Molly entró rápidamente y cerró la puerta tras sí.

—¡Oh, mi Dios! —musitó Christine roncamente cuando la vio—. ¿Cuánto tiempo estuviste ahí, Molly? —Oyeron nuevamente los golpes en la puerta—. ¿Quién es, Molly? ¡Podría ser Charles... puede que haya regresado! ¿Qué haremos?

—Quizá será mejor que te ocultes en alguna parte, Christine. Ve a esconderte en el ropero de Lily... ¡Pero apresúrate!

Benny parecía aturdido. Trató de seguir a Christine, pero Molly lo tomó del brazo y lo retuvo.

—Cálmate, Benny —susurró.

Esperó hasta que Christine tuvo tiempo suficiente para encontrar el ropero, y solo entonces se dirigió al vestíbulo. Benny, con la sonrisa debilitada, se colocó detrás de la mesa del centro.

Cuando ella abrió la puerta, se sorprendió de ver a Pete Peebles, uno de los policías nocturnos. Se sintió aliviada al ver que, en fin de cuentas, no era el reverendo Bigbee, pero no pudo imaginarse qué hacía Pete allí. Este era un hombre alto, de palabra lenta, de unos treinta años de edad. Molly no lo había visto desde que se fue de la pensión de *Mrs.* Hawkins.

—Hola, Molly —saludó amistosamente—. ¿Cómo te va?

—Hola, Pete —respondió ella, tratando de pensar por qué habría ido a visitarla a esa hora de la noche—. ¿Ocurre algo?

—Bien —dijo él con su pronunciación lenta y arrastrada—, no lo sé con exactitud. Eso es lo que he venido a averiguar, Molly.

—¿Averiguar qué?

—*Mrs.* Trotter telefoneó a la comisaria y dijo que quería que viniera inmediatamente para arrestar a un puñado de personas.

—¿Aquí... a mi casa?

—Exactamente, Molly. —Su expresión cambió y meneó tristemente la cabeza—. Lamento tener que molestarte, pero cuando alguien se queja...

—¿Qué clase de queja se ha presentado, Pete?

—Conducta desordenada, Molly.

—¿Lucy Trotter la presentó?

Peter asintió con melancolía.

—Yo no le he hecho nada... Ni siquiera me permito mirar a Clyde Trotter cuando pasa ante la casa, y no sé por qué tiene que molestarme como lo hace.

—Los ojos se le llenaron de lágrimas—. No soy mala... no soy mala. Soy como cualquier otra mujer. Hago lo posible por ser buena. Ella tiene un viejo resentimiento contra mí porque alguna vez recibí visitas de Clyde, cuando vivía en lo de *Mrs. Hawkins*. Pero ya no lo hago más. Ni siquiera me permito mirarlo...

—Quizá será así, Molly, pero ella dijo...

—¿Qué dijo, Pete?

—Dijo que miró por la ventana y que vio a tres personas alborotando.

—Pete bajó la mirada—. Lamento tener que molestarte, Molly, y no lo habría hecho si hubieran sido dos personas, pero tres que escandalizan constituyen algo un poco extraordinario, y yo tengo que investigar ese tipo de acusaciones. Si no lo hiciera, perdería mi puesto en un santiamén. Tú lo sabes, Molly, ¿no es verdad? No es ninguna cuestión personal.

—Si la gente me dejara tranquila y me ayudara un poco además, me las arreglaría perfectamente. Pero, en cambio, siempre me están creando dificultades. Lucy Trotter ha hecho todo lo que se le ocurrió para expulsarme del pueblo. Incluso trató de que Jamie Denton me echara de esta casa. Tengo unas ganas enormes de ir ahora mismo allá y...

—Vaya, un momento, Molly —interrumpió Pete—. Eso no solucionará en nada este asunto, y posiblemente empeore las cosas. Lo único que tengo que hacer es entrar, echar una ojeada en torno, investigar un poco, y luego regresaré a la comisaría y te dejaré en paz. Estaré cumpliendo con mi deber y al mismo tiempo podré decir que no he encontrado a nadie que se comporte desordenadamente. *Mrs. Trotter* no podrá obtener nada con un informe así. ¿No te parece?

—No, quizá no —convino ella—. Entra. Te presentaré a mi visitante.

Entraron en la sala. Benny se paseaba por ella, pero cuando vio la insignia de la camisa de Pete, se detuvo en seco.

—Este es mi visitante, Pete —dijo Molly—. Es Benny, viene de otra ciudad. Es uno de los muchachos.

—¿Se trata de un allanamiento? —preguntó Benny ansiosamente a Molly. Molly meneó la cabeza.

—Pete ha venido a investigar, nada más —le aseguró.

—¿Qué desea investigar? —quiso saber él—. No he hecho nada que necesite ser investigado.

— ¿Dónde está la otra mujer, Molly? — preguntó Pete como al descuido.

— ¿Qué otra mujer, Pete?

— La otra que *Mrs. Trotter* dice haber visto desde su ventana. Dijo que te vio a ti y a un hombre calvo y grueso y a otra mujer, los tres saltando en la cama y corriendo por el cuarto.

— Estaba viendo doble, eso es todo — dijo Molly, desechándolo todo con una agitación de la mano—. ¿No es verdad, Benny?

Este asintió rápidamente y continuó observando con suspicacia a Pete.

— Benny y yo no hacíamos más que divertirnos un poco, amistosamente. Ya sabes qué ocurre, Pete, cuando visitas a una chica. Todos quieren divertirse un poco, amistosamente, y jugar. No hay ninguna ley que lo prohíba, ¿no, Pete?

— Existe esa ordenanza que pena el desorden, y parece que se la puede interpretar de modo que lo abarque casi todo.

— Siempre me he ufano de que mi conducta era ordenada. Esta es la primera vez en mi vida que alguien se ha quejado de mí a la policía.

— Quizá *Mrs. Trotter* se refería a Lily — dijo Pete lentamente—. ¿Dónde está Lily?

— Lily ha salido a pasear. No ha estado aquí en toda la noche.

— Bueno, no sé quién puede haber sido la otra mujer, entonces — admitió él—. Si no hay aquí nadie más que ustedes dos, pues no ha sucedido nada. No voy a arrestar a un hombre y una mujer porque estén corriéndola en su propia casa; me haría parecer terriblemente tonto. Volveré y presentaré un informe, diciendo que he investigado y que no descubrí ninguna conducta desordenada de dos mujeres y un hombre, como *Mrs. Trotter* dijo que la vio por la ventana.

Se encaminó a la puerta. Cuando llegó al vestíbulo se detuvo.

— Pero, de todos modos, quizá debería echar una mirada en torno.

— Vaya, Pete — dijo Molly corriendo hacia él—, no pierdas tu tiempo de este modo. Ya puedes ver que no hay nadie más que Benny y yo. — Pasó un brazo por el de él y lo acompañó hasta la galería—. Alguna vez, cuando tengas tiempo, ven a visitarme, Pete. Estoy en casa casi todas las noches, y siempre me ha agradado tener visita. Hazlo, Pete. ¿Eh?

— Bueno — respondió él lentamente—, ya lo creo que me gustaría, Molly. Pero no podría quedarme mucho tiempo. Tengo que presentarme en la comisaría una vez por hora.

— Bueno, no lo olvides — rogó ella apretándole el brazo.

—No creo que me olvide —contestó él.

Molly esperó en la galería hasta que Pete descendió los escalones y desapareció en la oscuridad. Luego entró apresuradamente en la casa.

Benny no estaba en la sala. Lo buscó en su habitación, y tampoco estaba allí. Mientras se dirigía a la cocina oyó voces bajas, apagadas, en el cuarto de Lily. Abriendo cautelosamente la puerta, miró hacia adentro. La luz no había sido encendida, pero distinguió los contornos de los cuerpos de Benny y Christine.

—Estoy mortalmente asustada, Molly —murmuró Christine, con tono de espanto—. Sé que ahora Charles se enterará de todo esto. Y tú sabes qué ocurrirá... ¿Qué haré, Molly?

—Nada —respondió esta confiadamente. Se sentó en la cama con ellos—. Pete Peebles no descubrió nada, y Lucy Trotter no sabe que eras tú la mujer que vio, o le habría mencionado tu nombre. Además, no estábamos haciendo otra cosa que tomar inyecciones, y me gustaría que Lucy Trotter tratara de hacer pesar su acusación en base a eso. Todos necesitan recibir tratamiento médico de tanto en tanto.

—¿Estás segura de que nadie se enterará de mí, Molly? ¿Estás segura de que ese policía no supo que yo estaba aquí?

—Por supuesto. Vamos, deja de preocuparte, Christine. —Se puso de pie y se dirigió a la puerta—. Ven, Benny. Volvamos a la sala.

Ni Benny ni Christine hicieron ademán de levantarse.

—Si te es lo mismo, Molly —dijo él como disculpándose—, me quedaré aquí. —Se pasó la mano por la calva con un movimiento nervioso—. Quiero hablar con ella de algo.

Molly regresó al centro de la habitación.

—¿Qué dijiste?

Benny repitió lo que había dicho.

—No te molesta, ¿no es cierto, Molly? —preguntó Christine.

Molly guardó silencio. Por primera vez advirtió que Benny y Christine deseaban estar a solas y que no querían que ella los importunara. Sin contestar, salió de la estancia y fue al vestíbulo. Luego de entrar en su cuarto, se sentó en la cama y escuchó las voces bajas, ahogadas, que sonaban en la alcoba de Lily. Cada ruido que producían la hería un poco más, y pronto se sorprendió llorando. Sabía que Christine tenía aspecto más juvenil y más bello que ella, pero era lo último que habría admitido. De pronto se sintió cubierta por una oleada de resentimiento.

Benny había venido a verla a ella, y Christine no tenía derecho a inmiscuirse y arrebatárselo. Apagó la luz, se acostó y hundió la cara en las almohadas.

Era pasada la medianoche cuando la despertó Lily, que se acostaba junto a ella. Se incorporó y sacudió a Lily.

—¿Qué estás haciendo aquí, Lily?

—Hay alguien en mi cama, mamá. Son dos, y no quieren irse.

—¿Están todavía ahí?

—¿Quiénes, mamá? ¿Quiénes son?

Molly se acostó otra vez.

—No importa. Duérmete.

Apretó el rostro contra las almohadas y volvió a llorar.

Después no pudo dormirse, y faltaba poco para el alba cuando saltó de pronto de la cama y se puso la bata verde. Atravesó el vestíbulo en dirección al cuarto de Lily. Benny se había dormido, pero Christine se incorporó, completamente despierta, cuando vio entrar a Molly.

—¿Qué ocurre, Molly? —preguntó.

—Ya deberías saber qué ocurre —replicó Molly furiosamente—. Después de todo lo que he hecho por ti, no veo cómo puedes tratarme de este modo. Hemos sido como hermanas hasta ahora.

—¿Qué he hecho, Molly?

—Lo has retenido para ti durante toda la noche, eso es lo que has hecho.

Benny vino a visitarme a mí. Luego apareciste tú, y esto es lo que ocurrió. No pude pegar los ojos durante toda la noche. Es una cosa atroz la que has hecho, Christine. Nunca te lo perdonaré. Y éramos tan grandes amigas...

—Pero, Molly, tú no comprendes...

—¿De qué sirve presentar excusas? —exclamó ella, llorando amargamente—. De todos modos, ya es de día.

Benny se volvió y las miró con expresión soñolienta. Se levantó, apoyándose en el codo, contempló unos instantes el cuarto desconocido y luego miró otra vez a Christine y a Molly. Una sonrisa insegura apareció en su cara redonda.

—¡Hola! —dijo tímidamente a Molly.

Esta no respondió.

—Tengo que apresurarme —dijo Christine observando la aurora a través de la ventana—. Ya casi es de día y tengo que regresar a casa antes de que se levante nadie que pueda verme. Es preciso que llegue antes que Mamie, porque si no ella

se dará cuenta.

Benny también comenzó a levantarse. Se movió a tientas, torpemente, con los ojos cerrados. Molly no dijo nada hasta que él y Christine se dirigieron hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó punzantemente a Benny.

Benny lanzó una mirada a Christine.

—Tengo que irme, Molly —respondió con un acento de disculpa, acercándose cada vez más a la puerta, como si temiera que ella le impidiese salir—. De veras, tengo que salir con ella. Si me quedara, no me restaría siquiera una esperanza agujereada. Tú sabes cómo son estas cosas, Molly.

Siguió a Christine al vestíbulo. Molly fue detrás de él con paso majestuoso y expresión hosca.

—¡Eres como todos los otros, maldito seas! —gritó, ofendida—. Al principio hablas muy bien, y luego, cuando aparece algo mejor con faldas, me abandonas. ¡Todos ustedes son iguales, hombres del infierno! ¡Ojalá no vuelva a ver jamás a un hombre mientras viva! ¡He terminado con todos ustedes! ¿Me oyes? ¡Maldito seas!

Los contempló con los ojos arrasados en lágrimas hasta que desaparecieron de la vista, y luego dio un portazo con todas sus fuerzas y se encaminó a su habitación. Pasó por sobre el cuerpo dormido de Jethro, se detuvo y lo miró. Luego, después de propinarle un salvaje puntapié, se arrojó sobre la cama y lloró desalentadamente.

XIII

Cuando el banco cerró, a las tres de la tarde, uno de los empleados que contabilizaban las operaciones bancarias dijo a Claude que su tío Frank quería verlo. Mientras se dirigía a la oficina privada de su tío, situada en la parte posterior del edificio, se preguntaba si le habrían encontrado algún error en sus cuentas, y trató de pensar cómo habría ocurrido. Frank Stevens, que era presidente y dueño principal del Banco Nacional Agrícola, muy raramente le hablaba durante las horas de trabajo, y Claude había sido llamado a su oficina solamente en dos o tres oportunidades, durante los cuatro años que hacía que trabajaba allí.

—Siéntate, hijo —le dijo su tío afablemente cuando él entró en la oficina y cerró la puerta tras de sí. Claude se sentó y contempló con aprensión el rostro de su tío. Frank Stevens, que era un hombre corpulento, carnoso, sesentón, que siempre llevaba camisas blancas almidonadas y trajes grises bien cortados, se dirigió a la ventana y se quedó allí, de espaldas al cuarto. Sin volverse, preguntó a Claude cómo le iba con su trabajo. El joven le respondió que creía que le iba perfectamente bien.

—¿Te agrada el trabajo bancario, Claude? —preguntó, volviéndose repentinamente y encaminándose a su silla, ubicada ante el escritorio.

—Sí, señor, tío Frank —repuso Claude inmediatamente.

Frank abrió una gaveta y extrajo una caja de cigarros.

—Supongo que te estarás preguntando por qué te hice llamar, ¿no es verdad, Claude? —inquirió, mirando directamente a su sobrino.

—Sí, señor —respondió Claude con inquietud.

—Tus cuentas están perfectamente —declaró con tono práctico—. No se trata de nada de eso. Has demostrado ser un valioso empleado para el banco.

Claude se recostó por primera vez contra el respaldo del asiento. Tomó el cigarro que le ofrecía su tío y lo encendió con manos firmes.

—Quería hablarte ayer, cuando cerró el banco, pero a último momento estuve ocupado y, cuando terminé, ya te habías ido. —Frank encendió su cigarro y lanzó el fósforo apagado al cenicero que tenía sobre la mesa de trabajo—. Esta es una cuestión personal, hijo, y puedo decirte en pocas palabras de qué se trata. Se refiere a tu futuro, cosa sumamente importante, en estos días, en la vida de un

joven.

Claude asintió, preguntándose qué impulsaría a su tío a analizar su futuro.

—Tengo formulados proyectos para ti, hijo —dijo Frank, mirándolo—.

Henry Phillips, que me ayudó a abrir este banco hace casi treinta años, quiere retirarse a fines de este. No está muy bien de salud últimamente y quiere descansar un poco. Yo también estoy envejeciendo. Antes de que pueda darme cuenta, cumpliré los sesenta y cinco. Uno de estos días tendré que retirarme y dejar que un hombre más joven ocupe mi lugar. Naturalmente, quiero que el banco siga perteneciendo a mi familia, y, por lo tanto, me gustaría que reemplazaras a Henry. Al cabo de algunos años más de experiencia estarás en condiciones de ocupar efectivamente el puesto. Así me gustaría que sucedieran las cosas. ¿Qué te parece?

—Me parece terriblemente bueno, tío Frank —contestó Claude, entusiasmado—. ¿Cuándo se retirará *Mr. Phillips*?

—Me agradecería que te hicieras cargo del trabajo de Henry el primero de enero.

Claude, ya completamente a sus anchas, hundió su cuerpo en el sillón de cuero verde y cruzó las piernas. Había esperado ser ascendido algún día a cajero, pero nunca confió en que el ascenso viniera tan pronto.

—Me das bonísimas noticias, tío Frank —dijo, agradecido—. Tenía la esperanza de que alguna vez se me presentara una oportunidad así.

Frank Stevens apoyó los pies en el escritorio, se metió el cigarro en un ángulo de la boca y entrelazó las manos por detrás de la cabeza. Luego, echándose hacia atrás, observó a Claude.

—Magnífico, hijo —dijo lenta y deliberadamente—. Pues bien, ahora hay una sola cosa que se interpone en nuestro camino.

—¿Cuál, tío Frank?

—La gente no deposita su dinero en un banco, a menos que tenga confianza en las personas que lo dirigen. —Hizo una pausa y chupó su cigarro mientras contemplaba a Claude—. He visto fracasar muchos bancos durante mi vida como para no saber que ese es uno de los primeros principios del éxito en la banca. Conozco a hombres que irían incluso más allá y dirían que es el principio más importante. Sea como fuere, nos hemos labrado un buen nombre en esta comunidad, y la gente tiene ahora confianza en nosotros. Nos fueron necesarios treinta años de honradas prácticas bancarias para alcanzar el lugar que ocupamos, y no quisiera perderlo.

—Tienes razón, tío Frank —convino Claude instantáneamente—. Tampoco yo querría ver herida la reputación del banco.

Frank sostuvo el cigarro sobre el cenicero e hizo caer la ceniza con el meñique.

—Me alegro de que lo digas, porque lo que tú hagas tiene mucho que ver con el futuro del banco. El comercio responsable de Agrícola se sentirá satisfecho de saber que nuestras normas bancarias no variarán cuando Henry y yo nos retiremos. —Volvió a echarse hacia atrás y apoyó otra vez la cabeza en las manos entrelazadas—. Lo único que podría arruinar el banco de la noche a la mañana sería que tú te salieras del lugar que te corresponde y te casaras con la hija de Molly Bowser. —Se interrumpió y observó cómo cambiaba la expresión de Claude—. Yo lo sé —continuó—. Todo el pueblo lo sabe ya. Más todavía: todo el pueblo sabe que hace apenas unas semanas fue anunciado tu compromiso con Bessie Allbright. Ese habría sido un matrimonio ideal, hijo, y quiero que medites y que decidas en cuánto tiempo te será posible olvidarte de ese enamoramiento y casarte con Bessie. Eso es lo único que puedes hacer.

—Pero, tío Frank... —protestó Claude.

—Contemplémoslo desde otro punto de vista, hijo. Me siento apenado por Molly Bowser, como me siento apenado por cualquier otra viuda que haya quedado sola y sin medios para mantenerse decentemente, pero mi simpatía resulta malgastada en su caso. Tuvo un comienzo desdichado en la vida y le ha sido imposible superar ese obstáculo, pero siempre será lo que es ahora: una mujer que no puede y no quiere adaptarse a la forma convencional de vida del mundo. Siempre habrá mujeres como ella, pero no estamos obligados a aceptarlas como nuestros iguales sociales. Molly Bowser se vendería sin meditarlo más que tú y yo cuando quisiéramos beber un vaso de agua. Y, lo que es más, vendería a Lily con tanta presteza como se vendería a sí misma. Una muchacha que ha sido educada con tales normas de vida no pertenece a tu clase, Claude. Sé lo que estás pensando. Piensas que quieres casarte con Lily y que Molly Bowser no tiene nada que ver con ello. Pero te equivocas, hijo. Si te casas con la hija tendrás a la madre de suegra. Lo que ella hace en la casa de la calle Muscadine es ya voz común. Los conductores de taxímetros llevan allí hombres que buscan diversión. Además de lo cual, el hermano de Putt Bowser está viviendo ahora con ella, y, por lo que he oído hablar de Jethro, no hay mucho que elegir entre él y Molly. Ella tendrá que mudarse de allí antes de que pase mucho tiempo y solo tiene un lugar adonde ir, es decir, una

de esas casas del barrio sur. Y bien; ¿pretenderás todavía que te agradaría que tu suegra tenga una casa en el Hoyo?

Claude guardó silencio durante largo rato. Sabía que todo lo que había dicho su tío era cierto y había estado tratando de impedir que la verdad le torturara mentalmente desde que comenzó a salir con Lily. Pero, aun así, no tenía intención de abandonar a la joven, aunque eso significara perder la oportunidad de ocupar el lugar de su tío en el banco. Se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas, y se cubrió el rostro con las manos.

—¿Qué me dices, Claude? —preguntó Frank.

—No podría hacerlo, tío Frank —respondió el joven con firmeza—. Ya no quiero casarme con Bessie Allbright. Eso ha terminado. Estoy decidido en ese sentido.

—¿Crees que quieres casarte con Lily?

—Lo sé.

—¿Conoces el apellido de la muchacha?

—Es Purvis, ¿verdad? —respondió él con incertidumbre—. Ese era el apellido de la madre antes de que se casara con Putt Bowser.

—Ese era, en efecto, el apellido de Molly, pero su apellido de soltera, porque nunca estuvo casada antes de casarse con Putt. La cuestión es: ¿cuál era el apellido del padre de Lily? No era Purvis, porque ese es el apellido de soltera de la madre.

—Si no es Purvis, entonces no lo conozco —admitió Claude, inquieto.

—No lo conoce nadie —dijo Frank—. Ni siquiera Molly. Molly nunca se casó con el padre de Lily, quienquiera fuese este.

—¡No lo creo! —exclamó Claude, furioso—. ¡No es cierto! ¡No puede ser!

—Yo lo sé todo, hijo —le dijo Frank bondadosamente—. Conozco toda la sórdida historia. Nació hace mucho tiempo, en la parte inferior del distrito, en la granja de Satterfield. Hay también muchos otros que están enterados de los hechos. No creo que sea justo culpar a Lily de los pecados de su madre, pero, de todos modos, ha vivido mucho tiempo bajo la influencia de Molly como para estar libre del estigma. Si Lily estuviese sola en el mundo, yo te diría que siguieras adelante con tu proyecto y te casaras con ella, porque en un nuevo ambiente se convertiría en una persona distinta y porque cualquier mujer puede superar, si quiere, cualquier hecho de su pasado. Incluso la propia Molly podría llegar a ser una mujer respetable si se encontrara en un medio diferente, pero ¿quién se tomaría ahora el trabajo de procurárselo? Nadie. El momento oportuno de hacerlo

fue hace veinte años, y me culpo a mí mismo, entre otros, por no haberla sacado de la granja Satterfield y de los otros lugares en que vivió. No, ahora tiene a Lily en un puño y más tarde o más temprano su hija seguirá sus pasos. Y tú sabes, tan bien como yo, adónde conducen.

—No es culpa de ellas —replicó Claude—. Putt Bowser murió sin dejarles nada. Y solo porque son pobres...

—No culpemos a Putt de lo que es Molly. Lo era ya mucho antes de casarse con Putt. Los hombres como Putt carecen simplemente de la fuerza de carácter necesaria para mejorar a una mujer como Molly.

—Te equivocas de medio a medio, tío Frank. Lily no se parece a su madre. Es distinta.

—Quizás, hijo. Pero ¿a qué arriesgarse? ¿Por qué no obrar sobre seguro y casarse con una muchacha como Bessie Allbright, de quien puedes estar seguro de que no te deshonrará ni arruinará tu carrera bancaria? ¿No te das cuenta del daño que podría hacerte Lily? ¿No lo entiendes?

Claude sacudió la cabeza.

—No, no lo entiendo, tío Frank —dijo resueltamente. Se levantó y se dirigió a la puerta—. Estoy dispuesto a correr el riesgo. Es mi vida. Y, si me equivoco, afrontaré las consecuencias.

Había llegado hasta la puerta y tenía la mano sobre el tirador cuando Frank levantó el brazo y le hizo señas de que volviera.

—No te vayas todavía, hijo —pidió, frunciendo el entrecejo—. Ven y siéntate.

Mientras Claude regresaba al mullido sillón de cuero verde, Frank reencendió su cigarro.

—Creí que podría convencerte sin ir más allá —dijo—, pero ahora veo que no podré detenerme. Eres tan difícil de persuadir como cualquier Stevens que ha adoptado una decisión.

No hablaron durante unos instantes.

—Si lo que te dije acerca de Molly Bowser no te produce impresión alguna, quizá te la producirá lo que te diré acerca de Lily.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Claude, levantando la mirada.

—Conoces al doctor Logan, por supuesto.

—Sí, señor. ¿Qué hay con él?

—¿Te ha mencionado alguna vez Lily el nombre del doctor Logan?

Claude sacudió negativamente la cabeza.

—Creo que no.

—Supongo que tienes conocimiento de su reputación en lo que respecta a ciertas muchachas y mujeres jóvenes, casadas, del pueblo.

—He oído murmuraciones —contestó Claude—. Todos las han oído. Por supuesto, no sé si son ciertas.

—¿Sabías que Lily le ha visitado en su consultorio a horas avanzadas de la noche?

De pronto Claude sintió secos los labios. Se los humedeció con la lengua.

—¿A qué te refieres, tío Frank?

—Durante los diez o doce años pasados el doctor Logan se las arregló para fascinar a una mujer joven tras otra. Ellas siempre comienzan visitándole por un dolor de cabeza o una enfermedad sin importancia y muy pronto, después de la primera visita, vuelven a intervalos regulares, generalmente a altas horas de la noche, por lo común entre las once y las doce. Nadie ha sido capaz de demostrarlo porque, por algún motivo, las mujeres no quieren hablar de ello, pero existen buenas razones para creer que obtiene sus favores administrándoles drogas o inyecciones, probablemente narcóticas, que producen el efecto por él deseado. El doctor Logan ha sido amenazado y sometido muchas veces a averiguaciones, pero hasta ahora nada se ha probado contra él. Del mismo modo podría presentarte a una docena de madres y padres, y también de esposos, que respaldarían cada una de las palabras que he pronunciado. Algunas cosas se tornan evidentes por sí mismas después de haberse repetido un número suficiente de veces.

—Lily no haría tal cosa, tío Frank —dijo Claude con seguridad—. Sé que no lo haría. No es de esa clase, tío Frank.

—No existe distinción de clase ni de cosa alguna. Tienen nombres distintos, eso es todo.

—Digas lo que digas, no creo que Lily hiciera tal cosa. No lo creeré.

—Estuvo en su consultorio desde las diez y media hasta las doce y cuarto, una noche de la semana pasada.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo medios de enterarme de lo que quiero saber.

—¿Qué hacía allá?

—Lo que todas hacen siempre en esas circunstancias.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que dije, hijo.

—Bueno, pues no lo creo.

—Algún día lo creerás.

Claude se frotó el rostro y la frente. Se sorprendió de notar cuán fría y húmeda tenía la piel. No quería creer lo que le acababa de decir su tío, pero, cuanto más tiempo permanecía sentado allí, cuanto más pensaba en ello, tanto más inseguro se sentía.

—No puede ser verdad, tío Frank —insistió, con voz tensa—. ¡No puede ser!

—Lo imposible ocurre continuamente en la vida, hijo.

—Lily no se relacionaría con el doctor Logan.

—Pero lo hizo.

—¡Se lo preguntaré!

—Entonces prepárate para lo peor.

Claude se cubrió el rostro con las manos durante un instante y luego se puso de pie de un salto y se dirigió a la ventana. El sol de las últimas horas de la tarde era brillante, cegador, y le recordó la primera vez que salió a pasear al campo con Lily. Se apartó de la ventana y volvió al otro lado de la oficina.

—Ahora no sé qué hacer —dijo con acento de impotencia—. No creo que Lily me engañara. —Comenzó a pasearse sin rumbo por el cuarto—. No sé si creerte o no. Ahora no quiero creer a nadie. Ahora no sé si podría creer nada que me dijera Lily.

—Me costó mucho trabajo decir lo que dije, hijo —declaró Frank—. Tenía la idea de que podría convencerte sin decírtelo, pero no me fue posible. Por eso tuve que mencionártelo finalmente.

—Alguien debería expulsarle del pueblo... ¡Alguien tendría que matarle!
—exclamó Claude con cólera.

—No es la primera vez que escucho las mismas palabras. Están comenzando a resultar familiares en todo el Distrito Cherokee.

—¿No hay alguna forma de detenerlo, tío Frank?

—Por supuesto. Encuentra a alguna persona que declare contra él y lo más probable es que se pase un tiempo considerable entre rejas, en una modernísima celda.

Claude volvió nuevamente a la ventana y contempló el sol poniente.

—No sé qué haré —dijo, de espaldas al cuarto.

—Ven aquí y siéntate, hijo —pidió Frank bondadosamente. Esperó hasta

que Claude le obedeció—. Ahora estás excitado y trastornado. Cuando hayas tenido tiempo para pensar racionalmente en todo esto, podrás adoptar una decisión. Eso no me preocupa. Y, cuando haya llegado el momento, dile a Lily lo que has resuelto. No te fijas mucho en la cuestión de herirle los sentimientos o no. Ella es joven todavía y habrá muchos otros hombres en su vida. Se repondrá más rápidamente de lo que piensas. Pero, eso sí, no dejes que la cosa se postergue demasiado. La única forma satisfactoria de resolver estas cosas es hablar inmediatamente y con toda claridad.

Se interrumpió y observó a Claude durante unos instantes. El joven contemplaba el piso.

—Y entonces, cuando todo haya terminado, vuelve a Bessie Allbright. Puede que al principio se muestre un poco indiferente, pero, cuando se dé cuenta de que quieres volver a ella, se le pasará.

Se levantó, se puso el sombrero y se encaminó a la puerta. Claude permaneció sentado.

—¿Cuánto tiempo te parece que necesitarán tú y Bessie Allbright para casarse? —preguntó Frank.

Claude no respondió.

—No esperes mucho, de todos modos —aconsejó Frank—. Necesitarás hacer un prolongado viaje de luna de miel a alguna parte, que dure algunas semanas, y después te será preciso un poco más de tiempo para establecerte en tu nuevo hogar. Me agradaría que todo eso estuviese hecho y concluido con tiempo de sobra para que ocupes el puesto de Henry Phillips el primer día del año que viene.

Esperó a que Claude contestara, pero, cuando advirtió la expresión del rostro de su sobrino, abrió rápidamente la puerta y salió.

XIV

Jethro se sentía tan desalentado que durante dos días no se mostró dispuesto a salir de la casa. En primer lugar, le fue imposible encontrar otros artículos o posesiones dejados por Putt que un par de botas de goma y el carrito de mano. Y, por otra parte, ya había gastado hasta el último centavo que se trajo desde el Distrito Woodbine. En dos oportunidades pidió a Molly que le prestase un dólar, cosa que ella se negó rotundamente a hacer. Además, dándose cuenta de que no le quedaba más dinero, Molly ignoraba significativamente su presencia. No le había dirigido la palabra durante dos días y llegó al extremo de olvidarse de ponerle el cubierto a la hora de las comidas. Lo poco que Jethro conseguía comer era lo que quedaba después de que ella y Lily terminaban de alimentarse. Llegó a perder incluso el interés en la pila de los desechos y no hacía más que estarse sentado, hora tras hora, en la galería trasera, contemplando los gorriones que revoloteaban en torno al papayo. Le molestaba pensar en tener que regresar a Woodbine, porque eso significaba volver a su antigua tarea de limpiar el establo, dar las lavazas a los cerdos y cortar leña para el fuego desde el alba al anochecer, siete días por semana. Había comenzado a gustarle la vida de pueblo y quería quedarse allí, donde se podía concurrir al salón de billares y sentir el olor del pescado que se freía en el café vecino.

Había perdido todas las esperanzas de convencer a Molly que se casara con él para conseguir de ese modo alimentación y techo, pero no desechó las esperanzas de convencer a Lily de que se casara con él para así poder optar al derecho de quedarse allí. Trató en varias oportunidades de encontrar a Lily a solas, para poder discutir con ella, pero hasta entonces la joven le esquivó cuidadosamente.

Esa noche, por primera vez en casi una semana, Claude Stevens no acudió a buscarla para llevarla a pasear, y Jethro advirtió que Lily estaba inquieta y preocupada. Se había vestido para salir con Claude y a las nueve de la noche, cuando el joven no apareció, salió a la galería trasera y se sentó en una de las mecedoras. Estuvo melancólicamente silenciosa durante largo rato y Jethro acercó su silla a la de ella y le preguntó qué le ocurría. En cuanto le habló, ella comenzó a llorar. Un poco más tarde le dijo que Claude no había ido a buscarla, y que

prometió hacerlo, y que temía que le hubiese sucedido un accidente.

Jethro esperó hasta que se hubo calmado y entonces acercó más su asiento.

Asustada, Lily contuvo la respiración cuando él se le acercó casi hasta tocarla.

— ¿Qué estás haciendo, tío Jethro?

— He estado pensando en algo de lo cual quería hablarte, Lily. Nunca estuve casado y pensé que no estaría mal hacerlo antes de que sea demasiado tarde. No tendría ningún inconveniente en casarme con la mujer que me convenga. Podría ser lindo. Lo único que no me gustaría hacer sería liarme con alguna mujer que me irritara constantemente. Preferiría evitarlo, ocurriera lo que ocurriese.

— ¿Has escogido ya a alguna, tío Jethro?

— Ya lo creo, Lily.

— ¿Quién... mamá?

— No — respondió él con rapidez —. No, ella no. No pensaba en ella para nada. En cierto modo tengo la sensación de que no haríamos buena pareja. A decir verdad, pensaba en una mujer mucho más joven.

— ¿Quién es, tío Jethro?

— Bueno, de eso precisamente se trata — respondió él nerviosamente —. Eso es lo que quería decirte. Y bien: puede ser que yo parezca un poco demasiado viejo, pero eso no es cierto ni con mucho. A veces me siento perfectamente bien y podría cumplir con mis deberes sin dificultad alguna. Lamentaría que creas que estoy alardeando, pero el hecho es que estoy positivamente seguro de que sería un buen esposo para ti, Lily.

— ¿Para mí? — dijo ella conteniendo la respiración, sorprendida —. ¡Pero tío Jethro; debes estar bromeando!

Él la tomó con brusquedad.

— ¡No, no estoy bromeando! Nada de eso. Lo que dije, lo dije en serio.

Lily rio.

— Tío Jethro, eres casi tres veces más viejo que yo. ¿No te parece eso gracioso? Tendrías que casarte con alguien como mamá, que tiene casi tu misma edad. Sería cómico que te casaras con una chica que va a cumplir diecisiete años.

— Eso no me molestaría en lo más mínimo — respondió él echándole el aliento al rostro y apretándola con más fuerza —. No me molestaría en absoluto.

— Pero a mí sí, tío Jethro — replicó ella —. Sería como casarse con... con... con el esposo de mamá. Me sentiría terriblemente ridícula.

—Eso no tiene nada que ver con la cuestión, Lily. Estoy completamente decidido.

—Pues yo no —dijo ella.

Trató de apartarse de Jethro. Él la arrancó de la mecedora y la apretó hasta cortarle la respiración.

—No soy de los que admiten postergaciones —le dijo.

Ella forcejeó para liberarse, pero Jethro la dominó fácilmente y apretó su barba rala contra la tierna piel de la joven.

—¡Por favor, basta, tío Jethro! —rogó ella—. ¡Me estás lastimando!

—¿Qué te parece si lo hacemos, Lily?

—No podría, tío Jethro.

—¿Por qué? —insistió él—. ¿No soy lo bastante bueno como para ti?

—No se trata de eso, tío Jethro. Es que, entre otras cosas, eres mucho mayor que yo.

—Eso no tiene por qué preocuparte, Lily. No me agradaría jactarme ahora más de lo que lo he hecho siempre, pero el hecho es que sería tan vivaz contigo como cualquier otro que puedas encontrar.

—Por favor, basta, tío Jethro —suplicó ella, tratando de rechazarle—. Me lastimas; y yo no podría casarme contigo.

—Quizá si me conocieras un poco más cambiarías seguramente de opinión.

—La atrajo hacia sí, rasgándole el vestido en los hombros—. Puede que no lo sepas, pero he estado pensando en ti desde el primer día que llegué aquí. No se me ha escapado ni un solo detalle. Y te aseguro que me agrada todo lo que he visto hasta ahora. No tuve muchas oportunidades para conocerte bien, pero ya vi lo suficiente como para saber que me vendrás bien en cualquier sentido. Ya lo tengo decidido y no soy fácil de disuadir.

—No puede ser, tío Jethro. Ya sabes lo que haría mamá si se enterara.

—No se enterará. —Le arrancó el vestido—. Ahora ella ya no me interesa ni un comino. Es a ti a quien busco. —Su apretón era tan doloroso que Lily sintió que las lágrimas se le agolpaban en los ojos—. Ahora estoy completamente excitado, Lily, y no voy a esperar más tiempo.

—Puedes encontrarte a otra, tío Jethro.

—Ya no hay forma de hacerme cambiar de idea.

—¡Tienes que dejarme, tío Jethro! ¡Por favor, búscate a otra y déjame!

—No estoy acostumbrado a permitir que una mujer me excite y luego

retroceda.

—No quise hacerlo, tío Jethro.

—Pero lo has hecho y te digo que no me dejaré detener.

Lily se escurrió de entre sus brazos y corrió al extremo de la galería. Trató de trepar a la baranda y descolgarse, pero Jethro la atrapó y la retuvo.

—¡Llamaré a mamá! —exclamó ella con desesperación—. ¡Si no me dejas, la llamaré!

—¡No, no lo harás! —Le apretó la mano sobre la boca y la sostuvo—.

Vamos, trátame bien, Lily. Ya has estado jugando conmigo bastante tiempo.

Lily dejó de forcejear y el fuerte abrazo de él se aflojó gradualmente. La contempló con expresión de suspicacia.

—Vayamos a otra parte, tío Jethro —sugirió ella, con talante completamente distinto.

Jethro la miró unos instantes.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Vamos a otro lugar.

—¿Adónde?

—Al patio trasero, o algún lugar como ese.

Jethro sonrió, enterado.

—¿Tienes miedo de que tu mamá aparezca aquí, en la galería?

Ella asintió rápidamente.

—¿Sabes qué te haría si trataras de engañarme y escaparte?

—No intentaré escaparme. Te lo prometo, tío Jethro. Él la sostuvo fuertemente del brazo mientras cruzaban la galería y bajaban al patio. No hablaron mientras se dirigían al banco situado bajo el papayo. Lily fue la primera en sentarse.

—¿Qué te parece que lo hagamos ahora, Lily? —dijo él, ansioso.

—¿Qué quieres decir, tío Jethro?

—Tú sabes qué quiero decir. ¿Qué te parece si nos unimos, como estuvimos hablando hace un momento en la galería?

—Pero es que estoy comprometida, tío Jethro. Estoy comprometida con Claude.

—Eso no me preocupa para nada. No me interesa en lo más mínimo. Escucha, préstame atención y deja de pensar pretextos. Ven; dame lo que quiero, antes de que tenga que tomártelo por la fuerza. Tú sabes que no soy de esos que

soportan dilaciones.

Lily guardó silencio durante tanto tiempo que Jethro la sacudió rudamente.

—Preferiría que esperaras, tío Jethro —dijo ella.

—¡Nada de esperar! Anteriormente se me dijo muchas veces que esperara, y nunca sucedió nada. No puedes engañarme de ese modo. Bueno, ¿qué hay de eso, Lily?

—Primeramente quiero entrar en la casa.

—Ya sabes lo que te haría si entraras y le dijeras algo a tu mamá.

—No se lo diré, tío Jethro. Te lo prometo.

—¿Cuánto tiempo tardarás?

—No mucho.

—¿Cinco minutos?

Lily asintió y se apartó cuidadosamente de él.

—Te daré cinco minutos —le dijo él—, pero, si no has vuelto para entonces, iré a buscarte.

Lily se puso de pie y retrocedió.

—Muy bien, tío Jethro —contestó, estremecida.

Jethro la vio dar la vuelta a la galería y entrar en la casa. En cuanto desapareció de la vista, se arrepintió de haberla dejado irse. Se levantó y contempló la luz que repentinamente se encendió en su cuarto. Todavía temía que Lily hablase con Molly y esperaba que de un momento a otro esta saliera corriendo de la casa, en su busca. Pero Molly no apareció y al cabo de unos minutos Jethro dejó de pensar en ella. Sin embargo, luego de cinco minutos Lily no había vuelto al patio y él se encaminó lentamente hacia la casa. Precisamente cuando se encontraba ante la ventana, Lily bajó la cortinilla y le fue imposible ver el interior del cuarto. Escuchó cuidadosamente, pero no logró oír sonido alguno. Para ese momento ya habían pasado casi quince minutos desde que la joven entró en la casa y Jethro comenzó a sentirse inquieto. Cuanto más pensaba en ello, más se enfurecía. Decidió que esa vez no dejaría que Lily se le escapase y, en puntillas de pies, cruzó la galería, el vestíbulo y llegó hasta la puerta de la joven. Movié el picaporte y descubrió que la puerta tenía echada la llave.

Permaneció allí durante varios minutos, preguntándose cómo podría penetrar en el cuarto sin atraer la atención de Molly. Esta se encontraba en la parte delantera de la casa, pero él sabía que acudiría inmediatamente, al primer indicio de conmoción. Finalmente le fue imposible seguir esperando y se lanzó con todo

su peso contra la puerta. Esta se abrió de par en par y golpeó estruendosamente contra la pared. Lily, con mirada alocada, aterrorizada, se acurrucó en la cama. Estaba tan espantada que ni siquiera gritó cuando le vio avanzar hacia ella.

Jethro la golpeó en la cara con la mano, lanzándola contra la pared. Y, precisamente cuando tendía la mano para tomarla, ella lanzó un grito con todas sus fuerzas.

—¡Maldita seas! —le gritó él, golpeándola esta vez con el puño—. ¡Ya te enseñaré a engañarme!

Lily volvió a clamar y trató de rechazarle con las manos cerradas. Jethro la golpeó nuevamente y ella se quedó quieta.

—¡Esta será la última vez que tratas de eludirme...! ¡Para la próxima tendrás más sensatez!

En ese momento un golpe le derribó al suelo. Se sintió aturdido, pero, cuando abrió los ojos, reconoció a Molly que estaba de pie, junto a él. Tenía una silla levantada sobre la cabeza. Hubo otro golpe aplastante, junto con el lejano sonido de madera astillándose. No supo Jethro cuántas veces le golpeó Molly después de esa; cuando volvió en sí se encontró acurrucado en un rincón, con la cabeza dolorida. Se frotó los ojos para ver con más claridad.

—Estaba esperando que sucediera esto —oyó que decía Molly—. Si hubiese conservado el buen sentido con el que nací, te habría expulsado el día que pisaste esta casa.

Jethro se irguió lenta y trabajosamente y se quedó sentado, con la espalda apoyada contra la pared. Podía ver a Lily, llorosa, con la mirada extraviada, de pie detrás de Molly. Esta levantó el trozo más grande que pudo encontrar de entre los restos de la silla y avanzó amenazadoramente hacia él.

—Ella me engañó —declaró él con amargura—. Me prometió y no cumplió. No soy partidario de permitir que una mujer diga una cosa y luego no la haga. Cualquier mujer que engañe de ese modo a un hombre merece que la apaleen hasta desmayarla.

—¡Cierra la boca! —gritó Molly, enfurecida—. ¡Cierra tu maldita boca!

Jethro la contempló con cautela. Ella estaba tan encolerizada que se estremecía.

—La próxima vez tendré más cuidado —afirmó Jethro—. La próxima vez no correré riesgos. Ninguna mujer me engañará dos veces. Yo cuidaré que no suceda.

—No habrá ninguna próxima vez aquí —le dijo Molly resueltamente—. Te

irás, y te irás de prisa. Ojalá que Dios no permita que vuelva a verte mientras viva. ¡Vamos, levántate y vete de aquí!

Jethro no se movió. Se quedó sentado, mirando fijamente a Molly, con furia. Ella le vio volver la cabeza y contemplar a Lily.

—Estaría dispuesto a olvidar lo que me hizo si ella viniera conmigo —dijo.

Molly rio.

—No se lo tomaría a mal —dijo él empecinadamente.

Molly le lanzó el trozo de madera astillada. Él movió la cabeza a un lado y el travesaño de la silla se estrelló contra la pared.

—No quise hacer nada malo, Molly —dijo suplicantemente—. Ella me excitó y yo no pude contenerme. Tú sabes qué pasa cuando un hombre se excita con una mujer. Y ella se lo haría a cualquiera. Tú bien lo sabes. Me contuve todo lo que pude, a decir verdad. Ella misma puede decirte que no traté de hacerle nada hasta esta noche. Bueno, pues eso te demuestra que no quise hacer nada malo, ¿no es cierto, Molly? ¿Eh?

Molly le observaba fríamente.

—No puedes balancear un hueso sobre la cabeza de un perro y esperar que no salte, más tarde o más temprano, para agarrarlo. Eso es exactamente lo que me ocurrió a mí. No pude contenerme más y tuve que saltar para agarrarlo. Bien, tú no castigarías a un perro ni le echarías a la calle por el resto de su vida por el solo hecho de que se haya lanzado sobre un hueso, ¿no es así, Molly? ¿Eh?

—Levántate de ahí y cierra la boca —ordenó Molly. Buscó en el piso hasta encontrar otro travesaño de la silla—. Te vas... Y, mientras tanto, no quiero escuchar más de estas cosas. ¡Vamos, sal de aquí, Jethro Bowser! ¡Vete inmediatamente de esta casa!

Jethro se puso presurosamente de pie cuando vio que Molly balanceaba con ademán amenazador el trozo de madera. Ella le siguió hasta la puerta.

—Creo que no me gustaría irme de este modo, cuando todos están enojados conmigo —declaró él—. Los parientes no deben comportarse en esa forma inamistosa.

—No eres pariente mío, gracias a Dios —dijo ella, sin mostrarse impresionada—. Ve al vestíbulo.

Jethro llegó hasta la puerta del dormitorio de Molly. Se detuvo y la miró implorantemente.

—Si tengo que irme, necesitaré llevarme mi ropa. No es más que un par de

pantalones y una camisa.

—Tómalos y vete.

Jethro entró corriendo en el cuarto y abrió la puerta del ropero. Reunió la pila de ropas de Putt que habían sido guardadas allí después del funeral. Tomando todo lo que había a la vista, se apartó del ropero y salió nuevamente al vestíbulo. Molly le acuciaba empujándole con el palo.

—Supongo que sabrás que no tengo ningún lugar adonde ir en todo el mundo, aparte de Distrito Woodbine, ¿no es cierto, Molly? —Comenzó a apartarse hacia un costado de la puerta del frente. Lily había salido de su cuarto y se encontraba en el vestíbulo, detrás de su madre. Jethro le lanzó una última mirada ávida—. Quizás algún día, si cambias de ideas y me mandas a buscar, todavía estaré vivo, Molly. Empero, lo dudo, porque, cuando regrese a Woodbine, me harán trabajar más que nunca por haberme quedado tanto tiempo aquí. De ahora en más la vida será muy dura para mí, y te aseguro que apreciaría en mucho que alguna vez cambiaras de idea y me mandarás a buscar. Quizá no sea tan buen hombre como algunos, pero sería pasadero. No le causaría más disgustos a Lily. No volvería pensando en eso.

Molly le siguió, paso a paso, hasta el vestíbulo y la galería. Jethro bajó los escalones antes de volver a mirar a Molly.

—Bueno, hasta pronto, gente —dijo lúgubrementemente, con el rostro entristecido, desanimado—. Que Dios las bendiga a ambas, por lo que son y por lo que no son. Creo que no lo saben, pero me siento espantosamente mal por tener que separarme de mis parientas. Yo sería la última persona viviente en provocar esta situación. Supongo que tú lo sabes.

—Trata de mantenerte alejado de nosotras —dijo Molly—, y eso nos hará sentirnos alegres.

Jethro asintió mientras retrocedía.

—Sea como fuere, si alguna vez cambias de idea, ya sabes dónde puedes encontrarme. Estaré siempre dispuesto a dejar lo que esté haciendo en el momento y volver inmediatamente aquí, para ayudar a mis familiares.

XV

Lily se quedó toda la mañana en su cuarto, llorosa, negándose a ir a la cocina para desayunarse cuando Molly la llamó, y solo se levantó en las primeras horas de la tarde, se bañó y se vistió. Sin decir una palabra a su madre, salió de la casa poco después de las dos de la tarde y fue al pueblo para ver a Claude antes de que cerrara el banco. Se paseó varias veces por delante del edificio antes de reunir suficiente valor como para entrar.

Se encaminó directamente a la ventanilla donde por lo general se podía encontrar a Claude durante las horas bancarias, pero la rejilla de hierro estaba cerrada y el joven no se encontraba allí. Lily miró frenéticamente en torno. Había cuatro o cinco clientes en ese momento y todos ellos estaban de pie, en fila, delante de la ventanilla del cajero. No pudo ver a ningún otro a quien pudiese hablar, de modo que se puso en la fila y esperó. Pasaron cinco minutos antes de que se encontrase mirando a Henry Phillips a través de la ventanilla. El hombre tomó una pila de billetes de banco y los dejó caer en una gaveta.

—¿Qué puedo hacer por usted, señorita? —Le oyó ella decir.

—¿Dónde... dónde está... Claude? —preguntó Lily tímidamente—. Quiero decir, *Mr. Claude Stevens*.

—No ha venido hoy —respondió él con brusquedad—. Lo siento, señorita.

En lugar de apartarse de la ventanilla y permitir que el cliente que esperaba detrás de ella se adelantara, la joven permaneció allí y miró con expresión de impotencia al anciano cajero.

—¿Y bien, señorita? —preguntó este con impaciencia.

—¿Dónde está él?

—Ya le he dicho que no vino hoy, señorita. —Se inclinó a un costado e hizo una seña al otro cliente para que avanzara—. Lo siento, señorita.

—¿Está seguro de que no se encuentra aquí? —insistió ella.

—Muy seguro, señorita. Completamente.

Antes de que tuviera oportunidad de preguntarle otra vez dónde estaba Claude, se vio apartada firmemente a un costado. Mientras se alejaba pudo ver que varios de los empleados contabilizadores la observaban con curiosidad. Quiso preguntar a uno de ellos si sabía dónde estaba Claude, pero todos estaban tan lejos

y el mostrador tenía un aspecto tan prohibitivo que sintió que no podría hacer nada en ese sentido. Faltaban todavía unos minutos para las tres, y salió a la calle y esperó junto a la puerta. Cuando el banco quedó cerrado, miró a través de la ventana de tanto en tanto, en la esperanza de ver a Claude en el interior. Uno a uno fueron saliendo los empleados y a las cuatro Lily estaba segura de que todos, salvo Claude, habían pasado por la puerta. Esperó otra media hora, pero él seguía sin aparecer, y finalmente se dio cuenta de que ya no le quedaba nada por hacer.

De regreso a su casa trató de contenerse y no llorar, y tuvo que caminar cada vez con mayor rapidez para no estallar en sollozos en la calle. Cuando divisó su casa estaba corriendo con toda la rapidez que le era posible.

Molly la oyó cruzar corriendo el vestíbulo y encerrarse en su dormitorio con un portazo. Cuando llegó al cuarto de la joven, esta se había arrojado sobre la cama y lloraba como si le destrozara el corazón. Pasó largo rato antes de que Molly pudiera calmarla lo suficiente como para hacer que le contara lo sucedido.

—Por favor, dímelo todo, querida —dijo, tomando a Lily entre sus brazos—. ¿Es por Claude Stevens?

—No puedo encontrarle —se quejó Lily, llorosa—. No se encontraba en el banco y no me quisieron decir dónde estaba y estoy segura de que ha ocurrido algo espantoso. ¡Lo sé, mamá!

—Quizá salió por cuestiones de negocios —sugirió Molly—. O quizá se tomó un día de descanso y se fue a pescar. Hay muchos motivos valederos, querida.

—Pero es que no me dijo nada... y hace ya dos noches que no viene a verme... ¡y no sé qué haré!

—Entonces, cuando venga será mucho más hermoso, querida —dijo ella con tono consolador—. Siempre es más lindo cuando un hombre ha estado ausente durante un cierto tiempo.

—¡Es que no puedo soportarlo... simplemente no puedo! —Se arrojó nuevamente sobre la cama, golpeándola con los puños, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas. Molly intentó volver a tomarla en sus brazos, pero Lily estaba inconsolable—. ¡No puedo soportarlo un minuto más! —exclamó—. ¡No puedo! ¡No puedo!

—Pero, querida, él regresará, y entonces todo volverá a estar bien. No debes permitir que un hombre te trastorne de este modo. Una muchacha tiene que dominarse en estas ocasiones, o si no quedaría hecha polvo. Vamos, ven aquí y

quédate así y piensa cuán hermoso será cuando él regrese.

Lily permaneció entre los brazos de su madre, sollozando. Molly le quitó los zapatos y el vestido y le enjugó las lágrimas de los ojos.

—Déjame que te cuide, querida —dijo con ternura—. Sé cómo te sientes. Es terrible querer a un hombre tanto que te sientas desdichada, pero no puede evitarse. Todas las mujeres llegan a sentir de ese modo hacia un hombre, más tarde o más temprano. Cuando yo tenía tu edad, solía sentirme de ese modo a veces, pero siempre se me pasaba al poco tiempo. A tus años es más duro. Ya lo superarás con el tiempo. Vamos, trata de no sentirte tan mal, querida.

—¡No quiero superarlo y quiero sentirme mal!

—Pero piensa un poco en cómo te trastorna todo esto, querida. Piensa un poco en cuántos otros hombres hay en el mundo.

—¡No me interesa cuántos hombres más haya... quiero a Claude!

—Le tendrás, querida. Volverá y le tendrás todo lo que quieras. A veces eso es lo más hermoso de tener a un hombre. No te das cuenta de cuánto le quieres hasta que comienzas a echarle de menos.

—¡No quiero echarle de menos! ¡Le quiero y nada más!

—Lo sé —dijo Molly acariciándole el cabello—. Lo sé, querida, lo sé.

Lily se quedó quieta junto a ella, con el cuerpo sacudido de tanto en tanto por un sollozo y apretando fuertemente la mano de su madre. Pasó mucho tiempo antes de que alguna de las dos hablase. El sol descendía y sus últimos resplandores rojos teñían los muros de la habitación.

—Jamás podré amar a ningún otro mientras viva, mamá —dijo Lily con acento tenso—. Me será imposible soportar a otro hombre. Y tampoco volveré a mirar a uno mientras viva. No lo haría por nada del mundo, porque amo muchísimo a Claude. Y jamás volveré a visitar al doctor Logan. Nunca más volveré a ir a su consultorio. La próxima vez que el doctor me pida que salga con él le diré que amo demasiado a Claude.

—Ojalá no hubieras ido nunca a verle, pero es mejor que te arrepientas tarde a que no te arrepientas del todo. No vuelvas a tener relaciones con un médico, a menos de que se case antes contigo. Pero ni siquiera así sería un buen negocio.

—De todos modos no le vi más que dos veces.

—Fueron dos veces que le viste de más.

Molly le palmeó la mejilla y se levantó. Fue a la cocina y trajo de allí el garrafón de vino y dos vasos.

Volvió a sentarse en la cama, junto a Lily.

—Esto te ayudará —dijo, echando vino en los vasos. Entregó a uno a Lily—. Unos vasos de vino te harán sentirte mucho mejor, querida. Bébelo, querida.

Lily bebió dos vasos y se recostó con un suspiro. Sonrió a Molly por primera vez.

—Claude vendrá a verme mañana por la noche, ¿no es cierto, mamá? Vendrá, ¿no es verdad?

—Ya lo creo que sí.

—Vendrá. Tiene que venir. Me sentiré perfectamente cuando lo vea. Poder volver a tocarle será como estar en el cielo.

Después de la cena Molly calentó las tenacillas de rizar y trabajó con su cabello. Había comprado una botella de líquido verdoso que garantizaba que el cabello más reacio quedaba preparado para ser rizado, pero, después de humedecerse la cabeza con él y de enroscar un mechón alrededor de las tenacillas, la habitación quedó llena de un olor repugnante y al final el rizo se enderezó como lo hacía siempre. Después de eso no pudo hacer más que quedarse sentada y mirarse furiosamente en el espejo. Profundamente disgustada, lanzó la botella del líquido rizador por la ventana y se hizo una mueca en el espejo.

—¡Qué vida para el elemento femenino! ¡Es una maldita vergüenza, eso es lo que es! —Se miró, encolerizada, hasta que tuvo que morderse los labios para no llorar de desilusión—. ¡Maldita seas! —dijo a su imagen.

Después de ponerse la bata verde, se dirigió a la galería delantera y se sentó en la mecedora. Lily había encendido la radio en su cuarto y la lenta y soñadora músicaailable flotaba en su derredor plácidamente, en el fragante aire nocturno.

Se encontraba allí hacía ya casi media hora cuando de repente detuvo el movimiento de la mecedora apoyando el pie en el suelo. Pudo oír que alguien se acercaba a la casa desde la calle. Atisbando con atención en la oscuridad esperó hasta que oyó pesadas pisadas en los escalones. En cuanto se puso de pie reconoció a Clyde Trotter, el padre de Perry. Clyde oyó crujir la mecedora y se fue directamente hacia Molly.

—¡Hola, Molly! —saludó—. ¿Estás sola?

—Si no lo estuviera, haría un lugarcito para ti, Clyde —le respondió ella con una carcajada—. Ha pasado mucho tiempo desde que te vi la última vez. ¿Cómo te ha ido?

—Muy bien, Molly. ¿Cómo te ha ido a ti?

—No muy mal, teniéndolo todo en cuenta —contestó ella—. Ven aquí y siéntate, Clyde. Es una noche hermosa para estar sentados afuera.

Clyde se sentó en la mecedora, dándole un empujón hacia atrás con los pies. Ambos se mecieron en silencio por un rato. Molly se preguntaba por qué habría ido Clyde a verla, porque Lucy contó a todo el pueblo que había prevenido a su esposo, por última vez, que si en alguna oportunidad descubría que estuvo con Molly, juntaría sus cosas y le abandonaría. La última vez que el hombre vino a visitarla fue antes de que ella se fuera de la casa de pensión y se casara con Putt.

—Me alegro de volver a verte, Clyde —dijo calurosamente—. Ya no te veo muy a menudo, excepto cuando pasas frente a mi casa y yo salgo a echarte un vistazo, aun cuando me prometí que ni siquiera te miraría, por Lucy.

—No estaría aquí ahora si Lucy no hubiera ido esta noche a una reunión de los auxiliares de la iglesia. Es un riesgo, pero no me quedaré tanto tiempo como para que ella me sorprenda aquí.

—Quizá puedas quedarte más tiempo del que pensabas, Clyde. Si Perry puede escurrirse y venir aquí por la noche, no veo por qué no puedes hacerlo tú.

—¿Perry ha estado haciendo eso?

—Bueno, vino algunas veces a ver a Lily.

—Yo terminaré con eso —aseguró él—. Es demasiado joven como para escaparse por las noches para ir a visitar a muchachas.

Clyde encendió un cigarrillo y lanzó al patio el fósforo apagado. Molly dio un empujón a su mecedora.

—¿Estás seguro de que no quieres quedarte un poquito, como solías, Clyde? —preguntó—. Ya sabes que siempre serás bienvenido, cuando se te ocurra hacerlo.

—Será mejor que no comience a venir aquí, Molly —dijo él con sentimiento—. Ya sabes cómo son las cosas. Pero en realidad vine a verte para averiguar qué quieres que hagamos con Jethro Bowser.

—¿Jethro Bowser? —repitió Molly, sorprendida, apoyando el pie en el suelo para detener la mecedora—. ¿Qué pasa con él? Se fue de aquí hace dos días para regresar a Distrito Woodbine.

Clyde se rascó la cabeza.

—Es gracioso —dijo con tono confundido—. Ayer estuvo en mi taller, y otra vez hoy, pidiendo trabajo.

—¡El hijo de perra ruin e inútil...! —Inspiró profundamente, preocupada—. Creí que me había librado de él para siempre. Pero debería haber sabido que

ocurriría algo de esto. Estuvo tirado por aquí todo el tiempo, demasiado perezoso como para hacer otra cosa que rascarse. Después, de pronto, probó suerte con Lily y, cuando yo le pesqué en eso, le expulsé. ¡Y me dijo que se volvía a Distrito Woodbine! ¡El hijo de p...!

—Bueno, pues todavía está en el pueblo. Esta noche, cuando venía para aquí, le vi frente al salón de billares.

—Tengo que hacer algo —dijo Molly con desesperación—. Estoy tan segura de lo que debo hacer como lo estaría un cerdo en el techo de un galpón de desmotar algodón, pero sé que es preciso hacer algo. Como que el sol saldrá el miércoles por la mañana, volverá aquí a molestar nuevamente a Lily. La próxima vez esperará a que yo me vaya y entonces la atraparé, como que existe la segura mano de Dios.

—Yo no le di trabajo —le aseguró Clyde—. Me pareció extraño que quisiera trabajar, porque nunca le había visto hacerlo por aquí. Y, además, se estuvo jactando en todo el pueblo de que podrá vivir cómodamente con la herencia de Putt.

—Échalo si vuelve a ir a tu taller. Lánzale los perros encima... haz cualquier cosa para expulsarlo. Quizá, si no puede conseguir trabajo en el pueblo, regresará a Woodbine. Ojalá se vaya antes de que logre arruinar las posibilidades que Lily tiene de casarse. No me gustaría, por nada del mundo, que eso sucediera.

—¿Con quién se casará Lily? No me había enterado de ello.

—La fecha no ha sido fijada aún, pero, si las cosas siguen como hasta ahora, no me sorprendería que ella y Claude Stevens se casaran en cualquier momento.

Clyde se volvió y la miró más atentamente.

—¿Te refieres al Claude Stevens que trabaja en el banco?

Molly asintió, orgullosa.

—Efectivamente, Clyde.

—Debe de haber algún error en eso —comentó él, confundido—. El Claude Stevens que yo conozco, y también trabaja en el banco, se casó con Bessie Allbright, en la casa del reverendo Bigbee, a las tres de esta tarde, e inmediatamente la pareja partió en viaje de bodas.

Molly se sintió anonadada. Continuó mirando a Clyde mientras meneaba la cabeza, como no creyendo que hablase del mismo Claude Stevens que ella conocía.

—¿Qué ocurre, Molly? —preguntó él—. En el pueblo ya lo saben todos. Y es verdad.

—¡Buen Dios! —dijo ella con voz débil. Todo el cuerpo se le desplomó en el asiento—. ¿Qué será ahora de Lily? ¿Qué será de mí?

—¿Estás segura de que Lily salía con Claude?

Molly asintió, indiferente.

—Bueno, ya sabes cómo son algunos hombres, Molly —le dijo él—. Salen con una chica hasta que parece que nada en el mundo les impedirá casarse con ella. Y luego, de repente, se les mete otra idea en la cabeza y se casan con otra. A cada rato pasan cosas así.

—Ya lo sé —admitió ella débilmente—. Y es una maldita lástima. Los hombres son tan resbaladizos como el techo de un galpón de desmotar algodón. Empero, no creí que eso le sucediese a Lily. Me pareció que podría retener a un hombre una vez que lo tenía. Estaba segura de que Claude Stevens se casaría con ella. Y ella también. —Escuchó la música que llegaba desde la habitación de Lily—. Y aún lo piensa.

—¿Quieres decir que tampoco ella sabe lo de Claude y Bessie?

—Estoy segura de que no lo sabe. Cree que él se fue a pescar, o alguna cosa por el estilo, y que mañana por la noche vendrá a verla.

—¡Malo! —dijo él meneando la cabeza—. ¡Realmente malo!

—Es una maldita lástima, eso es lo que es. A veces deseo que no haya un solo hombre vivo en todo el mundo. Las mujeres siempre sufren las peores consecuencias, suceda lo que sucediere, y los hombres siguen haciendo lo que se les viene en gana. No sé cómo podré decírselo a Lily esta noche. Sería demasiado para ella. Quizá mañana por la mañana se me ocurrirá alguna forma de decírselo. En momentos como estos me vienen deseos de matar a algún hombre, y algún día lo haré. La próxima vez que uno dé calabazas a Lily, lo mataré como lo haría con alguna serpiente que colgara de un árbol.

—Ella lo descubrirá, y sería peor si se enterara de la cuestión en el pueblo.

—Ya encontraré la forma de decírselo. Esta tarde quedó hecha pedazos, y necesité dos horas para calmarla. Si se lo dijera ahora, sería capaz de hacer cualquier cosa.

Clyde se puso de pie.

—Parece que lo único que hice esta noche fue traerte malas noticias, Molly —dijo con tono de disculpa—. Primero lo de Jethro, y ahora lo de que Claude se casó con Bessie Allbright. —Molly lo acompañó hasta los escalones—. Lucy llegará muy pronto a casa, y no me gustaría que me sorprendiera aquí. Será mejor que me

apresure, Molly.

Molly se secó los ojos con el pañuelo.

—Estoy completamente deshecha —dijo, humillando la cabeza—. No sé qué haría si no supiera que tú siempre me darías una mano cuando la necesitara, Clyde. Naturalmente, yo no te pediría ayuda a menos de que realmente me fuera necesaria, pero es bueno saber que podría hacerlo en caso de necesidad.

—Es cierto, Molly —declaró él con inquietud—. Si puedo hacer algo por ti, házmelo saber.

—En este mismo momento me harían falta diez dólares —respondió ella rápidamente.

Clyde hundió la mano en el bolsillo y le entregó varios billetes de banco. Luego cruzó presurosamente el patio.

—Si alguna vez me establezco bien —le gritó ella—, tú tendrás una llave grande y reluciente de mi puerta del frente, Clyde.

XVI

Estaba ya avanzada la tarde cuando Molly miró por la ventana y vio un gran auto sedan, pintado en dos tonos del mismo color, que se detenía frente a la puerta. Era un automóvil de aspecto mucho más lujoso que los que jamás viera anteriormente en Agrícola, y no se le ocurrió qué podría estar haciendo ante su casa hasta que reconoció a Benny Ballard. Este salió del interior del vehículo y se limpió con las manos, cuidadosamente, las solapas de su traje azul. Luego se puso el pajizo, ladeado, sobre la redonda calva y se encaminó hacia la casa.

Molly aguardaba, ansiosa y expectante, mientras él trepaba a saltos los escalones, de a dos, y cruzaba la galería. En cuanto vio a Molly de pie en la puerta, se quitó el sombrero y se pasó nerviosamente la mano por la cabeza reluciente. Una sonrisa que quería ser simpática, tan inocente como siempre, se estereotipó en su rostro ruboroso.

—¿Qué tal está la chica, Molly? —preguntó, acercándose a ella de costado, en la forma familiar que ella recordaba tan bien, y palmeándole levemente las caderas—. De veras que me alegro de volver a verte, Molly. Te acuerdas de mí, ¿no es cierto? ¿Benny Ballard, el remaldito viajante? ¿Has oído últimamente a algún agricultor insultándome?

—No me sería fácil olvidarme de ti tan rápidamente, Benny —respondió ella con afabilidad—. ¿Cómo te ha ido en este tiempo?

Él le dio otra palmadita familiar y le lanzó un franco guiño.

—Todavía no me quejo. Todo va al pelo.

Entraron en la sala, y Benny dejó caer su flamante sombrero pajizo en la mesa del centro y comenzó a desenvolver un cigarro. Molly se sentó en el sofá rojo y lo contempló con expectativa que iba en aumento.

—Quiero decírtelo ahora mismo, Benny —dijo recatadamente—. Es preciso que me disculpe ante ti por la escandalosa forma en que te fracasé la última vez que viniste a verme. Esta vez trataré de dominarme mejor para que no vuelva a suceder nada semejante. Todo fue culpa mía, y no te guardo resentimiento alguno por ello.

—Olvídate de eso, Molly —contestó él con un movimiento de la mano.

—No creía que volvieras tan rápidamente al pueblo —continuó ella—. Me

pareció que solamente venías dos o tres veces por año.

—Este es un viaje extraordinario. Se trata de una cosita que se me presentó la última vez que estuve en el pueblo.

Encendió el cigarro y miró el reloj. Molly vio que las manos le temblaban levemente y que parecía más serio que de costumbre.

—¿Cuánto tiempo te quedarás esta vez, Benny? —preguntó ella animadamente. Sacudió un dedo hacia él en severo ademán—. Bien, pues haz lo posible para quedarte el tiempo suficiente como para que te pueda proporcionar una buena diversión. No pienso permitir que la historia se repita.

Benny carraspeó y miró nerviosamente por la ventana. No le respondió, y la sonrisa de su rostro fue desapareciendo gradualmente. De pronto se acercó al sofá y se sentó en el extremo más alejado. Molly lo miró con expresión de extrañeza.

—¿Ocurre algo, Benny? —preguntó, sorprendida—. No pareces el mismo.

Benny volvió a echar una mirada a su reloj.

—No —dijo con un movimiento espasmódico de la cabeza—. No, no ocurre nada, nada, que yo sepa. —Chupó nerviosamente el cigarro—. Es decir, espero que no ocurra nada.

Molly se preguntó por qué estaría comportándose en forma tan extraña, y trató de recordar si había dicho algo que pudiera haberle desagradado.

—Se está haciendo tarde —dijo él, volviéndose y mirando por la ventana—. Ya son las cinco pasadas.

—¿Qué tiene que ver eso, Benny? —preguntó ella, preocupada—. ¿No piensas quedarte toda la noche?

Él se volvió hacia ella con una mirada aterrorizada. Molly pudo ver que su entrecejo estaba fruncido solemnemente.

—Será mejor que te lo diga ahora, Molly —afirmó Benny, hablando rápidamente—, porque, de todos modos, lo descubrirás dentro de unos minutos.

—Se acercó más a ella y bajó la voz—. Christine vendrá a encontrarse conmigo aquí. Dijo que estaría a las cinco. —Miró una vez más su reloj—. Ya son las cinco y cuarto. ¿Te parece que puede haberle ocurrido algo?

—¿No podían esperar hasta después de que oscureciera? —inquirió ella fríamente, incapaz de ocultar su desilusión—. Y, aparte de eso, ¿por qué quieres nuevamente a Christine Bigbee? ¿Qué tengo yo de malo?

—Tú no entiendes, Molly. Christine se fuga conmigo. Nos iremos juntos del pueblo en cuanto ella llegue.

Molly se sintió anonadada. Lo contempló con incredulidad.

— ¿Tú y Christine? — dijo —. ¿Se fugan juntos?

Benny asintió.

— ¿Huyen... tú y ella?

Él volvió a mover la cabeza afirmativamente.

— Pero ¿qué dirá el reverendo Bigbee?

— No sé.

— Pero ¿no tratará de encontrarlos y de hacer que ella vuelva?

— Para cuando descubra que ella se ha ido, estaremos a cien kilómetros de aquí. Y entonces ya no podrá detenernos.

— ¿Piensan casarse?

— No en seguida. No podríamos hacerlo hasta que Christine no logre divorciarse. Y eso llevará tiempo.

— ¿Qué harán cuando salgan de aquí?

— No lo sé con exactitud. Pero nos ocultaremos en algún rinconcito, en alguna parte.

Molly suspiró.

— Bueno — dijo —, te aseguro que eso es una sorpresa para mí. No sabía que planearan nada parecido. Es claro, advertí que tú y Christine se entendían perfectamente esa noche, pero no creí que significara otra cosa que un rato agradable. ¿Cuándo dijo Christine que se iría contigo?

— La misma noche. Lo teníamos todo planeado antes de que ella se fuera a la mañana siguiente. Por eso tuve que irme junto con ella, Molly.

Molly se miró las manos mientras se tocaba una costura del vestido. Vio, con el rabillo del ojo, que él volvía a mirar la hora.

— Todo esto me hace sentirme terriblemente mal — dijo quejumbrosamente —. He estado esperando y orando para que llegara alguien que quisiera casarse conmigo. Pero, cada vez que eso está a punto de suceder, parece que se presenta algo que lo impide. A veces pienso que estoy maldita. Y no sé siquiera qué es, a menos de que el buen Señor haga dos tipos de mujeres: uno, que atrae a los hombres para que se casen con ellas; y otro, de las mujeres como yo, que siempre quedan abandonadas en definitiva. Me hierva la sangre cuando veo cómo algunas mujeres consiguen a su hombre, cuando la mayoría de ellas no pueden hacerles pasar un momento tan divertido como yo. Y no diría todo esto si no supiera de qué estoy hablando. No hay justicia en ello... es simplemente esa atrocidad

maldición que tengo encima. Todo lo que toco se malea. Trato de ganarme la vida, pero no puedo conseguir trabajo. Trato de hacer que Lily se case para que no tenga en la vida los sufrimientos que tuve yo, y entonces aparece otra mujer y la aparta. Trato de encontrarme un buen hombre, y, o bien no quiere abandonar a su esposa por mí, o bien se encuentra a otra mujer. A veces se me ocurre que todo esto sucede porque no tuve un buen comienzo en la vida, y ahora no puedo apartarme del camino trillado. Si no hubieran muerto mis padres, y si no hubiera sido por esos malditos Satterfield, habría tenido mejores oportunidades. Algo fue mal cuando sucedió aquello... lo de perder a mis padres e ir a vivir con esos canallas de los Satterfield. Solo Dios sabe que eso me arruinó la vida. Espero que no haya muchas mujeres como yo en el mundo, y tengo lástima de todas las que haya.

Benny se levantó y se paseó por el cuarto, deteniéndose y mirando con preocupación por la ventana cada vez que pasaba ante ella.

—No quiero que te sientas resentida conmigo y con Christine —dijo con ansiedad—. Es simplemente que nos hemos entendido a la perfección desde el comienzo, y eso es algo que un hombre no puede pasar por alto. Es una magnífica sensación la de estar enamorado de una chica como Christine. Y si yo no siguiera adelante y la tomara mientras puedo, lo lamentaría por el resto de mi vida.

—Es cierto, Benny —dijo ella mientras se enjugaba las lágrimas de las mejillas—. Si te hubieras unido a mí, en lugar de hacerlo con Christine, seguramente habría sucedido algo malo. No me cabe duda. La maldición que pesa sobre mí habría embrollado las cosas. Parece que puedo atraer a los hombres como la miel, pero, en cuanto estos ven a alguna mejor parecida, me dejan. Y este triste asunto se ha repetido una y otra vez. Supongo que lo único que me resta es tener eso en cuenta y darle alguna utilidad. Tengo que mantenerme a mí misma de algún modo, y solo Dios sabe que esa es la única forma en que puedo hacerlo. Jamie Denton sabía lo que decía cuando dijo que lo que yo debía hacer era mudarme al barrio sur. He probado por todos los medios imaginables de no llegar a eso, pero no puedo resistir y morirme de hambre al mismo tiempo.

Benny se detuvo y se inclinó para ver mejor a través de la ventana. El rostro se le iluminó y la acostumbrada sonrisa amplia reapareció en su rubicundo rostro.

—¡Aquí viene, Molly! —exclamó con acento excitado—. ¡Está corriendo por el patio!

Molly permaneció sentada en el sofá y se secó las lágrimas, mientras Benny se dirigía a la puerta para salir al encuentro de Christine. La oyó lanzar un grito,

casi sin aliento, cuando el hombre la abrazó. La pareja permaneció en el vestíbulo unos minutos antes de que Benny trajese a Christine a la salita.

Las dos mujeres se miraron sin pronunciar una palabra. Christine iba ataviada con un vestido gris ligero y un sombrero con flores que la hacía parecer cinco años más joven. Los ojos le chispeaban, luminosos. Con envidia, Molly se dijo que Christine podría ser confundida casi con una colegiala.

Benny, que todavía le rodeaba la cintura con un brazo, le hizo cruzar la salita.

—Molly está enterada de todo, Christine —dijo, solícito—. Se lo he contado. Ahora ya lo sabe todo.

—Estoy mortalmente asustada, Molly —dijo Christine, apartándose de Benny y dirigiéndose al sofá. Se sentó, tensa—. Tengo tanto miedo de que suceda algo, que no sé qué hacer. Siento como si estuviera escapándome de la cárcel y sabiendo que de un momento a otro comenzarán a buscarme. ¿Te parece que hago bien, Molly? ¿Lo harías tú, si estuvieras en mi lugar?

—¿Dónde está el reverendo Bigbee? —preguntó Molly a su vez.

—Todavía en casa, supongo. Me escapé mientras él estaba atareado en la biblioteca. Me dolió tener que huir de ese modo, pero no sabía de qué otra forma hacerlo. Le dejé una nota pinchada en la almohada. La encontrará cuando empiece a buscarme. Nunca me sentí realmente casada con Charles. Quizá será porque, sencillamente, no estaba hecha para ser la esposa de un sacerdote. Por eso no me parece estar haciendo una cosa verdaderamente terrible, Molly. ¿No crees que está bien, si se tienen en cuenta las circunstancias? ¿No haría lo mismo cualquier mujer, si tuviese el valor suficiente?

—Será mejor que nos vayamos, Christine —sugirió Benny con ansiedad—. No quiero que nos atrapen antes de que podamos salir del pueblo.

—Tendremos que esperar hasta que oscurezca, Benny. Si ahora pasáramos con el auto por el pueblo, alguien me reconocería. Dentro de poco será de noche. Ya son casi las seis.

—Pero ¿y si él encuentra la nota en seguida y comienza a buscarte? —Miró su reloj, y luego contempló por la ventana las últimas luces del atardecer—. No quiero que nos encuentren aquí esta noche —le dijo—. Sería una vergüenza. ¿No podemos irnos ahora mismo, Christine?

Christine miró por la ventana a su vez.

—Esperemos un poco más, Benny —rogó—. Pronto será noche cerrada, y

entonces tendremos la seguridad de que nadie nos verá.

—Ojalá fuera yo la que huye —dijo Molly ávidamente—. Solo Dios sabe cuánto he querido encontrar a alguien que me llevara de este modo. No sé qué haré cuando te vayas, Christine. Eres la única amiga que tengo, y ahora te vas.

—¡Vamos, Molly! —exclamó Christine con simpatía—, no pienses así. Tú no querrías que renunciara a una oportunidad deirme, ¿no es cierto?

—No, supongo que no —admitió Molly—. Pero no me quedará nadie a quien visitar como a ti. Solíamos divertirnos tanto, Christine, tú y yo... —Comenzó a llorar—. Nos dábamos inyecciones con la jeringa y hablábamos del reverendo Bigbee y fumábamos cigarrillos y pasábamos tan buenos ratos... Todo eso ha terminado ya. Ya no estarás aquí, y yo me encontraré completamente sola.

Christine se acercó y le tomó la mano.

—Encontrarás a alguien, Molly. Uno de estos días vendrá un hombre, como vino Benny, y entonces todo será diferente.

—Es cierto, Molly —confirmó Benny—. Y no me sorprendería nada que tuvieras oportunidad de escoger entre varios.

—¡Oh, cállense! —exclamó Molly con tono de congoja—. En una ocasión pensé que yo te gustaba, pero luego vino Christine y tú me dejaste caer como a una piedra sobre el techo de un galpón de desmotar algodón. Ya no tengo fe alguna en los hombres. Siempre están al acecho de algo más joven y más bonito. ¡No trates de convencerme de lo contrario, porque yo lo sé!

Christine y Benny se miraron con inquietud. Molly lloraba y se secaba torpemente las lágrimas con el pañuelo.

—Vámonos, Christine —acució él—. Ahora ya hay suficiente oscuridad. ¡Vamos!

Christine se levantó y miró por la ventana.

—¿Estás seguro, Benny? —preguntó.

Él la tomó del brazo y la llevó hacia la puerta. Christine se detuvo y miró a Molly, que lloraba en el sofá. Corrió a ella, la abrazó y apretó con fuerza.

—Por favor, no pienses muy mal de mí, Molly —suplicó—. Es mi única oportunidad deirme mientras soy aún suficientemente joven... Puede que no tenga otra. Me entiendes, ¿verdad?

Molly le palmeó el hombro y asintió brevemente.

—Adiós, Christine —murmuró, llorosa—. Que Dios te bendiga.

Christine hundió el rostro en el hombro de Molly, apenas un instante, y

luego, irguiéndose apresuradamente, corrió hacia Benny. La pareja salió rápidamente de la sala sin volver a mirar hacia atrás.

Molly pudo oírles descender los escalones del frente. Pronto la puerta se cerró violentamente, el motor se puso en marcha y el coche se alejó rugiendo en la noche. Ella se quedó sentada en el sofá, conteniendo los sollozos lo mejor que le era posible, y pensó en Christine y en Benny, deseando que la hubieran llevado con ellos. Ya no se sentía colérica, pero la hería el saber que Benny había regresado para buscar a Christine y no a ella. Secándose las lágrimas, se levantó y encendió la luz del vestíbulo.

Lily estaba todavía encerrada en su habitación, donde estuvo todo el día, desde que Molly le dijo, durante el desayuno, lo de Claude y Bessie Allbright. Molly golpeó en la puerta del cuarto y la llamó varias veces, pero Lily no respondió y lo único que su madre pudo oír fue un sollozo emitido de tanto en tanto, parcialmente ahogado por la almohada.

Se preparó algo para comer y terminó tan rápidamente como le fue posible. Mientras lavaba y secaba los platos, oyó que alguien entraba de puntillas en la galería trasera. Esperó y escuchó, y de pronto se encontró contemplando por la ventana los vagos contornos del rostro de Jethro. Su primer pensamiento fue encontrar algo para arrojárselo, pero, cuanto más la miraba Jethro, tanto menos deseosa se sentía ella de echarlo. Le temblaron las manos y se sorprendió de sentirse ansiosa de su compañía. Dejando a un lado los platos, salió a la galería sumida en penumbras. Jethro retrocedió inmediatamente y se apoyó contra la baranda, listo para saltar al suelo.

Cuando los ojos de ella se acostumbraron a la oscuridad, observó en silencio al hombre. Jethro se mostraba nervioso e incapaz de quedarse quieto. Se recostó contra uno de los postes.

—¿Qué buscas aquí, Jethro? —preguntó ella al cabo de un rato.

—Bueno, Molly, mira —comenzó a decir él con vacilación—, esa es una pregunta demasiado difícil como para contestarla de buenas a primeras. No sabría dónde comenzar con exactitud. Sea como fuere, tuve la sensación...

Molly se dirigió a la mecedora y se sentó. Jethro la contempló, esperanzado.

—¿Dónde has estado desde que te fuiste de aquí? —preguntó ella.

—Aquí y allá; en ninguna parte en especial, Molly.

—¿Por qué no regresaste a Woodbine?

—No pude decidirme a hacerlo, Molly. Te aseguro que estar aquí me agrada

mucho más.

Molly guardó silencio durante un rato. Se meció con tanta rapidez como pudo.

—Nunca me sentí tan remalditamente triste y solitaria en toda mi vida, Jethro —dijo ella de pronto. Detuvo el movimiento de la mecedora—. No sé cómo te sentirás tú, pero esto es algo que una mujer difícilmente puede soportar. Le produce a una cosas raras. Me hace querer dejar de vivir.

Continuó meciéndose.

—Cuando la soledad se hace tan intensa que resulta imposible soportarla, una está dispuesta a hacer cualquier cosa en el mundo para contenerla. Yo lo sé, porque la he sentido tan a menudo que ahora, cuando la siento comenzar a insinuármeme, preferiría estar muerta a tener que aguantarla otra vez. Un ser humano puede soportar muchas cosas, pero la soledad no es una de ellas. La soledad es la peor sensación que existe. Es la única oportunidad en que una prefiere estar muerta y no viva.

Jethro comenzó a cruzar sigilosamente la galería, en dirección a Molly. Se movió un poco, y luego se detuvo para ver si ella lo había advertido. Molly no dijo nada, y, animándose, él se acercó cada vez más, hasta que se encontró apoyado contra la baranda, frente a ella. Podría haber extendido la mano para tocarla, si hubiera tenido el valor necesario.

—No sé qué hacer —dijo Molly con un ademán desesperado de las manos—. Ya no puedo aguantar más esta soledad, y si creyera que puedo confiar en que dejarás tranquila a Lily...

—Oh, eso puedo prometértelo diez veces —le aseguró él sin un momento de vacilación—. Te lo puedo prometer con toda seguridad. Y, de todos modos, no habrá ninguna necesidad de que la moleste a ella, si tú y yo...

—¡Malditos sean los hombres! —exclamó ella, cubriéndose el rostro con las manos—. ¡Qué vida para el elemento femenino! ¡Malditos sean todos los hombres! Jethro la observó con ansiedad.

—Molly, te juro por Dios que prometo lo que dije hace un momento. Dije en serio hasta la última de las palabras.

Las manos de Molly cayeron sobre su regazo mientras las lágrimas comenzaban a correrle por las mejillas. Al cabo de unos instantes se levantó, haciendo señas a Jethro de que la siguiera. Cuando se encontraron en la cocina, ella se detuvo ante la mesa y se secó las lágrimas con el dobladillo de las faldas. Luego

se volvió a Jethro, con una sonrisa dibujándosele en el rostro.

—¿Qué quieres comer, Jethro? —preguntó con un hipo—. Puedo freírte algunas salchichas de cerdo y calentar unas habichuelas. ¿Te gustaría eso, Jethro?

—Ya lo creo que sí, Molly —respondió él con tono agradecido—. He estado deseando tanto una verdadera comida preparada por una mujer, que no sabía qué hacer.

XVII

—¡Bueno! ¿Quién será ahora? —exclamó con voz enfurecida.

Dejó la sartén que estaba fregando y, con los brazos en jarras, miró coléricamente a Jethro, con el entrecejo fruncido, como si lo culpara de la intrusión. Jethro meneó tímidamente la cabeza. Había terminado de comer las salchichas y las habichuelas recalentadas y se encontraba todavía sentado a la mesa de la cocina. Inclino la cabeza y escuchó el ruido que resonaba en el vestíbulo. Molly inspiró profunda y resignadamente y aguardó. Alguien entraba estrepitosamente en la salita y salía de ella, y después de ello escucharon las mismas pisadas ruidosas en el dormitorio de Molly.

—Vivir en esta casa es peor que tratar de tener un poco de intimidad en el techo de un galpón de desmotar algodón —dijo ella—. Nunca he visto nada semejante. Nunca sabes, de un momento para el otro, quién va a venir a buscar qué cosa. Supongo que lo único que puedo hacer es poner algunas cerraduras en las puertas, pero eso, con toda seguridad, me crearía una cantidad de desagradables enemigos.

Las bulliciosas pisadas, resonando nuevamente en el vestíbulo, se acercaban. Jethro hizo girar su silla para poder observar la puerta. La mano izquierda de Molly apartó varios mechones de cabello del rostro de su dueña.

En ese momento apareció en la puerta la cara agitada y de mirada enloquecida del reverendo Bigbee. Las arrugas de su largo rostro eran más profundas y netas de lo que jamás las viera Molly. Su piel floja tenía el color de la ceniza.

—¡Oh, mi Dios! —exclamó Molly, sobresaltada por su aspecto.

Él se tambaleó, vacilante, por un momento, y luego extendió la mano y se tomó del respaldo de una silla para apoyarse. Sosteniéndose, movió su pesado cuerpo hasta que se encontró en situación de sentarse.

Adelantó varios pasos, estirando al mismo tiempo el cuello y atisbando con suspicacia en torno. Luego se volvió a Molly, mirándola ceñudamente.

—¿Dónde está ella? —preguntó con voz ronca.

Los labios de Molly se entreabrieron, pero no emitieron sonido alguno.

—¿Dónde está ella? —repitió él con la misma voz ronca.

Molly sacudió la cabeza mientras le contemplaba con temor.

El reverendo Bigbee se volvió a Jethro con un movimiento amenazador de su cuerpo de elevada estatura. Jethro se puso apresuradamente de pie y, con un movimiento vacilante, derribó la silla.

— ¿La ha visto usted? —preguntó el otro a Jethro.

Levantando torpemente la silla, Jethro negó con la cabeza.

Después de mirar furiosamente, con expresión de sospecha, primeramente a Jethro y luego a Molly, el reverendo se volvió y salió de la cocina, en dirección al vestíbulo. Cuando vio la puerta del dormitorio de Lily se detuvo y golpeó fuertemente. No obtuvo respuesta; abrió la puerta de par en par y entró. Después de echar una rápida mirada en el cuarto, comenzó a revisar el ropero. Lily se sintió tan sorprendida al ver al reverendo, que se incorporó y dejó de llorar. Él se arrodilló y miró debajo de la cama.

— ¿Ha estado ella aquí? —preguntó a la joven.

Lily, todavía preguntándose qué buscaría en su cuarto, sacudió la cabeza.

— ¿Has visto a *Mrs.* Bigbee, Lily?

— No, señor —respondió ella.

— ¿Estás segura, Lily?

— Sí, señor.

Él abrió la puerta del ropero y revisó cuidadosamente, una vez más, su interior, antes de salir y regresar a la cocina.

Molly y Jethro, que habían observado mientras el reverendo registraba el cuarto de Lily, se apartaron de su camino. Acercando una silla a la mesa de la cocina, él se sentó con un gruñido. Tenía revuelto y despeinado el pelo negro y llevaba la americana sobre la camiseta.

Con un movimiento nervioso metió la mano en el bolsillo y extrajo una arrugada hoja de papel.

— Encontré esto en mi almohada —dijo acusadoramente a Molly—.

Christine lo dejó allí. — Estrujó el papel en la palma de la mano. El desordenado mechón de cabellos le cayó más todavía sobre la frente —. Se ha ido... me dejó —dijo con voz angustiada. Los hombros se le cayeron patéticamente y la flácida piel cenicienta se le arrugó en la barbilla —. No lo entiendo... Siempre fui un buen esposo para ella. ¿Por qué una mujer habría de hacer una cosa semejante?... ¿Qué es lo que se apodera de ella y la lleva a hacer una cosa así?

Miró a Molly con desolación.

—Hice lo posible para mantenerla satisfecha, pero, por algún motivo, jamás lo logré. Le agradaban más las cosas terrenas que las cosas sencillas de la vida. Quería los últimos estilos de la moda en materia de vestidos, quería ir al cine, quería escuchar músicaailable en la radio... quería hacer todo aquello que yo desapruebo. Incluso quiso que yo le permitiera fumar cigarrillos cuando estábamos solos, y, a fin de conseguir lo que quería, trató de hacer que yo también fumara. Pero, naturalmente, no acepté. Una y otra vez tuve que hacerla cambiarse de ropas, porque las que llevaba eran impúdicas. Me pareció que al cabo de diez años la había convencido en punto a todo lo que era bueno para ella. Y ahora fue e hizo eso. No sé qué haré. Es un golpe espantoso, para un hombre de mi posición, esto de que su esposa se fugue.

Lily apareció en la puerta para escuchar lo que decía el reverendo.

—Si solamente supiese adónde ha ido —dijo, mirando suplicantemente a Molly—, si solamente lo supiera... Gustosamente la traería de vuelta y la perdonaría. No me molestaría hacerlo, porque rezaría por ella y la haría sentirse arrepentida por lo que hizo. Se ha escapado como una chiquilla mimada. —Se inclinó hacia adelante y observó escudriñadoramente a Molly—. ¿Tiene alguna idea acerca de adónde ha ido, *Mrs. Bowser*?

Molly negó con la cabeza.

—No dijo exactamente adónde iba.

El reverendo se puso en pie de un brinco.

—¡Eso quiere decir que usted la vio! —Permaneció frente a Molly—. ¿Dónde está, *Mrs. Bowser*? ¿Adónde fue? ¿Cuándo partió?

—No lo sé, reverendo Bigbee —respondió ella, sacudiendo la cabeza—. No me lo dijo. Esa es la pura verdad, reverendo.

Él la miró severamente.

—Dios quiere que me diga la verdad, *Mrs. Bowser*. —Se acercó más a ella—. ¿Estaba sola, *Mrs. Bowser*? ¿Había alguien con ella?

—Bien, sí, me parece recordar que alguien la acompañaba —dijo ella, sintiendo como si una fuerza coercitiva le pusiera las palabras en la boca—. Ahora que lo pienso, sí, estaba con alguien.

—¿Quién? ¿Quién era?

—Un hombre.

Él hizo ademán de llevarse la mano al rostro, pero la mano se le cayó flojamente contra el suelo.

—¿Se fue con un hombre? —inquirió, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

Molly asintió.

—¡No puedo creerlo!... ¿Quién era?

—Un vendedor... un caballero de primera clase. Me lo habían presentado anteriormente. Y yo me enorgullezco de haberlo conocido.

—¡Oh, Dios! —masculló él—. ¿Cómo se llama?

—*Mr. Benny Ballard.*

—¿De dónde vino? ¿Cómo lo conoció Christine? ¿Cuándo lo vio por primera vez?

—Vino al pueblo para vender máquinas. Benny es un caballero sumamente fino. En la actualidad no se encuentran muchos hombres tan agradables como él.

—Que Dios, en el Cielo, tenga piedad —dijo él para sí, mientras se sentaba y se pasaba los dedos por entre el cabello.

—Y ya que Christine se fugaba —dijo Molly—, es mucho mejor para ella que lo haya hecho con Benny Ballard y no con muchos otros que podría nombrar.

—¿Sabe adónde fueron, *Mrs. Bowser*? —preguntó él con voz cansada.

—No me lo dijeron, reverendo Bigbee. No quisieron decirme nada acerca de sus planes para el futuro. Lo único que dijeron fue que se irían a algún lugar en donde nadie los encontraría. Yo no sabría siquiera dónde comenzar a buscarlos.

—¡Esto es terrible! —exclamó él, cubriéndose la cara con las manos—. Es mucho peor de lo que creí al principio. Estoy hundido. Ninguna congregación querrá a un pastor cuya esposa ha huido con otro hombre para vivir en el pecado. He llegado al final. No puedo continuar.

Molly escuchó sus angustiados gemidos y trató de pensar en alguna frase que lo alentara. Él permanecía sentado allí, con la cabeza inclinada y el rostro cubierto por las manos.

—No debería culpar del todo a Christine, reverendo Bigbee. Esas cosas suceden a cada rato. Muchas mujeres se sienten insatisfechas, y lo único que pueden hacer es huir con algún hombre. Muchas de ellas son tan fogosas como Christine y piensan que les es necesario irse mientras tienen una oportunidad. Calculan que, si la cosa no resulta bien, siempre tendrán el recurso de regresar.

—Pero es que yo siempre hice lo que creía bueno para ella.

—Solo las propias mujeres saben qué es bueno para ellas, y, lo que es más, lo declaran. Si usted hubiera escuchado a Christine y la hubiera dejado salirse con

la suya de tanto en tanto, esto no habría ocurrido. Ella trató muchas veces de decírselo. Así me lo comunicó a mí.

Él agitó la mano, como rogándole que se callara. Luego se puso de pie y se paseó por la cocina.

—No sé de qué está hablando. No sé qué quiere decir. —Se paseó, ida y vuelta, varias veces—. Lo único que sé es que estoy arruinado... arruinado para siempre. Soy un hombre deshonorado. Jamás podré volver a llevar la cabeza erguida en Agrícola, aunque viva hasta alcanzar cien años de edad. La vergüenza es demasiado grande. El dedo de la befa me señalaría eternamente. He llegado al cabo de mi existencia. La buena *Mrs. Trotter* me lo advirtió con esas mismas palabras, una vez y otra... me dijo que Christine no servía para ser la esposa de un sacerdote... Debería haber escuchado a *Mrs. Trotter* antes de casarme con Christine. *Mrs. Trotter* habría sido una buena esposa para un religioso. Pero ahora es ya demasiado tarde... demasiado tarde. He llegado al fin.

Cruzó la cocina, salió por la puerta y lo oyeron vagando por los otros cuartos de la parte delantera de la casa. Molly meneó la cabeza tristemente para sí.

Los tres escucharon los paseos desatinados del reverendo, que pasaba de un cuarto al vecino.

—Lo siento por él —declaró Molly suspirando—, pero no puedo hacer nada. Él tiene la culpa, y lo sabe. Supongo que eso le servirá de lección. Quizá su próxima esposa, si alguna vez tiene otra, ganará con ello.

—¿Qué hará, mamá? —preguntó Lily—. ¿Pensará quedarse ahí y pasearse durante toda la noche?

—¿Qué puedes hacer por un hombre como él? —replicó Molly—. No puedes consolarle, porque no te será posible aproximarte a él lo suficiente como para apartar sus pensamientos de sus penas. ¿Qué otra cosa se puede hacer? ¡Nada!

—Me duele verle tan desazonado, mamá. No me gusta ver a nadie sufrir tanto como él sufre ahora y no hacer nada para ayudarlo.

Molly sacudió un dedo.

—Aléjate de él, ¿me oyes? Esta es una oportunidad en que no quiero verte hacer nada. No voy a quedarme aquí viendo cómo tratas de consolarlo. Hay límites para todo, y este es uno de ellos.

—Pero, aunque solo le hablara, mamá, podría serle de alguna utilidad.

—¡Absolutamente nada de eso! —exclamó ella terminantemente, volviendo

a agitar un dedo ante Lily.

Se oyó un golpe fuerte y sordo en uno de los cuartos, un golpe que hizo estremecer la casa. Jethro se puso de pie y miró en torno.

— ¿Qué fue ese ruido, Jethro? —inquirió Molly.

— Pareció algo así como si una cosa pesada cayera al suelo.

— ¿De dónde provenía?

— De por allí —dijo él, señalando el corredor.

Los tres salieron de la cocina y se encaminaron con cautela a la parte delantera de la casa. Molly fue la primera en mirar en su dormitorio. Lanzó un grito.

El reverendo Bigbee se encontraba esparrancado en el piso desnudo y una mancha vívida se iba extendiendo por las tablas de pino. Todavía tenía en la mano derecha un trozo dentado de un vaso de vino roto. Se había quitado la americana para arrojarla sobre la cama antes de tajearse el brazo con el vidrio.

— Lily, corre a lo de los Trotter y telefonea para llamar a un médico

—ordenó Molly, empujándola hacia la puerta—. ¡De prisa, Lily!

— ¿Quieres que llame al doctor Logan?

— No. Llama a cualquiera que no sea él. No lo quiero ver por aquí, si puedo evitarlo.

Hizo salir a Lily de la casa y retornó a su cuarto. Mientras ella y Jethro se inclinaban sobre el reverendo, pudo ver que el pecho de este se movía cuando respiraba. Tenía los ojos abiertos, pero no la reconoció. Molly tomó una toalla del lavatorio y entre ambos se la enrollaron en el brazo, sobre el codo.

— Reverendo Bigbee... —le dijo ella—. Reverendo Bigbee, ¿se siente bien?

Él no respondió. Jethro apretó más aun la toalla en torno del brazo.

— Es demasiado tarde como para que eso sirva de algo, ¿no te parece, Jethro? —dijo ella.

— Eso creo —confirmó él—. Si hubiéramos llegado un poco antes...

Lucy y Clyde entraron corriendo en la habitación.

— ¡Es mi pastor! —exclamó Lucy, arrojándose sobre el reverendo Bigbee—. ¿Qué le han hecho? ¡Lo han asesinado! ¡Eso es lo que han hecho!

Clyde trató de levantar a Lucy, pero esta se aferró al reverendo.

— ¿Qué estaba usted haciendo en esta casa, reverendo Bigbee? —preguntó, volviéndose luego y mirando acusadoramente a Molly.

— Vino a buscar a Christine —respondió Molly calmadamente—, y cuando

descubrió que ella se había fugado, entró en esta pieza y se cortó el brazo con ese trozo de vidrio roto.

— ¡Esa es una mentira! — gritó Lucy —. ¡Usted misma lo asesinó! ¡Lo hizo venir aquí y luego lo mató!

— ¡No!

— ¡Ya lo creo que sí!

— Vino a buscar a Christine... eso fue lo que lo llevó a hacerlo.

— ¿Dónde está *Mrs. Bigbee*? — averiguó Lucy.

— Ya le he dicho que huyó. Se escapó con un hombre.

Lucy se desmayó y cayó hacia atrás, al suelo. Clyde la levantó y la llevó a la cama. Molly y Lily trajeron una toalla y un poco de agua y trataron de revivirla.

Mientras intentaban hacer volver en sí a Lucy, entró el doctor Logan. Miró primeramente el cuerpo del reverendo Bigbee, tendido en el suelo, y luego a Lucy Trotter.

— ¿Qué ocurre aquí? — preguntó.

Molly giró sobre sus talones al escuchar su voz.

— ¡Te dije que no telefonaras al doctor Logan, Lily! — exclamó airadamente —. ¡Te recomendé que llamaras a otro médico!

— Estaba tan excitada que no se me ocurrió ningún otro, mamá — contestó Lily —. Por favor, no te enojés.

El médico examinó al reverendo Bigbee y luego se levantó y miró a Lucy.

— Será mejor que la lleve a casa y que la tenga tranquila, Clyde — dijo —. Le daré algunas píldoras, que debe tomar cada hora, hasta que consiga hacerla dormirse. — Abrió su maletín y metió media docena de píldoras blancas en un sobre. Luego volvió junto al cuerpo del reverendo Bigbee —. No puedo hacer nada — dijo —. Ha habido mucha pérdida de sangre.

Clyde sacó a Lucy del cuarto y se dirigió a su casa con ella. El médico se volvió a Jethro.

— Lo que hay que hacer es avisar a su esposa y telefonar al enterrador — comunicó a Jethro. Este miró interrogadoramente a Molly —. ¿Dónde puedo lavarme las manos?

Jethro lo condujo a la cocina. Molly y Lily los siguieron.

— *Mrs. Bigbee* debería ser notificada inmediatamente — observó el médico, mirando por sobre el hombro mientras se lavaba las manos en la pileta —. Molly, quizá debería ser usted la que lo hiciera.

—Christine Bigbee se escapó esta noche, doctor —informó ella—. Eso es lo que ha causado todo esto. Él vino aquí a buscarla. Y, cuando descubrió que Christine y Benny Ballard se habían fugado, se suicidó.

—¿Qué me dicen! —exclamó el médico, confuso—. Jamás habría pensado que ella pudiera hacer algo semejante.

Se secó las manos en la toalla que le alcanzaba Jethro.

—¿Quién es ese Benny Ballard?

—Es un caballero muy fino, doctor. Yo también me habría ido con él, si me lo hubiera pedido; pero no lo hizo. Christine se sintió atraída hacia él como el granizo hacia el techo de un galpón de desmotar algodón.

—¡Bueno, maldito sea! —dijo él, meneando la cabeza—. Estas cosas suceden, ciertamente, en los lugares más inesperados. Jamás habría pensado que la esposa del reverendo Bigbee huiría de ese modo. —Sonrió a Lily, se acercó a ella y le posó un brazo sobre el hombro—. ¿Dónde te has metido últimamente, Lily? —dijo, inclinándose sobre ella en ademán de intimidad—. Hace mucho, muchísimo tiempo que no te veo. —La abrazó con fuerza—. Hace demasiado tiempo, Lily.

Lily le sonrió antes de volverse para contemplar el rostro inexpresivo de su madre.

XVIII

Era la medianoche pasada cuando Lily y Perry subieron en el ascensor hasta su cuarto del décimo piso del hotel. Hacía ya tres días que habían partido de sus casas y se los pasaron sentados en cinematógrafos, desde que comenzaban las funciones, a las nueve y treinta de la mañana, hasta que terminaban, a medianoche. Ese día habían visto cinco distintos programas de dos películas cada uno, y uno de ellos lo vieron dos veces, porque Lily dijo que quería volver a ver nuevamente el viaje a caballo por la montaña.

Lily se mostraba en éxtasis. En Agrícola había un solo cinematógrafo, que cambiaba de programa solo dos veces por semana; y ella jamás tuvo la posibilidad de ver tantas películas como deseaba.

—¿No es sencillamente maravilloso, Perry? —dijo con excitación cuando se encontraron en la habitación. Se sentó en el borde de la cama y golpeó los pies en el suelo, como marcando el compás de alguna música—. Me siento como una hermosa flor que abriera sus pétalos a la cálida luz del sol, preparándose para florecer por primera vez. Es tan maravilloso que me siento recorrida por un estremecimiento cada vez que pienso en ello. ¿No te parece espléndido ver todas las películas que queramos, Perry? Podría verlas eternamente sin cansarme nunca. ¿No te hace sentirte vivo, hormigueante, Perry? Siento que un temblor me recorre el cuerpo a cada minuto. No quiero irme nunca de aquí para volver a esa vieja y adormilada Agrícola. Ya no podría soportar ese pueblo viejo y melancólico, con solo dos películas por semana, después de haber conocido esto. ¿Y tú, Perry?

A Perry le dolían los ojos y se sentía aturdido y mareado. Sufría agudas jaquecas desde esa mañana a las diez. Durante la última película de esa noche, la pantalla se tornó tan borrosa para él que no pudo comprender de qué trataba.

—Oh, yo creo que es demasiado emocionante para ser descrito con palabras —dijo Lily, levantándose y paseándose por la habitación—. Siento que ya no soy la misma de antes. —Se quitó los zapatos a puntapiés y comenzó a desnudarse, esparciendo las prendas por el piso—. ¿Has visto alguna vez en tu vida a alguien tan emocionante como Gene Autry cuando sonrío, Perry? Ojalá me arrebatara y me hiciera el amor. ¿No es divino? —Cuando terminó de desvestirse, se dirigió al espejo y se cepilló enérgicamente el cabello—. Y, Perry, ¿te acuerdas de esa película

en que Rita Hayworth tuvo que luchar tanto para retener al hombre que amaba? Te juro que tenía ganas de ir hacia ella y hacer algo para ayudarla. Era desolador eso de estarme sentaba allí sin poder hacer nada para que él se diera cuenta de cuán maravillosa sería la vida en compañía de Rita. ¡Pobrecita! ¡Casi me morí cuando él la abandonó por esa criatura sucia que conoció en las carreras! ¿No te parece que Gene Autry y Rita Hayworth harían una maravillosa pareja de amantes? ¡Quién sabe si ellos lo sabrán!... Alguien tendría que decírselo inmediatamente, mientras son jóvenes. ¿No crees que yo me parezco a Rita Hayworth? Tenemos el mismo tipo de cuerpo, que hace que los hombres se enloquezcan por nosotras, ¿no es verdad, Perry? Tenemos los mismos ojos soñadores, ¿no es así, Perry?

—Retrocedió, poniéndose una mano sobre la cadera, y se miró en el espejo con expresión aprobadora—. Me alegro de que hayamos venido —dijo, mientras conservaba la rígida postura—. Al principio temía que fuese una tontería, pero ahora creo que es la cosa más maravillosa que jamás me haya ocurrido. ¡No me la habría perdido por nada del mundo! ¡Es demasiado maravilloso como para ser descrito con palabras!

Con una carrera y un salto, se arrojó en la cama. Antes de que Perry pudiese apagar las luces, ella extendió la mano hacia la mesita de luz y tomó una pila de revistas de historietas que le había hecho comprar. Había leído docenas de esas revistas desde que llegaron al hotel, y a Perry le resultó imposible hacer que se interesara en alguna otra cosa cuando no estaban en el cine. Cuando salieron del pueblo, en el ómnibus, Lily le había prometido que se casaría con él inmediatamente. Lo primero que hicieron fue encontrar un lugar donde alojarse, pero, después que se inscribieron en el hotel, era demasiado tarde para sacar la licencia matrimonial. A la mañana siguiente, Lily hizo que Perry la llevase al primer cinematógrafo que encontraron, camino de la oficina de licencias, y desde entonces el joven no logró convencerla de que dejase de ir al cine o de leer revistas de historietas el tiempo suficiente como para solicitar la licencia. Además de todo eso, Perry estaba constantemente preocupado por el hecho de que compartieran el mismo cuarto —aun cuando se habían anotado en el registro como *Mr.* y *Mrs.* Perry Trotter— cuando todavía no estaban casados. Estaba seguro de que la policía derribaría la puerta en cualquier momento y los arrestaría.

Perry se acostó y se arrimó a Lily lo más que pudo, mientras ella leía las revistas. Además de todos los pensamientos que lo acosaban, estaba inquieto por el dinero. Cuando partieron de Agrícola, se había llevado consigo todos sus ahorros

bancarios, y en ese momento sabía que apenas le quedaba lo suficiente para pagar el billete de regreso en el ómnibus, después de abonar la licencia matrimonial y quedarse dos noches en el hotel. En rigor, Lily le había hecho gastar tanto dinero en cine y revistas, que no le quedaba bastante para pagar la cuenta del hotel, y mucho menos para comprar los billetes de ómnibus. Sabía que tendría que telefonar a su padre y pedirle algún dinero antes de que pudiesen irse. Y había esperado tanto tiempo antes de hacerlo porque sabía que su padre le preguntaría si ya estaban casados. Su madre empeoraría aun más las cosas si le telefoneaba a ella, pero esperaba poder evitarlo llamando a su padre al taller. Había dicho varias veces a Lily que estaban sin dinero, pero eso no la impresionaba en lo más mínimo.

Permaneció acostado junto a ella durante media hora, esperando a cada instante que la joven dejara las revistas. De tanto en tanto ella se reía de algo que leía en las historietas y se acomodaba mejor en las almohadas. Perry se levantó en dos ocasiones para beber agua, y en ambas oportunidades pasó por sobre ella en lugar de bajar por su costado de la cama, pero hasta ese momento le fue imposible atraer su atención. Finalmente, con la cabeza aturdida por relámpagos de dolor, se durmió.

La mañana siguiente despertó antes que Lily y se levantó y se vistió apresuradamente. Ella estaba aún dormida cuando él salió de puntillas del cuarto y descendió al vestíbulo del hotel para telefonar a su padre al taller de Agrícola.

Tal como lo temió, lo primero que Clyde preguntó fue si ya estaban casados. Perry fingió no haber podido oírle claramente. Clyde formuló la pregunta por segunda vez, y las palabras aullaron ruidosamente contra el oído del joven. Perry masculló una respuesta.

— ¡Me alegro de tener noticias tuyas, hijo! — le gritó su padre —. ¿Qué tal es eso de sentirse hombre casado? ¿Sientes ahora algo distinto que antes?

No se le ocurrió forma alguna de seguir esquivando la pregunta, y se dio cuenta de que su padre debería enterarse, más tarde o más temprano. Mientras Clyde le gritaba otra cosa, resolvió que sería mejor que le contara la verdad y terminara con ello.

— Papá, algo ha ido mal — dijo, como preliminar.

— ¿Qué es lo que fue mal?

— Todavía no ha salido bien.

— ¿Qué es lo que no ha salido?

— Aún no estamos casados — dijo él temerosamente.

— ¿Aún no están qué?

— Aún no estamos casados.

— ¿Por qué no? — bramó Clyde—. ¿Qué demonios han estado haciendo allí todo este tiempo?

— Poca cosa.

— ¡Poca cosa! — repitió Clyde—. ¿Por qué? ¿No se escaparon para casarse? ¿No fue para eso por lo que salieron de aquí? Es la cosa más remaldita que jamás he oído. ¿Qué están esperando?

— Lily dice que todavía no está dispuesta.

— ¡Todavía no está dispuesta! — gritó su padre en el teléfono—. ¿Qué necesita para estarlo?... ¿No lo estaba cuando huyó contigo?

— Yo creí que sí, papá.

— Y entonces, ¿qué le pasa?

— No me lo dice, papá. No sé de qué se trata.

Clyde no respondió inmediatamente. Perry escuchó el zumbido del aparato, que le bordoneaba en el oído, mientras aguardaba que su padre le dijera algo.

— ¿Entendiste lo que te dije, papá? — preguntó.

— Te oí, pero no te entiendo.

— No quiere hacerlo, papá, eso es todo. Yo no puedo obligarla.

— ¿Están juntos, por lo menos?

— Sí, señor — respondió él con voz temblorosa.

— Bueno, y entonces, ¿qué demonios es lo que ocurre?

— Ella quiere ir constantemente al cinematógrafo, y luego, cuando regresamos al hotel, lee historietas cómicas...

— ¿Que hace qué?

— Lee historietas cómicas, todo el tiempo, en la cama.

— Repíteme eso, hijo — pidió su padre con voz lejana—. Me parece que no te escuché bien.

— Lee las historietas... las revistas cómicas... como *Jack el Agente Secreto* y *Secretaria Confidencial*, de las que venden en las boticas por diez centavos.

Hubo un largo silencio.

— ¿Qué puedo hacer, papá? — preguntó Perry con voz implorante.

— Estoy desconcertado — admitió Clyde—. No sé qué puedes hacer con una mujer como esa. Nunca anteriormente conocí a una como ella. Es todo nuevo para mí. No hay forma de conocer a esta generación joven. Quizás está planeando una

gran boda, o algo por el estilo.

—No actúa como si planeara boda alguna —dijo Perry con voz débil—. Se comporta como si estuviese sencillamente loca por las películas y las revistas de historietas.

—Lo único que se me ocurre, de primer intento, es ocultarle la ropa para que no pueda salir a ver esas malditas películas. Eso podría dar resultados. No sé.

—Seguiría leyendo las revistas en la cama —dijo Perry—, pero podría ser útil. Sea como fuere, lo probaré. —Se interrumpió por un instante—. ¿Lo sabe mamá?

—Es claro que lo sabe —respondió Clyde—. Por lo menos cree que lo sabe. Cree que tú y Lily se casaron en seguida cuando huyeron. Solo Dios sabe qué diría si se enterara de que todavía no se han casado. Ya sabes cómo es tu madre.

—No le dirás que algo anda mal, ¿verdad, papá?

—No le diré nada, pero será mejor que tú pongas manos a la obra y te cases antes de que ella se entere.

—Lo haré —prometió Perry. Luego agregó, desesperado—: Estoy sin dinero, papá. ¿Puedes mandarme un poco inmediatamente?

—Ya veré qué puedo hacer en ese sentido —le respondió Clyde.

—Por favor, no esperes mucho tiempo, papá. He gastado casi todo lo que tenía.

Después de salir de la cabina telefónica, Perry entró en el ascensor y subió a la habitación. Lily estaba todavía dormida, y él tomó apresuradamente las ropas de la joven y las ocultó entre el tocador y la pared. Cuando estuvo seguro de que todas sus cosas estaban fuera de la vista, se sentó en la cama. Lily se despertó lentamente. Miró el cielo raso con ojos entreabiertos, levantó la cabeza y contempló la brillante luz del sol que entraba por las ventanas. Al cabo se incorporó y se apoyó contra las almohadas.

—Hola, Perry —dijo descuidadamente, lanzándole una ojeada mientras se inclinaba hasta el suelo y tomaba un puñado de revistas.

—Lily, apurémonos a desayunarnos para poder ir a sacar la licencia —rogó él.

Ella hojeó una de las revistas hasta que encontró la página que buscaba.

—¡Caray, Lily! ¿No quieres casarte nunca? —dijo, tocándola con una mano—. Dijiste que nos casaríamos en cuanto llegáramos. ¿Ya no lo quieres? ¿No crees que deberíamos hacerlo?

—Hay mares de tiempo, Perry —replicó ella, apartándole la mano—. No hay necesidad de prisa alguna. A mí me gusta así. Me siento como Rita Hayworth cuando se despertó y descubrió que ese hombre espantoso la había abandonado durante la noche, después de que ella le entregó prácticamente su alma. Es en ocasiones como esta cuando nosotras, las mujeres, sufrimos terribles tormentos. Te deja una enorme sensación de vacío en lo más hondo del ser, Perry, y no te es posible pensar en otra cosa. Es claro, tú estás sumamente enojada con él, pero harías cualquier cosa por él si volviera y te tomara en sus brazos. Así me siento yo exactamente, Perry. Es una emoción maravillosa...

Él le arrebató la revista de las manos y la arrojó a través del cuarto. Lily saltó de la cama. Pateó furiosamente y se golpeó los puños.

—¡Ahora, por eso, Perry Trotter, no te diré cuándo me casaré contigo! ¡Ahora puede que cambie de idea y no me case jamás contigo! ¿Por qué tuviste que ir y arruinarlo todo?

Se paseó por el cuarto, buscando sus ropas.

—Por favor, no te portes de ese modo, Lily —suplicó él.

—Es hora de ir al cine.

—No volveré a ir al cine mientras viva —declaró él desafiantemente—. He terminado con esas cosas. Ya he tenido suficiente.

—Puedes quedarte aquí, Perry, y yo iré sola —le dijo ella con sequedad, arrodillándose y buscando bajo la cama—. ¿Dónde están mis ropas, Perry Trotter?

Perry pasó por alto la pregunta, se dirigió a la ventana y contempló la calle. Había estado allí un corto rato cuando ella le tomó del brazo y le hizo girar.

—¡Dame mi ropa ahora mismo, Perry Trotter! —gritó—. No lo toleraré. ¿Me oyes?

Perry estaba decidido a seguir el consejo de su padre, y se preguntó qué haría este en las circunstancias actuales. Lily golpeaba impacientemente con el pie en el suelo.

—¡Lily...! —rogó él, dirigiéndose hacia la joven y tratando de abrazarla. Ella le apartó antes de que pudiera tocarla—. ¡Por favor, Lily...!

—Estoy esperando a que hagas lo que te pedí, Perry Trotter —dijo ella con firme determinación—. No me vas a quitar las ropas para impedirme que vaya al cinematógrafo.

Él trató de pensar qué haría ahora su padre, pero resultaba difícil imaginar a Clyde encarado por Lily, recibiendo la orden de que le devolviera las ropas. La

joven permanecía en actitud de desafío mientras él pensaba qué podría hacer. Quería abrazarla y suplicarle, pero, cuando se acercó, el brazo de Lily le empujó el pecho y se encontró tambaleando hacia atrás.

Entonces fue al tocador y lo apartó de la pared. Las ropas de ella cayeron en montón al suelo y él las tomó y se las llevó. Lily se las arrancó de las manos y se volvió de espaldas mientras se vestía. Perry se sentó al pie de la cama y contempló con expresión abatida. Lily pasó varios minutos en peinarse y arreglarse el cabello. Y, cuando eso quedó terminado, tomó su bolso y se dirigió a la puerta.

—¿Cómo vas a entrar en el cinematógrafo?

Lily se detuvo, con la mano en el picaporte.

—No tienes suficiente dinero para entrar —agregó él con un tono de confianza—. Y no te dejarán entrar gratuitamente.

Ella abrió tranquilamente el bolso. Ambos sabían que no tenía dinero en él.

—Ya entraré de algún modo —dijo, con una sonrisa fugitiva. Salió del cuarto y dio un portazo.

Perry se sintió anonadado. No supo qué hacer. No se le había ocurrido que ella se fuese, dejándole, tuviese dinero suficiente para el cine o no. Eran las diez de la mañana y serían las doce de la noche antes de que Lily regresara. De pronto se le ocurrió que era posible que no regresase del todo. Abrió la puerta y atravesó el corredor a la carrera, en dirección al ascensor. Cuando llegó al aparato, ella ya había bajado al vestíbulo, y él comenzó a apretar el botón de llamada. Pasaron varios minutos antes de que el ascensor se detuviera en ese piso y, cuando él llegó a su vez al vestíbulo, no logró ver a Lily en ninguna parte. Corrió a la calle, escudriñando frenéticamente los rostros del gentío. Al cabo de un rato comenzó a caminar sin rumbo, esperando encontrarla antes de que entrara en algún cinematógrafo.

Al oscurecer desistió, cansado y hambriento, y regresó al hotel. Había caminado todo el día, yendo de un cinematógrafo a otro y observando a las multitudes que entraban y salían. Ahora tenía la esperanza de que ella le aguardara en el hotel o de que le hubiese dejado algún mensaje.

Cuando abrió la puerta y entró en la alcoba, una de las luces estaba encendida, y por un momento estuvo seguro de que Lily estaba allí. Luego un hombre y una mujer, que habían estado apoyados contra la pared, se adelantaron y se colocaron junto a él. El hombre tenía más o menos la edad de su padre y la mujer parecía tener unos cuarenta años. Ambos tenían expresión torva y se

mostraban serios. El hombre estaba entre él y la puerta, para impedirle salir.

— ¿Se llama usted Perry Trotter? — preguntó el desconocido.

— Sí, señor — respondió Perry con labios temblorosos.

— Recoja sus ropas. Se vuelve usted a su casa.

— Pero ¿y Lily...? — exclamó él—. ¡No puedo dejar a Lily...!

— Ella no irá — dijo la mujer, hablando por primera vez.

— ¿No irá? — repitió Perry—. ¿Cómo lo sabe? ¿La ha visto?

La mujer asintió.

— No podrá ir — dijo bondadosamente—. Se han producido ciertas dificultades. Tendrá que quedarse aquí por un tiempo.

— ¿Qué clase de dificultades? ¿Qué hizo Lily?

La pareja no le respondió. Él trató de tragar saliva, pero le resultó demasiado difícil y casi se ahogó. Contempló el rostro serio del hombre desconocido y luego a la mujer de expresión maternal.

— ¿Qué hizo Lily? — volvió a preguntar, en tanto que cálidas lágrimas le llenaban los ojos—. ¿Por qué tiene que quedarse aquí?

— Porque dijo que volvería a escaparse si la llevábamos a su casa.

— Pero lo único que quería hacer era entrar en un cine — protestó él—. Está loca por las películas y las revistas de historietas.

— Lo sé — dijo la mujer, palmeándole bonachonamente el hombro—, pero no debería andar por la calle, pidiendo a desconocidos que la lleven al cinematógrafo. Vaya, será mejor que reúnas tus cosas para que podamos partir, Perry.

XIX

En mitad de la tarde había caído una llovizna tibia, y el sol brillaba en un claro cielo azul mientras los tres negros bajaban la última pieza de moblaje del camión y, bajo las órdenes de Molly, la colocaban en su lugar correcto en la casa. Ahora que todo estaba hecho la mujer se hundió pesadamente en una silla y contempló con satisfacción la sala y su mobiliario. Había colocado cortinas sobre las ventanas, puso el alto jarrón de porcelana azul en la mesa del centro y el perchero en el rincón, detrás de la puerta. El sofá rojo, de aspecto gastado y maltrecho en comparación con el nuevo ambiente, era, ello no obstante, cómodo y acogedor en apariencia. Una ornamentada araña de cristal que pendía del cielo raso —dejada, por insistencia de Jamie Denton, por los anteriores inquilinos— ponía un toque de esplendor y elegancia en la estancia. Molly había hecho todo lo que se le ocurrió para lograr que el cuarto tuviese una atmósfera hogareña, y se enorgullecía de lo que había conseguido en ese sentido en un solo día. Desde donde se encontraba sentada, podía mirar a través de la ventana y ver el luminoso sol de la tarde brillando en la casa vecina. Era un edificio destartado, sin pintar, de madera, con un oxidado techo de hojalata. Algunas de las ventanas habían sido rotas y cerradas con tablas, y un pujante crecimiento de malezas llegaba casi hasta el nivel de la galería. Todo el barrio estaba lleno de hierbajos y descuidado. Las calles, sin pavimentar, se hallaban taladradas de baches fangosos que jamás llegaban a secarse del todo durante el año. Los solares desocupados se encontraban llenos de pilas de desperdicios, envases de lata y carrocerías mohosas de automóviles que los chicos habían convertido en objetos de juego. Las vías del ferrocarril cruzaban a unos pocos metros de distancia y los quince o veinte vagones de carga que se hallaban siempre estacionados en los desvíos componían el único paisaje que podía ser visto desde las galerías delanteras. Muchas de las casas tenían clavados al frente carteles que rezaban *Para Hombres Solamente*, algunas tenían letreros toscamente dibujados, que decían *Huéspedes*, y algunas de las otras resultaban identificadas, como la de Molly, por un letrerito esmaltado: *Cuartos para Alquilar*. La calle, que solo tenía tres cuerdas de larga, era conocida con el nombre de Hoyo de la Gran Sal. La Gran Sal Humphrey fue la primera en vivir allí y en dejar su casa abierta para todo el mundo, y, aunque estaba muerta ya desde hacía

unos años, el nombre perduraba. En su época, la Gran Sal fue conocida en todo el Territorio Cherokee como la primera que proporcionó espectáculos vespertinos especiales, los sábados, a los agricultores que querían visitar su casa pero tenían que regresar a sus hogares al oscurecer, para ordeñar las vacas y dar de beber al ganado. Había siempre algunos hombres en el Hoyo todas las noches, pero los grandes gentíos aparecían los sábados por la noche, y, desde la caída del sol hasta las cuatro o cinco de la mañana, la calle se encontraba llena de hombres y jóvenes alborotadores, muchos de los cuales se emborrachaban antes de que terminara la jornada y se caían en los hoyos barrocos. De tanto en tanto uno de los círculos femeninos o grupos de auxiliares convocaba reuniones indignadas y hacía que el intendente clausurara las casas y echara del pueblo a las muchachas, pero, al cabo de una semana o dos, los establecimientos reabrían sus puertas y las chicas volvían poco a poco; y entonces, durante un año, aproximadamente, no se hacía nada en ese sentido, hasta que otra delegación iba a visitar al intendente.

Molly cerró los ojos, y dormitaba cuando un fuerte ruido en el vestíbulo la hizo despertarse con un sobresalto. Se irguió y miró en torno. Jamie Denton, con el huesudo cuerpo agobiado por un enorme cuadro enmarcado, entró en la sala. El cuadro, que en parte transportaba y en parte arrastraba, tendría un metro y medio, más o menos, de alto, y estaba rodeado de un grueso marco dorado. Jamie arrastró el cuadro a través de la habitación y lo apoyó contra la mesa del centro. Luego retrocedió, secándose el sudor del rostro, y le lanzó una buena mirada para poder apreciarlo en su nuevo ambiente. Molly, todavía demasiado sorprendida como para decir algo, se inclinó hacia adelante. Jamie se volvió hacia ella con una amplia sonrisa satisfecha.

— ¿Qué le parece eso, *Mrs. Bowser*? — dijo orgullosamente —. ¿Eh?

Molly hizo entusiastas movimientos de cabeza, pero seguía levemente intrigada.

— Una vez tuve que aceptarlo en pago de unos alquileres — explicó él, interrumpiéndose para inspirar profundamente — y me puse a pensar en él y resolví que lo que tenía que hacer era regalárselo a usted. No conozco a ninguna otra persona en Agrícola que pueda apreciarlo como usted, porque, por así decirlo, le sienta. Y, además, me agradecería que tenga usted un buen comienzo.

Acercó una silla y se sentó en un lugar desde el que pudiera mirar el cuadro y descansar al mismo tiempo. El cuadro al óleo estaba polvoriento y necesitado de limpieza, pero la figura, en tamaño natural, de una joven de proporciones un tanto

ampulosas, apoyada en el codo mientras se llevaba una margarita a la nariz y la olía tímidamente, era evocativa y atractiva.

— ¿Es una de sus primeras esposas, de su juventud, *Mr. Denton*? —le preguntó Molly.

— No tiene ninguna relación conmigo —replicó Jamie con indignación—. Yo no toleraría esto de que una esposa mía anduviese por la casa sin ropa alguna encima, como esa, y oliendo margaritas. Pero —agregó con tolerancia—, por otra parte, no tengo ninguna objeción que oponerle.

— Quienquiera sea, es hermosa —dijo Molly, suspirando ávidamente—. ¡Ojalá yo me pareciese a ella! No la culpo por hacer que le pintasen un cuadro y por colgarlo en la pared. Yo no vacilaría en hacer que me pintasen un retrato si fuera la mitad de bella que ella.

— En verdad es un hermoso cuadro, ¿no es cierto? —Jamie cruzó las piernas y balanceó el pie libre—. Lo tenía guardado en el ropero, pero muy pocas veces tenía oportunidad de mirarlo y no era de utilidad alguna para nadie así como estaba, guardado. Y entonces me puse a pensar y supuse que si usted lo colgaba en la sala, aquí, muchas personas solitarias podrían admirarlo y beneficiarse con él. Además de lo cual, cuando un hombre entra y lo primero que ve es un cuadro como ese, se siente inmediatamente a sus anchas, sin más.

Se puso de pie y colgó el cuadro de un clavo que alguien había clavado en la desnuda pared de madera de pino. Después de enderezarlo cuidadosamente, se dirigió al otro extremo de la habitación y se sentó en el sofá, para admirarlo con comodidad.

— Le aseguro que tiene usted una hermosa casa hogareña, *Mrs. Bowser* —dijo, contemplando la sala y asintiendo con aprobación—. Estará usted mucho mejor aquí que en la otra casa de la calle Muscadine. Hay muchos hombres solitarios en el mundo, que no tienen adónde ir y que valoran en mucho el que una mujer como usted les proporcione un hermoso lugar hogareño al que acudir. Es como siempre le digo a Fred Thurston, cuando me dice que quiere presentarse como candidato a la reelección de intendente y se preocupa por los votos de esas auxiliares femeninas. Le digo que hace falta toda clase de personas para formar un mundo y que no podríamos arreglárnoslas sin las mujeres buenas, así como no podríamos pasarnos sin las que viven aquí, en el Hoyo. Es claro que el hecho que yo sea el dueño de todas las casas de aquí, y las alquile, no tiene nada que ver con eso. Es simplemente mi espíritu cívico el que me lleva a desear que todos estén

satisfechos.

—Necesito urgentemente una alfombra nueva —dijo Molly pasando la puntera del zapato por un lugar raído del tapiz azul—. Esta cosa vieja está peor que nunca, ahora que el bellissimo cuadro cuelga de la pared. —Inspiró profundamente—. Es claro que no puedo tenerlo todo a la vez. La alfombra nueva tendrá que esperar un poco.

—Ya vendrá —le aseguró Jamie—. Ya vendrá, a su tiempo. —Dejó de mirar el cuadro y contempló la disposición de los muebles en el cuarto—. Siempre he creído en hacer primeramente las cosas principales, y mudarse aquí, al barrio sur, era la gran tarea que era preciso realizar para terminar con ella. Fue un bello trabajo, rápido y limpio, pero yo sabía que no habría dificultades en cuanto pusiéramos manos a la obra y empezáramos. Lo peor de una mudanza es pensar, de antemano, cuán difícil será. Una vez que todo ha terminado, no parece haber sido nada pesado. —Se interrumpió y observó por un momento la expresión de Molly—. Ahora que todo está hecho y concluido, espero que no queden resentimientos entre nosotros, *Mrs. Bowser*. Creo en perdonar y olvidar, y quiero hacer mi parte en ese sentido. Esa pequeña discusión que tuvimos hace poco... no le escuece a usted ahora, ¿no es cierto, *Mrs. Bowser*?

Molly sacudió negativamente la cabeza.

—No me preocupa ahora en lo más mínimo, *Mr. Denton*, puesto que ya me resigné. Todo está relegado al pasado y completamente olvidado.

—Me alegro muchísimo de oírsele decir —declaró él con alivio—. Si hay una cosa que no me agrada, es que alguien me guarde rencor. Hace que la cobranza de los alquileres resulte más dura.

—Supongo que me comporté en forma un poco apresurada esa vez y dejé que las palabras se me escaparan antes de que me fuera posible contenerlas, pero la situación en que me encontraba era desesperada. Ahora que he decidido que Jethro se quede conmigo, estoy más calma y serena. En cuanto una mujer tiene a cualquier hombre cerca, deja de perder la cabeza por insignificancias. Jethro es una lamentable excusa de hombre, pero tendrá que servirme. Resolví que sería mejor adelantar un paso y aceptarle mientras me era posible, antes de que alguna otra mujer desesperada me lo arrebatase. No logré conseguir el tipo de hombre que quería, pero soy lo suficientemente madura como para admitirlo.

—¿Dónde está él ahora? No le vi cuando llegué, hace unos minutos.

—Oh, en la parte trasera. Estaba hurgando en esas grandes pilas de

desechos la última vez que le vi.

El sol se había puesto y había ya suficiente oscuridad como para encender las luces. Molly se levantó y bajó las cortinas. Había estado esperando toda la tarde a que llegara el momento de ver la araña en todo su esplendor. Dio vuelta el interruptor con mano temblorosa. Un enceguedor despliegue de luces estalló en el cuarto. Docenas de figuras de cupidos y sirenas de vidrio irisado pendían, por medio de hilos invisibles, de la araña, y el más mínimo movimiento del aire las hacía girar y voltejar. Chispazos de luz reflejada bailoteaban en las paredes y en el cielo raso, y el enorme cuadro al óleo cobraba vida en la resplandeciente iluminación.

—Siempre he querido vivir en una casa que tuviese cosas hermosas como estas —dijo, apretándose las manos y soltándoselas, una y otra vez—. ¡Esto es demasiado bello como para ser cierto! Casi no puedo creer que sea yo quien lo contempla. ¡Es como... como... el país de las hadas, *Mr. Denton!*

Mientras ambos observaban las luces, Geraldine y Dixie Lee aparecieron en el vestíbulo, se detuvieron, y miraron, maravilladas, la araña. Ambas muchachas habían alquilado cuartos esa tarde, mientras Molly estaba todavía atareada colocando muebles, y se habían mudado inmediatamente. Geraldine, una joven delgada y pequeña, de cabello negro con reflejos azulados, era la de menos edad de las dos. Declaró tener dieciocho años, pero no parecía de más de quince o dieciséis. Dixie Lee, rubia y parlera, tenía veinte.

—¡Esa es la cosa más hermosa que jamás he visto, *Mrs. Bowser!* —dijo Dixie Lee desde la puerta—. ¡Es encantadora!

—¿No es cierto? —exclamó Molly con entusiasmo—. Me siento verdaderamente orgullosa de ella.

—¿No podríamos entrar alguna vez y sentarnos a mirarla, *Mrs. Bowser?*

—Por supuesto —respondió ella—. Quiero que todos gocen con ella. No podría guardármela toda para mí.

Mientras Molly y Dixie Lee conversaban, Jamie había tomado su sombrero y se dirigía cautelosamente hacia la puerta. Tenía en el rostro una expresión atemorizada y le temblaban las manos. Molly le tomó de un brazo.

—No se vaya tan pronto, *Mr. Denton* —dijo, tratando de alejarle de la puerta—. Todavía es temprano. Estaba pensando en hacer una fiestecita de celebración, y sé que apreciará lo que planeaba para usted, *Mr. Denton*. Quiero hacerle pasar un buen momento, que no le costará siquiera un centavo. Apuesto a

que hace mucho que no pasa un rato agradable. Venga al sofá y siéntese; converse con Dixie Lee o Geraldine. —Se volvió e hizo una seña a Geraldine.

—No, no puedo hacerlo —replicó Jamie moviendo la cabeza—. Tengo que irme en seguida. No puedo quedarme ni un minuto más.

—Pero es que las chicas quieren conocerle, *Mr. Denton*. ¿No le agradaría intimar con ellas? Son jóvenes realmente encantadoras, *Mr. Denton*.

Él se escurrió del apretón de Molly y pasó corriendo ante Geraldine. Dixie Lee se encontraba en la puerta, y cuando se vio ante ella, Jamie agachó la cabeza y se inclinó. Salió al otro lado antes de que la joven pudiera detenerle.

—Ese es el hombre más desagradecido que he conocido —dijo Molly con amargura—. Y yo que pensaba mostrarme generosa con él...

Mientras escuchaban el sonido de los pasos de Jamie, que se alejaba a la carrera cruzando la galería trasera, alguien entró por la puerta del frente. Molly acomodaba detrás de las orejas unos mechones de cabellos sueltos cuando Clyde Trotter entró en la sala.

—¿Qué es esto? —preguntó, contemplando, boquiabierto, la araña—. Parece que el circo ha llegado al pueblo.

—¿No es hermoso? —preguntó Molly con orgullo.

—Nunca en mi vida vi un espectáculo semejante. Molly, ¿cómo hiciste para arreglar tu casa de este modo? Por cierto que relega a segundo término a esa choza de la calle Muscadine.

—Oh, no hice más que trabajar un poco para lograrlo, Clyde.

Él se acercó al cuadro y lo contempló de cerca durante largo rato. Mientras se encontraba de espaldas al cuarto, Molly hizo señas a Geraldine y Dixie Lee de que salieran. Pasaron varios minutos antes de que Clyde pudiera arrancarse de su contemplación. Molly se había sentado ya en el sofá y le esperaba.

—¿Te has enterado de algo, Clyde? —preguntó con ansiedad.

Clyde se sentó a su vez en el sofá.

—Perry me llamó por teléfono esta mañana —contestó—. Por eso he venido a visitarte, Molly.

—¿Se han casado? ¿Cuándo vuelven a casa?

—Eso es lo que no sé con seguridad. Perry dijo que Lily ha estado yendo tan a menudo al cine que no tuvieron tiempo para obtener la licencia. Eso me dijo esta mañana, y por la forma en que me habló no parecía que fueran a hacer algo en ese sentido, al menos por un cierto tiempo.

—Lily siempre fue loca por las películas —dijo Molly con un asentimiento comprensivo—. No me sorprendes en lo más mínimo. —Se apretó y se soltó las manos varias veces—. Hice lo mejor que se me ocurrió... en beneficio de Lily... cuando le sugerí a Perry que huyera con ella. Estaba desesperada, Clyde. Sabía lo que sería de mí, y eso me hacía saber, con tanta seguridad como que el sol saldrá el miércoles por la mañana, lo que le ocurriría a ella si se quedaba aquí. Era mi última oportunidad de salvarla... de mí. Si pudiera educarla nuevamente desde el principio, yo misma la salvaría. Pero ahora es demasiado tarde. —Rompió a llorar. Las lágrimas le llenaron los ojos—. Es espantoso ser como yo y no poder cambiar. Es terrible saber que se ha hecho algo malo y no tener la posibilidad de remediarlo. Espero que no haya en el mundo muchas mujeres como yo. Pero, si las hay, te aseguro que simpatizo con cada una de ellas. ¡Pobre Lily! ¡Era una chiquilla tan dulce! ¡Tengo deseos de estar muerta!

—Quizá todavía se casarán, Molly —dijo Clyde con inquietud—. Esperemos un poco y veamos qué sucede, antes de que te trastornes tanto por eso.

—Es toda culpa mía —declaró ella mientras se cubría el rostro con las manos—. Yo tengo la culpa, y Dios me está castigando por mis pecados, como dijo Lucy... y ahora ni siquiera podría dejar de ser lo que soy, aunque lo intentara. Si Lily regresa no podré echarla. Sé que debería hacerlo... pero no lo haré. Hasta le preparé un cuarto esta tarde... ¡y no debería haberlo hecho!

No hablaron durante largo rato. Molly, todavía sollozando, se secó las lágrimas con el borde de la falda y se levantó.

—Lucy tenía muchísima razón, Clyde —dijo—. Lucy me dijo que la segura mano de Dios me conduciría hasta donde estoy ahora, y así fue.

—Lucy tiene cosas raras, Molly. Te importunó porque eras amiga de Christine Bigbee. Tenía la impresión de que Dios la había destinado para esposa de un sacerdote y de que Christine y yo, y también tú, habíamos conspirado con el diablo para impedirle que se casara con el Reverendo Bigbee. A veces habría dado yo el brazo derecho para que se casara con él en lugar de hacerlo conmigo, pero ahora ya es tarde.

—Si está satisfecha ahora con verme en el Hoyo, supongo que yo también me quedaré tranquila —dijo Molly—. Quizá sea para bien, en fin de cuentas. Aquí me siento más a gusto de lo que jamás me sentí en cualquier otra parte, y quizá sea aquí donde debí estar toda mi vida. Si no hubiese sido por Lily... —Se detuvo en la puerta y miró hacia atrás—. En la cocina tengo una jarra de vino. Te quedarás, ¿no

es cierto, Clyde? ¿En memoria de épocas pasadas?
Clyde, con la vista baja, asintió.

FIN



ERSKINE CALDWELL (White Oak, Georgia, 1903 - Paradise Valley, Arizona, 1987), escritor estadounidense, hijo de un ministro de la Iglesia Presbiteriana, estudió en la Universidad de Virginia sin llegar a graduarse. En 1926 se trasladó a Maine y allí empezó a escribir para periódicos y revistas. En sus libros manifestó su preocupación por las miserables condiciones de vida de los campesinos sureños, a la vez que denunciaba el racismo, la violencia de género y los prejuicios de clase de aquella sociedad. En 1936 se casó con la fotógrafa Margaret Bourke-White. De sus obras, entre ellas *El camino del tabaco* (1932) y *La parcela de Dios* (1933), se habían vendido hacia 1940 más de dieciocho millones de ejemplares. En ellas se describen con humor y erotismo la miseria, la violencia y el racismo de los blancos pobres del Sur.

Notas

^[1] Las farmacias norteamericanas, como ya lo han divulgado las películas de esa procedencia, tienen, además de la venta de medicinas, despacho de bebidas gaseosas, helados, etc. (*N. del T.*). <<

